

Kailas ficción

NO LLORES, PEQUEÑO

«Ngũgĩ wa Thiong'o es el Premio Nobel que el mundo necesita»,
The Washington Post

NGŪGĨ WA THIONG'O



Ambientada en la Kenia colonial durante el periodo de la Rebelión del Mau Mau, No llores, pequeño retrata la desigualdad que sufren los desposeídos africanos y enfatiza las consecuencias de la lucha contra el dominio blanco.

Dos hermanos, Njoroge y Kamau, sentados sobre un montón de basura, reflexionan sobre su futuro: Njoroge irá a la escuela, mientras que Kamau se formará como carpintero.

Pero esto es Kenia y la realidad juega en contra de sus deseos: en los bosques, el Mau Mau libra una guerra contra el gobierno blanco, y ambos hermanos, junto con su familia deben decidir en quién depositar su lealtad. Para Kamau, un joven práctico, la elección es simple, pero para Njoroge es difícil renunciar al sueño de una vida mejor gracias a los estudios.

Publicada originalmente en 1964, No llores, pequeño compone un emotivo relato sobre los terribles efectos del levantamiento del Mau Mau en las vidas de los hombres y las mujeres keniatas.

No llores, pequeño

Nugũgĩ Wa Thiong'o



KAILAS

Título original: Weep Not, Child

© 2017, *Nugūgĩ Wa Thiong'o*

© 2017, *traducción de Alicia Frieyro Gutiérrez*

© 2017 de esta edición: *Kailas Editorial, S.L.*

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-16523-85-6

ISBN papel: 978-84-16523-84-9

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Índice

PRIMERA PARTE

Interludio

SEGUNDA PARTE

Glosario

El autor

*No llores, pequeño,
no llores, mi amor,
deja que enjague tus lágrimas con estos besos,
esas nubes oscuras no prevalecerán mucho más tiempo,
no poseerán por mucho tiempo el cielo...*

Walt Whitman
De noche en la playa

Para Jasbir Kalsi

PRIMERA PARTE

LA LUZ MENGUANTE

Nyokabi le llamó. Era una mujer negra, menuda, de rostro enérgico y grave a la vez. Uno podía adivinar por aquellos ojillos rebosantes de vida y calidez que había sido hermosa. Pero el tiempo y las malas condiciones de vida no favorecen la belleza. Y a pesar de todo, Nyokabi había logrado conservar su amplia sonrisa, una sonrisa que iluminaba su cara negra.

—¿Te gustaría ir a la escuela?

—¡Oh, madre! —exclamó Njoroge con un grito ahogado. Casi temió que la mujer pudiese retractarse de sus palabras.

Se hizo un breve silencio antes de que ella volviese a hablar.

—Somos pobres. Lo sabes.

—Sí, madre. —El corazón le palpitaba ligeramente contra las costillas. Le temblaba la voz.

—De modo que no tendrás almuerzo a medio día como los demás niños.

—Lo entiendo.

—No me avergonzarás negándote a ir a la escuela algún día, ¿verdad?

Oh, madre. Jamás haré que te avergüences. Por favor deja que vaya, solo deja que vaya. El escenario de su infancia volvió a desplegarse ante él. Dedicó unos instantes a contemplar esta visión. Una visión en la que habitaba él solo. Allí estaba, toda para él; un brillante futuro...

—Me gusta la escuela —dijo ya en voz alta.

—Está bien. Empezarás el lunes. En cuanto le den la paga a tu padre iremos a las tiendas. Te compraré una camisa y unos pantalones cortos.

Oh, madre, eres un ángel del Señor, sí que lo eres, sí. Y entonces se preguntó: ¿Es que había ido a ver a una hechicera? ¿Cómo si no podía haber adivinado el deseo íntimo de su hijo, su sueño jamás expresado? *Y aquí estoy con poco más que un pedazo de tela estampada sobre el cuerpo y pronto tendré una camisa y unos pantalones cortos por primera vez.*

—Te lo agradezco, madre, muchísimo. —Le hubiese gustado decir algo más. Pero Njoroge no estaba habituado a expresar con palabras sus sentimientos más hondos. No obstante, sus ojos lo decían todo. De nuevo, Nyokabi comprendió. Se alegró.

Al regresar Kamau ya avanzada la tarde, Njoroge se lo llevó a un aparte.

—Kamau, voy a ir a la escuela.

—¿A la escuela?

—Sí.

—¿Quién lo ha dicho? ¿Padre?

—No. Ha sido nuestra madre. ¿Te ha dicho a ti lo mismo nuestra madre mayor?

—No, hermano. Ya sabes que a mí me están enseñando el oficio de carpintero. No puedo dejar mi puesto de aprendiz. Pero me alegro de que tú vayas a ir a la escuela.

—Oh, estoy tan contento. Pero desearía que tú fueras también.

—Por mí no te preocupes. Todo irá bien. Recibe una educación, a mí me enseñarán carpintería. Luego, en el futuro, podremos conseguir una casa nueva y mejor para toda la familia.

—Sí —dijo Njoroge pensativo—. Eso es lo que quiero. Y ¿sabes qué?, creo que Jacobo es tan rico como el señor Howlands porque recibió una educación. Y que por eso es por lo que ambos llevan a sus hijos a la escuela, porque han aprendido el valor que tiene.

—Es cierto. Pero, como sabes, hay algunos que deben recibir una educación y otros que han de aprender un oficio u otro.

—Ya, pero verás, pensaba que sería bueno que los dos pudiésemos estudiar y ser como John, el hijo mayor de Jacobo. La gente dice que como ya ha terminado todos los estudios en Kenia, ahora se irá lejos a...

—Inglaterra.

—O a Birmania.

—Inglaterra y Birmania y Bombay y la India, son todo lo mismo. Hay que cruzar el mar antes de poder llegar hasta allí.

—¿Es allí de donde viene el señor Howlands?

—Sí.

—Me pregunto por qué se marcharía de Inglaterra, la cuna del saber, para venir aquí. Debe de estar loco.

—No lo sé. No se puede entender a un hombre blanco.

Una única carretera cruzaba el territorio. Era larga y ancha, de rutilante alquitrán negro, y cuando viajabas por ella en los días de mucho calor veías pequeños lagos delante de ti. Pero cuando te acercabas, los lagos se esfumaban, para volver a aparecer algo más adelante. Había quienes los llamaban aguas del diablo, porque te engañaban y hacían más acuciante tu sed si ya tenías seca la garganta. Y la carretera que cruzaba el territorio y que era larga y ancha no tenía principio ni final. Al menos eran muy pocos los que conocían su origen. Solo si la seguías acababa llevándote a la gran ciudad y te dejaba allí mientras ella proseguía su camino hacia tierras ignotas, puede que hasta unirse con el mar. ¿Quién había tendido la carretera? Se rumoreaba que llegó con los hombres blancos y había quienes afirmaban que fue reconstruida por los prisioneros italianos durante la gran guerra que tuvo lugar muy lejos de aquí. La gente no sabía cómo de grande había sido la guerra, porque la mayoría no había visto jamás una gran guerra librada con aviones, veneno, fuego y bombas —bombas que liquidaban un territorio de un plumazo cuando eran arrojadas desde el aire—. Fue una gran guerra, desde luego, porque hizo que los británicos se preocupasen y rezasen, y porque aquellos hijos negros de la tierra que se marcharon a combatir contaban que fue una gran guerra. Antaño hubo otra gran guerra. La primera ocurrió para echar a los alemanes que habían amenazado con atacar y reducir al pueblo negro a la esclavitud. O eso es lo que le habían contado a la gente. Pero aquello sucedió muy lejos y mucho tiempo atrás y solo los ancianos y los hombres de mediana edad lo recordaban. No fue tan grande como la segunda, porque no hubo bombas, y el pueblo negro no fue a Egipto y a Birmania.

Los prisioneros italianos que tendieron la larga carretera de alquitrán dejaron huella, porque algunos intimaron con mujeres negras y las mujeres negras tuvieron hijos blancos. Solo que los hijos de madres negras y prisioneros italianos, que también eran hombres blancos, no eran realmente «blancos» de verdad. Eran feos y algunos acababan por desarrollar pequeñas úlceras por todo el cuerpo y, sobre todo, alrededor de la boca, de tal forma que las moscas los seguían en todo momento allá donde fueran. Había quienes afirmaban que se trataba de un castigo. El pueblo negro no debía acostarse con el hombre blanco que lo gobernaba y maltrataba.

¿Y por qué tuvieron que luchar los hombres blancos? ¡Ahhh! Uno no podía adivinar jamás lo que esta gente iba a hacer. A pesar de ser todos blancos, se mataban los unos a los otros con veneno, fuego y enormes

bombas que destruían la tierra. Llegaron incluso a recurrir al pueblo negro para que los ayudase a matarse entre ellos. Era desconcertante. Uno no llegaba a entenderlo, porque, aunque aseguraban luchar contra Hitler (¡Ah, Hitler! Aquel hombre valiente, al que todos los británicos temían, y al que nunca mataron, ya sabes, sino que se esfumó, así, sin más), Hitler también era un hombre blanco. Y eso no es que ayudara demasiado. Lo mejor era desistir y contentarse con conocer la tierra en la que vivías, y a la gente que vivía cerca de ti. Y si con eso no tenías suficiente y deseabas ver más gente y escuchar historias de todas partes —incluso historias de allende el mar, de Rusia, de Inglaterra, de Birmania—, siempre podías burlar la vigilancia de tu esposa y viajar al pueblo local, Kipanga. Por ejemplo, podías decirle que ibas a comprar algo de carne para la familia. Que no era poca cosa.

—¡Está bien! Vete, pero no te entretengas demasiado en el pueblo. Hombres. Os conozco de sobra. Cuando no queréis trabajar, os vais al pueblo y os dedicáis a beber, mientras nosotras, vuestras esclavas, tenemos que llevar una vida de penalidades y sudor.

—Volveré pronto.

—Mira cómo esquivas la mirada. Ni siquiera puedes mirarme a la cara, porque sabes que irás y te quedarás allí el día entero...

—Vamos, vamos, confía en mí, volveré pronto.

—¡Que confíe en ti, dices!

Había muchos caminos para ir desde el poblado de Mahua a Kipanga. Podías seguir la carretera principal. Pasaba cerca del pueblo. O podías seguir una pista de tierra que atravesaba un valle y desembocaba en el pueblo. En un territorio montañoso, como es la tierra kikuyu, hay muchos valles y pequeñas llanuras. Incluso la carretera principal atravesaba un valle por el otro lado. En el punto donde convergían, ambas se habían fundido en un beso, por así decirlo, ensanchándose hasta el punto de formar una llanura. La llanura, de forma más o menos rectangular, tenía cuatro valles que brindaban entrada o salida a ella por las esquinas. Los dos primeros valles daban paso al País del Pueblo Negro. Los otros dos separaban el territorio del Pueblo Negro del territorio del Pueblo Blanco. Esto significa que había cuatro sierras que se erguían unas frente a otras. Dos de las sierras situadas en flancos opuestos de los lados más largos de la llanura eran anchas y estaban situadas la una cerca de la otra. Las otras dos eran estrechas y de extremos puntiagudos. Uno distinguía enseguida cual era la tierra del Pueblo Negro por ser roja, abrupta y

árida, mientras que la tierra de los colonos blancos era verde y no estaba lacerada por pequeños jirones.

El pueblo de Kipanga se erigía en esta llanura. No era una población grande como la gran ciudad. Aun así, había una fábrica de calzado y muchos negros se ganaban la vida en ella. Abundaban las tiendas de propietarios indios. Se decía que los comerciantes indios eran muy ricos. También empleaban a algunos muchachos negros, a los que trataban con desdén. Los indios eran personas hacia las que nunca podías sentir aprecio, porque sus costumbres eran desagradablemente raras y excéntricas. Pero sus tiendas eran grandes y estaban bien surtidas de productos. Los colonos blancos, con sus esposas y sus hijos, visitaban a menudo a los ricos indios y se compraban todo lo que querían. Los indios temían a los europeos, y si ibas a comprar a una tienda y un hombre blanco coincidía contigo, el indio dejaba de atenderte y, temblando de arriba abajo, pasaba a servirle a él. Pero había quienes decían que aquello no era más que un ardid para engañar a las mujeres blancas, porque cuando el indio se echaba a temblar y a prodigarse en «Sí, por favor, *memsahib*, ¿desea algo más?», las mujeres se mostraban dispuestas a pagar el precio que se les pedía, fuera este el que fuera, convencidas de que un indio que las temía no osaría engañarlas con los precios.

Los negros también compraban cosas a los indios. Pero lo hacían también en las tiendas africanas que se alineaban apartadas a un lado de la ciudad, cerca de la oficina de correos. Los africanos no tenían demasiadas cosas en sus tiendas y por lo general cobraban precios más elevados, de modo que aunque los indios no gustaban y vejaban a las mujeres empleando palabras groseras que habían aprendido en suajili, la gente consideraba más sabio y conveniente comprarles a ellos. Había quienes decían que los negros debían mantenerse unidos y favorecer únicamente el comercio de sus hermanos negros. Y un día una anciana pobre dijo: «Que los africanos se mantengan unidos y cobren precios muy bajos. Todos somos negros. Pero, si no, ¿por qué ponerle trabas a que una mujer pobre aproveche la oportunidad de comprarle a alguien, sea blanco o rojo, que cobra menos por su mercancía?».

En el bazar indio, los negros se mezclaban con blancos e indios. Uno no sabía cómo llamar al indio. ¿Era él también un hombre blanco? ¿Procedía él también de Inglaterra? Algunas personas que habían estado en Birmania contaban que los indios eran pobres en su país y que también a ellos los gobernaban hombres blancos. Hubo un hombre en la India llamado Gandhi. Este hombre era un extraño profeta. Siempre luchó por la libertad de los

indios. Era un hombre flaco y siempre iba vestido humildemente con una tira de percal sobre su cuerpo huesudo. Al pasar junto a las tiendas podías ver su fotografía en cada edificio indio. Los indios le llamaban *Babu*, y se decía que el Babu era, de hecho, su dios. Él les había dicho que no fueran a la guerra, de modo que mientras a los negros se les alistó para el ejército, los indios se negaron tajantemente a ello y los dejaron en paz. Se rumoreaba que a los hombres blancos de Kenia no les gustaban, porque se habían negado a participar en la guerra contra Hitler. Ello era una prueba de que los indios eran unos cobardes. Los africanos tendían a coincidir con esta idea de la cobardía india.

Los comercios africanos estaban dispuestos en dos hileras, una frente a la otra. El ambiente era ruidoso y cerca de las carnicerías se respiraba un fuerte hedor a carne quemada. Algunos jóvenes se pasaban las horas sin hacer otra cosa que merodear por las tiendas. Otros empleaban el día entero para hacerse con una libra de carne. Los llamaban los chicos vagos, y la gente del poblado decía que los hombres así acababan convirtiéndose en ladrones y criminales. La sola idea daba escalofríos a la gente, porque el asesinato a sangre fría era algo vil. El hombre que asesinaba era por siempre una maldición en el cielo y en la tierra. A estos chicos se los reconocía enseguida, porque podías verlos merodear junto a las tiendas de té, las carnicerías e incluso en el bazar indio, aguardando a que se les asignara cualquier tarea con la que poder ganarse el almuerzo del día. A veces se llamaban a sí mismos jóvenes Hitlers.

La barbería era un local famoso. El barbero en sí mismo era un hombre bajo y moreno con el pelo pulcramente peinado. Era muy gracioso y tenía la habilidad de contar historias que hacían reír a la gente. El barbero conocía a todo el mundo y todo el mundo le conocía a él. Nadie lo llamaba por otro nombre que no fuese «el barbero». Si decías que no sabías quién era el barbero o donde estaba su barbería, la gente sabía al instante que o bien eras forastero o bien un cretino. En la jerga local, un cretino era un hombre cuya esposa no le dejaba abandonar su regazo ni por un segundo. ¿Por qué si no iba alguien a negarse el gusto de hacerle una visita al barbero, un hombre que sabía cantar y bailar y hablar inglés?

—Aprendí a hablarlo durante la gran guerra.

—¿Y de verdad fue tan grande?

(El barbero deja que sus tijeras prosigan con su tris, tras, tris, tras. Todos permanecen quietos, expectantes, aguardando a oír hablar sobre la gran guerra. El barbero se toma su tiempo).

—Mi querido amigo, no lo preguntaría si hubieses estado allí. Entre bombas y ametralladoras que hacían ¡bum-crash! ¡Boom-crash! ¡Trú, trú! ¡Y granadas y gente llorando y muriendo! Sí, tendrías que haber estado allí.

—¿Algo así como la primera guerra, quizá?

—¡Ja, ja, ja! Esa fue una guerra de niños. Solo se luchó aquí. Los africanos que estuvieron en ella solo eran porteadores. Pero en esta... (A ver, gira la cabeza para acá. Así no, para acá. Así, eso es). En esta llevamos armas y matamos hombres blancos.

—¿Hombres blancos?

—Siiii. No son los dioses que pensábamos que eran. Hasta nos acostamos con sus mujeres.

—¡Ja! ¿Y cómo son?

—No tan distintas. No tan distintas. A mí me gusta un buen cuerpo negro, orondo y sudoroso. Pero ellas son... ya sabes... tan flacas... sin chicha... sin nada.

—Pero sería fantástico...

—¡Bueno! Antes de empezar... pensabas que era... eso... sí... fantástico. Pero luego... nada de nada. ¿Y pagando, encima?

—Entonces, ¿hay...?

—¡Muchas! ¡Muchas que estaban dispuestas a venderse! Y en Jerusalén, nada menos.

Los presentes reaccionaban atónitos.

—¿Estás diciendo que de verdad existe Jerusalén?

—¡Ja, ja, ja! ¡No tienes ni idea! ¡Ni idea! Las cosas y los sitios que hemos visto. En fin, ya estás. ¡No! Espera un momento (tris, tras). Ahora sí. Muy guapo. Si hubieses estado en Jerusalén...

—¡Se hace tarde!

—Me marchó. Tengo que comprar algo para la familia.

—Y yo. Les dije a mis mujeres que vendría y les compraría carne. Y ya casi ha anochecido.

—¡Estas mujeres!

—¡Y que lo digas! ¡Mujeres!

Y con estas palabras, Ngotho se abrió camino entre la muchedumbre y salió al exterior. Siempre le gustaba escuchar al barbero. De una forma u otra, la conversación le hacía recordar sus propios viajes y penalidades durante la Primera Guerra Mundial. Cuando todavía era un niño, lo alistaron y le obligaron a transportar material para los hombres blancos soldados. También tenía que despejar la maleza y construir carreteras. Por aquel entonces, ni a él ni a los demás se les permitía usar armas. Pero la guerra del barbero, ¡eso había sido otra cosa! Sus dos hijos sí que habían estado también en esa. Solo regresó uno de ellos. Y el que lo hizo nunca hablaba demasiado sobre la guerra, salvo para afirmar que había sido un terrible desperdicio de vidas.

Ngotho compró cuatro libras de carne. Pero se las envolvieron en dos paquetes de dos libras cada uno. Un paquete era para su primera esposa, Njeri, y el otro para Nyokabi, su segunda esposa. Un hombre debía ser cauto en estos asuntos, de no ser así, el más mínimo fallo o una aparente parcialidad podía hacer estallar con facilidad una guerra civil en el seno de la familia. Tampoco es que a Ngotho le preocupase demasiado. Sabía que sus dos esposas congeniaban y que eran buenas compañeras y amigas. Pero uno no podía confiar del todo en las mujeres. Eran volubles y muy celosas. Cuando una mujer se enfadaba, no había azotes suficientes que la apaciguaran. Ngotho no pegaba demasiado a sus esposas. Al contrario, su hogar tenía fama de ser un lugar donde reinaba la paz. Pero, así y todo, uno no podía bajar la guardia.

Regresó campo a través. No quiso seguir la carretera principal ni cruzar el valle porque ambos caminos eran largos. Se preguntó qué dirían Nyokabi y Njeri. No había cumplido su promesa de regresar pronto. Aunque tampoco había tenido la intención de hacerlo. Sus esposas eran buenas mujeres. En los tiempos que corrían, encontrar mujeres así no era fácil. Qué razón tenía el barbero con lo que había dicho sobre un cuerpo negro, orondo y sudoroso. Solo había que ver a la *memsahib* para cuyo marido él trabajaba. Estaba tan flaca que Ngotho a veces se preguntaba si la mujer tenía algo de carne siquiera. ¿Para qué quería un hombre una esposa así? Un hombre siempre quiere una mujer gorda. Una mujer como la que él había encontrado en Njeri y en Nyokabi, sobre todo cuando se casó con ellas. El tiempo, sin embargo, las había cambiado... Se preguntó si el barbero les había contado toda la verdad, sobre todo en lo referente a acostarse con una mujer blanca. ¿Quién iba a creerse que una mujer blanca como la señora Howlands se rebajaría hasta el punto de acceder a acostarse con hombres negros a cambio de

dinero? Claro que tal y como estaba el mundo, uno podía creerse cualquier cosa. Se preguntó si su hijo Boro habría hecho algo semejante. Desde luego que sería todo un hito tener un hijo que lo hubiese hecho, pero la idea de que hubiese que pagar a cambio no era nada agradable. Y si además no tenían nada de particular, pues bueno, mejor tener una mujer negra.

—¡Qué rápido has vuelto! —le saludó Nyokabi.

—Ya sabes que los hombres son siempre *muy* rápidos —añadió Njeri con el mismo tono sarcástico.

Las dos mujeres solían quedarse juntas para «apurar» o «acortar» la noche. Ngotho se sintió complacido para sus adentros. Sabía que cuando adoptaban ese tono lo hacían de forma amigable.

—He estado donde el barbero.

—Como si nosotras no hubiésemos podido usar una hoja de afeitar para cortarte el pelo.

—Bueno, los tiempos están cambiando. Como dice *bwana* Howlands...

—Quieres ser un hombre blanco moderno.

—Sois un par de mujeres quisquillosas. Anda, tomad esta carne.

Nyokabi cogió su parte y Njeri la suya.

—Ya es hora de que vaya a molestar a los jóvenes —dijo Njeri. Todos los hijos de Ngotho, junto con los demás hombres y mujeres jóvenes de la cordillera de Mahua, estaban en la choza de Njeri. Solían reunirse allí para acortar la noche. En esas ocasiones, Njeri dejaba a los jóvenes a su aire e iba a sentarse con Nyokabi. Cuando estos se reunían en la choza de Nyokabi, entonces esta hacía otro tanto, y se iba a visitar a Njeri. Sin embargo, había noches en las que los jóvenes querían escuchar las historias de Ngotho o de las mujeres. Y entonces todos se reunían bajo un mismo techo.

—Dile a Njoroge que venga a enseñarle la ropa nueva a su padre —le dijo Nyokabi a Njeri cuando esta ya se alejaba.

Ngotho estaba orgulloso de que su hijo fuese a comenzar a estudiar. Ahora, siempre que alguien le preguntase si llevaba a alguno de sus hijos a la escuela, respondería con orgullo: «¡Sí!». Le hacía sentirse casi como si fuera un igual de Jacobo.

—¿Cuándo empieza?

—El lunes.

—¿Le gusta la idea?

—Parecía contento.

Ella no se equivocaba. Njoroge había sentido como si su corazón estallase de alegría y gratitud cuando supo que él, al igual que Mwihaki, la hija de Jacobo, iba a empezar a aprender a leer y a escribir.

El lunes, Njoroge fue a la escuela. No sabía muy bien dónde quedaba. Nunca había ido hasta allí, aunque sí sabía qué dirección tomar. Mwihaki lo acompañó y le enseñó el camino. Mwihaki era una joven muchacha. Njoroge siempre había sentido admiración por ella. En una ocasión, unos niños pastores se pelearon con los hermanos de Mwihaki. Se pusieron a tirar piedras y una la alcanzó a ella. Los niños salieron huyendo y los hermanos de ella corrieron tras ellos. Mwihaki se quedó sola, llorando. Njoroge, que había estado observando la escena desde cierta distancia, se acercó y sintió la necesidad de consolar a aquella niña deshecha en lágrimas. Y ahora ella, más experimentada, le estaba llevando a la escuela.

Mwihaki era la hija de Jacobo. Jacobo era el dueño de la tierra en la que vivía Ngotho. Ngotho era un *muhoi*. Njoroge nunca había llegado a comprender cómo su padre se había convertido en un *muhoi*. Quizá los niños no entendiesen de esos asuntos. Eran demasiado profundos para él. Jacobo tenía niños pequeños y un hijo y una hija mayores. La hija mayor era maestra. Su nombre era Lucía. Njoroge siempre había pensado que Lucía era un nombre bonito. Todas sus hermanas tenían nombres feos. No como Lucía.

Los otros niños eran rudos. Se reían de él y gastaban bromas groseras que lo dejaban atónito. Antes tenía en muy alta estima a los niños que iban a la escuela, ahora esta se tambaleó. Pensaba que a él nunca le gustaría gastar esa clase de bromas. Nyokabi, su madre, se enfadaría si lo hiciera.

—Eres un *njuka* —le dijo un niño.

—¡No! Yo no soy un *nju-u-ka* —contestó él.

—¿Qué eres?

—Yo soy Njoroge.

Ellos se echaron a reír a carcajadas. Él se sintió molesto. ¿Acaso había dicho algo gracioso?

—Lleva esta bolsa. Eres un *njuka* —le ordenó otro niño.

Él la iba a coger. Pero Mwihaki acudió en su ayuda.

—Él es mi *njuka*. No podéis tocarle. —Unos se echaron a reír. Otros se burlaron con sorna.

—Dejad en paz al *njuka* de Mwihaki.

—Es el chico de Mwihaki.

—Será un buen esposo. Un *njuka* que sirva de esposo a Mwihaki.

—Un *njuka* es un *njuka*. Tiene que llevarme la bolsa.

Toda esta charla avergonzó y desconcertó a Njoroge. No sabía qué hacer. Mwihaki estaba molesta.

—Sí, es mi *njuka* —espetó—. No os atreváis a tocarle.

Entonces se hizo un silencio. Njoroge se sintió agradecido. Al parecer los niños la temían porque su hermana era maestra y Mwihaki podía chivarse.

La escuela se le antojó un lugar extraño. Pero fascinante. La iglesia, enorme y hueca, le resultaba atractiva. Parecía embrujada. Sabía que era la Casa de Dios. Pero algunos niños gritaban cuando estaban dentro. Eso también le impresionó. A él le habían enseñado a respetar todos los lugares sagrados, como los cementerios y el campo que rodea a las higueras.

La maestra llevaba una blusa blanca y una falda verde. A Njoroge le gustó la combinación de blanco y verde porque era como una enorme flor blanca en una planta verde. La hierba en esta tierra se tornaba verde en la época de lluvias y las flores lucían blancas por todo el paisaje, sobre todo durante la temporada del *njahi*. No obstante, a Njoroge le dio miedo cuando, dos días después, azotó a un niño, ¡zas! ¡zas! («Extiende la otra mano»), ¡zas! ¡zas! ¡zas! La vara se hizo trizas. Njoroge casi pudo sentir el dolor. Fue como si se lo traspasaran a él sin haber contacto físico de por medio. La maestra se puso fea mientras administraba el castigo. Njoroge detestaba ver como azotaban a alguien y sintió pena por el niño. Pero este no debería haberse burlado de un *njuka*. Ese día fue cuando Njoroge aprendió que *njuka* era el nombre que se le daba a los novatos.

Njoroge solía estar solo. Y siempre llegaba a casa antes que los otros niños del poblado. No quería llegar a casa en la oscuridad. Los niños malos caminaban despacio después de la escuela, porque si llegaban pronto a casa les pedirían que ayudasen con las tareas de la tarde. Cuando llegaban a casa decían: «La maestra Lucía (o el maestro Isaac) nos ha tenido en clase hasta tarde».

Pero a veces los descubrían y entonces recibían una paliza. A Njoroge no le gustaba que le pegasen.

Pasadas tres semanas, enfadó a su madre. Fue por culpa de Mwihaki. Ella le pidió que la esperase para poder regresar juntos a casa. Después de todo, sus casas quedaban cerca la una de la otra. Además, le dijo, tenía miedo de unos chicos. Njoroge lo hizo encantado. Juntos emprendieron lentamente el camino a casa, charlando. Cuando llegaron a lo alto de la colina que se alzaba cerca del poblado, se sentaron y se pusieron a jugar. Era delicioso jugar con una niña y más aún si esa niña procedía de una familia mejor situada en la escala social que la tuya propia. Era como un tesoro y su singularidad lo hacía parecer más precioso aún. Era menuda y delicada. Enseguida se olvidó de que el sol se ponía mientras él y Mwihaki competían arrojando piedras para ver cual de los dos llegaba más lejos. Y ese fue el momento en el que su madre llegó y los vio. Nyokabi había contemplado cómo el sol se ponía lentamente hasta adentrarse en su morada sin que su hijo hiciese acto de presencia. Se preocupó por él y con el corazón en un puño había salido a buscarle. Njoroge no recibió una paliza. Pero sabía muy bien que la había enojado. Ella no deseaba que su hijo se relacionara con una de las familias ricas, porque no sería saludable para él.

Njoroge le echó la culpa de todo a Mwihaki. Concluyó que era una chica mala y se prometió no volver a jugar con ella. Ni esperarla siquiera.

Un día llegó a casa y encontró a su madre desvainando algunas semillas de ricino. Lo hacía a menudo, y cuando había acumulado suficientes pasados unos meses, las vendía en el mercado.

—Deja que te ayude, madre.

—Ve y haz los deberes primero.

Nyokabi estaba orgullosa de tener un hijo que iba a la escuela. Su espíritu se colmaba de alegría y buen humor siempre que le veía inclinado sobre una pizarra o le contaba lo que había visto en la escuela. Sentía euforia cuando despachaba a su hijo para que leyese o realizase unas cuentas. Para ella, no habría mayor recompensa a su maternidad que encontrarse un día a su hijo escribiendo cartas, practicando aritmética y hablando inglés. Trataba de imaginarse lo que la mujer Howlands debía de haber sentido al tener a una hija y a un hijo en la escuela. Ella quería ser igual. O ser como Juliana. Juliana era la esposa de Jacobo, y seguro que debió de sentirse orgullosa de tener una hija que era profesora y de tener un hijo que probablemente

empezaría a volar a tierras extranjeras muy pronto. No era cualquier cosa. Era la vida real. Poco importaba si uno moría pobre, siempre y cuando él o ella pudiesen decir algún día: «¡Mirad qué hijo tan bueno y tan bien educado tengo, no encontraréis a otro igual en el lugar!».

No hacía falta haber ido a la escuela para saberlo. Aquel instinto maternal suyo que anhelaba algo más grande de lo que podía alcanzar por sus circunstancias y condiciones sociales lo veía claramente. Por eso le había inculcado a su esposo Ngotho la necesidad de que un hijo recibiera educación. Su otro hijo había muerto en la gran guerra. Le había dolido muchísimo. ¿Por qué tenía que morir en una guerra del hombre blanco? No quería sacrificar por otro pueblo lo que era suyo. Si Njoroge podía recibir ahora toda la educación del hombre blanco, ¿por qué iba Ngotho a seguir trabajando para Howlands, sobre todo cuando la esposa de este tenía fama de ser una mujer implacable? Es más, ¿por qué iba su familia a continuar viviendo como *ahoi* en la tierra de otro hombre, de un hombre que era obvio que renegaba de su presencia? Desde luego que eran muchas las razones que se habían aunado en un único deseo, el deseo de tener un hijo que llegase a adquirir toda la educación habida y por haber. Últimamente pensaba, incluso, que de tener mucho dinero enviaría a sus hijas casadas a la escuela. De esta forma todas recibirían una educación que como mínimo les permitiría hablar inglés.

—Madre, tienes que contarme todas esas historias otra vez —le rogó, mientras se arrodillaba y se disponía a ayudarla a pesar de que ella hubiese rechazado su ofrecimiento.

—HmMMM —murmuró ella antes de retirar de un soplido la basurilla acumulada entre las semillas que sostenía en las manos. Se detuvo un instante y sonrió.

—Muy astuto, jovencito. Por eso te has ofrecido a ayudarme ¿eh?

—Madre, debes hacerlo —dijo él muy serio.

—¿Y por qué *debería*? —preguntó ella con aire despreocupado mientras reanudaba su labor.

—Hoy me han pedido que contara una historia. La historia que nos contaste sobre el *Irmu* se me vino a la cabeza. Pero cuando me planté delante de la clase y sentí todos los ojos fijos en mí, tuve miedo. —Hizo una pausa—. Olvidé la historia. —Concluyó dramáticamente con un tono trágico, como si esa clase de incidentes no sucedieran salvo en contadas excepciones.

—Un hombre no debería tener miedo jamás. Deberías haberte rascado la cabeza en busca de otra historia. Sabes muchas. ¿O es que tu madre mayor y yo perdemos el tiempo contándote todas esas historias sobre la tribu?

—Te digo, madre, que me olvidé de todas. —Su súplica sonó tan solemne que Nyokabi no pudo evitar echarse a reír. Njoroge podía tomarse algunas cosas muy a pecho. Pero también él se echó a reír ahora. Quería tanto a su madre cuando se reía. Tenía unos dientes blancos como la leche más pura, que el tiempo no había conseguido dañar.

—*Ni wega*, está bien. Te contaré algunas esta noche... Oh, lo olvidaba. Tu madre quiere que vayas corriendo al encuentro de tu hermano. Hazlo ya.

Entró en la choza, lanzó su pizarra al suelo y salió corriendo.

—¡Njoroge! ¡Njoroge!

Regresó.

—¿No te quitas la ropa de la escuela?

Se sintió avergonzado. No debía haberse olvidado. Regresó al interior de la choza y se quitó la ropa de la escuela. Se echó encima la vieja tira de percal. Esto también había formado parte del acuerdo. Era vital mantener la ropa intacta el mayor tiempo posible.

El sendero que tomó pasaba justo al pie de la casa de Mwihaki. Los edificios quedaban ocultos al otro lado de un gran seto de frondosos pinos de Monterrey que rodeaba la propiedad. Se podían atisbar el ondulado tejado de chapa metálica y los muros de madera del imponente edificio a través de una o dos aberturas en el seto. Njoroge había estado allí, afuera, en el patio, varias veces, cuando él y otros niños iban a cobrar por recolectar flores de pelitre para Jacobo. El lugar parecía una casa europea, y a Njoroge siempre le imponía el ambiente que se respiraba en todo el complejo. Nunca había estado dentro del edificio grande y siempre había sentido curiosidad por saber qué aspecto tendría el interior.

Sin embargo, sí que había estado una vez en la cocina. La cocina era una construcción independiente, una choza redonda, de paredes de barro y techumbre de hierba seca, que servía de fresquera. También era el sitio donde dormían los sirvientes. Había estado en esa cocina el día de Navidad, fecha en la que Juliana organizaba una fiesta para muchos de los niños que de costumbre trabajaban para Jacobo. Era una mujer gorda, con una bonita cara redonda y ojos altaneros. Pero era amable con los niños y en aquella ocasión había comprado mucho pan. ¡Qué aspecto tan apetitoso tenía allí apilado en una fuente depositada a un lado, formando una rutilante montaña blanca

rematada en pico! A Njoroge se le había hecho la boca agua, y lo había pasado mal para tragarse la saliva, temeroso de que al hacerlo pudiese emitir un profundo sonido gutural que lo traicionase delante de su anfitriona y de sus hijos. Pero la parte trágica de los acontecimientos del día se desencadenó cuando se les pidió a todos que cerrasen los ojos para la oración. Fue durante la oración cuando un niño soltó un ruidito gracioso que al instante hizo que a Njoroge se le escapara una risita. Nada más brotar su risa, no obstante, se unió a la suya la de otro niño, que rio más alto todavía, hasta que ambos estallaron en una sonora carcajada, que a su vez provocó que la larga oración se interrumpiera en seco. Los niños estaban hambrientos. Juliana se disgustó y echó a Njoroge y a todos los niños allí reunidos una larga perorata. De haber sido (los dos desafortunados) sus propios hijos quienes se hubiesen comportado de esa forma, dejó muy claro que se habrían quedado sin comer durante dos días. Pero sus hijos jamás habrían hecho nada parecido. Ella los había educado para que valorasen el *ustaarabu* y las buenas maneras. Concluyó su discurso diciendo que estaba firmemente convencida de que todos los niños deberían ser educados como ella educaba a los suyos. La gente, sin embargo, no lo hacía, y por eso nunca le había gustado que sus hijos se relacionaran con hogares primitivos. Njoroge tuvo la impresión de que se estaba criticando la forma en que lo habían educado. Y ese día fue cuando Njoroge empezó a valorar a Mwihaki, porque después de la charla ella empezó a mostrar más interés por él, puede ser que para calmar sus heridos sentimientos. Todo esto quedaba muy atrás.

Antes de que Njoroge llegase a avanzar mucho más, vio que ella se acercaba por el mismo sendero aunque en dirección opuesta. Si seguía por el sendero se cruzaría con ella. De repente cayó en la cuenta de que no quería encontrarse con ella ataviado como iba con aquella tira de percal que, agitada por el viento, dejaba expuesta la parte inferior de su cuerpo. Durante unos instantes le pudo la indecisión y se odió a sí mismo por sentirse como se sentía por la ropa que llevaba puesta. Antes de empezar a ir a la escuela, es más, mientras llegaba a aquel acuerdo con su madre incluso, jamás habría pensado que llegaría a avergonzarse de su tira de percal, la única pieza de ropa que había conocido desde que nació.

Se desvió a la izquierda y tomó otro sendero. Todo a su alrededor se extendía en pendiente el campo de pelitres del que Jacobo era propietario. Más abajo, un bosque. Y aún más abajo, las tiendas indias y africanas. Pero solo se alcanzaban a divisar algunos tejados. Las tierras pertenecientes al

señor Howlands lindaban con una de las sierras más pequeñas y estrechas que podían verse a la derecha. Allí era donde Ngotho, el padre de Njoroge, trabajaba. Njoroge siempre pasaba cerca de allí de camino a la escuela.

Abandonó el campo de pelitres, volvió a desviarse para retomar la ruta que había evitado, y a continuación se adentró en el siguiente campo. Desde allí alcanzaba a divisar la casa de Nganga. Nganga era el carpintero del poblado. Kamau trabajaba de aprendiz con él. Ngotho había tenido que pagarle un rollizo cabrito además de ciento cincuenta chelines. Nganga era rico. Poseía tierras. A cualquier hombre que poseyera tierras se le consideraba un hombre rico. Si un hombre tenía dinero en abundancia, y muchos coches, pero carecía de tierras, a ese nunca se le consideraba un hombre rico. Un hombre que vistiese ropas ajadas pero que poseyera al menos un acre de roja tierra gozaba de mayor prestigio que el hombre con dinero en abundancia. Nganga podía permitirse tres esposas, si bien era más joven que Ngotho. No había participado en la primera guerra ni tampoco en la segunda. Pero se decía de él que era un hombre listo, aunque también algo rudo y no del todo honrado. No había nadie en el poblado que no le llevase un machete, una azada o un cuchillo para que les reparase el mango. También arreglaba cercados rotos y fabricaba mesas y camas de todo tipo. Y sabía contar historias. Esto se consideraba algo bueno en un hombre.

Njoroge no había alcanzado aún el patio cuando vio que su hermano se aproximaba. Kamau acababa de terminar su jornada. Njoroge se alegró de verle porque, aunque Kamau era mayor, ambos se llevaban bien.

—Vamos, hermano —dijo Kamau tirando de Njoroge de la mano. Parecía apesadumbrado.

—Se te ha hecho tarde, hoy.

—¡Es por *ese* hombre!

Njoroge pensó que algo no iba bien. No era nada habitual ver a su hermano tan enfadado.

—¿Es que no es un buen hombre?

—¿Buen hombre, dices? Si no supiese que padre se enojaría después de haber pagado todo ese dinero, dejaría de venir. Ya llevo con él seis meses y hasta ayer mismo no me dejó manejar por primera vez el cepillo. Siempre me está diciendo: «¡Sujeta esto! ¡Sujeta aquello!», y no hace más que pedirme que observe con atención y tome nota. ¿Qué va a aprender un hombre a base de observar y sin nada de práctica? Desde luego que bien poco si lo único que hace es barrer el patio y sacar la basura y cargar con sus herramientas de un

lado para otro. ¡Y pobre de mí si toco algo! Y ¿sabes qué? —y ahora la voz de Kamau sonó cargada de enojo—, su esposa más joven me pide encima que le sostenga al bebé, como si ella fuera una mujer europea y yo su *ayah*. ¡Caray! ¡Es una cosilla inmunda que no para de berrear y...!

—¿Por qué no se lo dices a padre?

—¡Qué ingenuo eres! Padre se pondría del lado de Nganga, no lo dudes, sobre todo en lo de observar, porque así es como la gente solía aprender los oficios antiguamente. ¡No se dan cuenta de que las cosas están cambiando!

Ambos guardaron silencio durante un rato mientras avanzaban de camino a casa bajo la creciente penumbra, el preludio de la oscuridad. Entonces, Njoroge, como si de repente se le hubiese ocurrido una cuestión trascendental, preguntó: «Pero ¿por qué te trata de esa manera? Es un hombre negro».

—Ser negro no hace al hombre —dijo Kamau con acritud—. Hay personas, ya sean negras o blancas, que no desean que los otros medren más que ellos. Quieren ser la fuente de todo conocimiento y solo lo comparten con cuentagotas con los menos dotados. Ese es el problema con todos estos carpinteros y con los hombres con ciertos conocimientos. Lo mismo pasa con la gente rica. Un hombre rico no quiere que los demás se hagan ricos, porque desea ser el único hombre con riquezas.

—Es probable —dijo Njoroge impresionado. Nunca había oído a Kamau hablar con tanta profusión.

—...Algunos europeos son mejores que los africanos.

Esto también impresionó a Njoroge.

—Es por eso por lo que a veces oírás a padre decir que prefiere trabajar para un hombre blanco. Un hombre blanco es un hombre blanco. Pero un hombre negro que intenta ser un hombre blanco es malo y cruel.

Njoroge no acababa de entender a Kamau. Pero se compadeció de su hermano y se juró no hacerse carpintero. Lo único bueno era la educación. Intentó cambiar de tema.

—Madre va a contarnos una historia.

—Oh, ¿en serio?

A los dos les encantaban las historias. Contar historias era una forma de entretenimiento muy común en su familia. Kori, al igual que Ngotho, era un buen contador de historias capaz de mantener a todo un grupo de gente escuchándole y riéndose. Boro, que había estado en la guerra, no conocía demasiadas historias sobre la tribu. Bebía mucho y siempre se le veía triste y

retraído. Nunca hablaba demasiado sobre sus experiencias en la guerra, salvo cuando estaba bebido o afloraba su resentimiento contra el gobierno y los colonos.

«Luchamos por ellos, luchamos para salvarles de caer en manos de sus hermanos blancos...».

Solo en esas ocasiones llegaba a extenderse a veces hablando sobre el combate en sí, aunque muy escuetamente. Pero rara vez hacía mención de la muerte de Mwangi. Todo el mundo sabía que ambos se habían querido mucho. Antes de la guerra ya se hablaba de que un cariño así entre hermanos era antinatural y que no podía traer ningún bien.

Boro, Kori y Kamau eran los tres hijos de Njeri, la esposa mayor de Ngotho. El único hermano de sangre de Njoroge era Mwangi, y este había muerto en la guerra. Pero todos se comportaban como si fuesen hijos de la misma madre. Kori trabajaba en una tienda africana de té llamada Green Hotel. Green Hotel era un local inmundo, atestado de moscas zumbonas, donde el hedor a podredumbre flotaba en el ambiente como un pesado nubarrón. Sin embargo, era un lugar muy popular porque contaba con un transistor. Njoroge siempre aguardaba la llegada de Kori con impaciencia, porque este siempre traía consigo los chascarrillos que circulaban por el pueblo y noticias sobre lo que sucedía en el país. Por ejemplo, cuando Jomo regresó de Gran Bretaña, fue Kori quien dio la noticia en casa. Su hogar resultaba un lugar particularmente agradable cuando todos los hermanos y muchas chicas y chicos del poblado se reunían allí por la noche y, sentados en torno a la hoguera formando un amplio círculo, contaban chismes, reían y jugaban. Njoroge siempre había anhelado la llegada del día en el que se convertiría en un hombre, pues entonces tendría libertad para sentarse con muchachas mayores circuncidadas y tocarlas como veía que hacían los hombres jóvenes. Pero había veces que sus hermanos no venían. El hogar, entonces, perdía lustre. Pero las madres podían contar historias. Y también Ngotho, cuando estaba de humor.

—Nuestra madre mayor quería verte —dijo Njoroge cuando llegaron a casa. Ya había oscurecido. Así como Njeri era siempre «nuestra» o «mi madre mayor», Nyokabi, en cambio, siendo como era la esposa más joven, siempre era «madre» a secas. Era una costumbre cumplida y aceptada por todos.

—¿Qué quiere?

—No lo sé.

Kamau empezó a alejarse. Njoroge permaneció donde estaba y lo observó en silencio. Entonces elevó la voz.

—Acuérdate de volver luego a nuestra choza. Acuérdate de lo de la historia.

—Sí —contestó Kamau. Su voz sonó débil en la oscuridad.

Más tarde esa misma noche, Kamau se acercó a la choza de Nyokabi.

—Cuéntanos esa historia.

—Venga, venga, no seas pesado —dijo Nyokabi.

—He aquí una mala mujer. De haber sido yo mi padre, no me habría casado con ella. —A Kamau le gustaba tomarle el pelo a Nyokabi. Pero esta noche su comentario sonó forzado. Sin gracia.

—¡Ah! Pero no pudo resistirse a mí.

—Eso no es verdad —dijo Ngotho, que justo en ese instante entró en la choza—. Tendríais que haber visto lo feliz que se puso cuando me declaré. Ningún otro se habría casado con ella. Así que me dio pena.

—Yo rechazaba a todos los jóvenes que se me declaraban. Pero vuestro padre se habría muerto si llego a rechazarle.

—¡No os creáis ni una sola palabra que salga por su boca!

A Ngotho le fue servida la comida. Empezó a comer y durante un rato se hizo un incómodo silencio. A los niños no les estaba permitido bromear en presencia de su padre. Njoroge rompió el silencio.

—Cuéntanos una historia. Me lo habías prometido, lo sabes.

—¡Ay, estos hijos! Nunca le pedís a vuestro padre que os cuente historias. Esta noche será *él* quien os cuente una —dijo a la vez que miraba con una sonrisa a su esposo. Estaba contenta.

—Si venís todos a mi *thingira*, os contaré una o dos.

A Njoroge su padre le inspiraba temor. Pero escucharle siempre le hacía sentirse bien.

—... Soplaba el viento y llovía. Y también tronaba y caían rayos imponentes. La tierra y el bosque se sacudían en torno al Kerinyaga. Los animales del bosque a los que el Creador había puesto allí recientemente estaban asustados. No lucía el sol. Esto se prolongó durante muchos días, de forma que el territorio entero estaba sumido en la oscuridad. Los animales no podían moverse, así que permanecían sentados y gemían con el viento. Las plantas y los árboles estaban paralizados. Todo, cuentan nuestros ancianos, estaba muerto salvo el trueno, una violencia que parecía estrangular la vida.

Era esta noche oscura de una impenetrabilidad imposible de medir, cuya sólida negrura ni vosotros ni yo podríamos concebir, la que impedía que el sol la traspasara.

»Pero en esta negrura se alzó, al pie del Kerinyaga, un árbol. Al principio fue un retoño y luego creció, abriéndose paso a través de la oscuridad incluso. Quería alcanzar la luz, y el sol. Este árbol tenía *Vida*. Se elevó y elevó, destilando la rica calidez de un árbol floreciente; ya sabéis, un árbol sagrado en la oscura noche de truenos y gemidos. Era Mukuyu, el árbol de Dios. Ahora bien, vosotros sabéis que al principio de todas las cosas solo había un hombre (Gikuyu) y una mujer (Mumbi). Fue a los pies de este Mukuyu donde Él los depositó por vez primera. Y de inmediato, el sol se levantó, y la noche oscura se disipó. El sol brilló con un calor que otorgó vida y acción a todas las cosas. El viento y los relámpagos y los truenos cesaron. Los animales salieron de su estupor y se movieron. Cesaron de gemir y en su lugar rindieron homenaje al Creador y a Gikuyu y a Mumbi. Y el Creador, que también recibe el nombre de Murungu, se llevó a Gikuyu y a Mumbi de su montaña sagrada. Se los llevó al país de las montañas, cerca de Siriana, y allí los depositó en una alta sierra, antes de trasladarlos finalmente a Mukuruwe wa Gathanga, del que tanto habéis oído hablar. Pero les había mostrado la tierra entera; sí, niños, Dios mostró a Gikuyu y a Mumbi la tierra entera y les dijo:

«De esta tierra os hago entrega. Oh, hombre y mujer.

Vuestra es para que la gobernéis y cultivéis con serenidad,
ofreciendo vuestro sacrificio
solo a mí, vuestro Dios, bajo mi árbol sagrado...».

Había algo extraño en la mirada de Ngotho. Era como si se hubiese olvidado de todos los allí presentes: Kamau, Njoroge, Boro, Kori y muchos otros hombres y mujeres jóvenes que habían acudido a acortar las largas horas de la noche escuchando historias. Era como si estuviese contando un secreto por primera vez, aunque a sí mismo. Boro estaba sentado en un rincón. No se podía ver la expresión de su rostro. No se movió en ningún momento, la mirada fija más allá de su padre. Era como si Boro y Ngotho fuesen los únicos dos que estaban allí al comienzo, cuando sucedieron estas cosas. Njoroge también podía imaginarse la escena. Veía el sol levantarse y brillar en una noche oscura. Veía el temor, el pesimismo y el terror de los seres vivientes del creador, esfumándose, tocados por el calor del árbol

sagrado. Debió de ser un mundo nuevo. El hombre y la mujer debieron de sentirse bendecidos al caminar por el nuevo Reino con Murungu. Deseó poder haber estado allí para colocarse junto a Él en Su lugar sagrado y contemplar toda la tierra. Njoroge no pudo evitar lanzar una exclamación.

—¿Y adónde fue a parar la tierra?

Todos lo miraron.

—...Yo ahora soy viejo. Pero también he formulado esa pregunta despierto y en sueños. He dicho: «¿Qué sucedió, Oh Murungu, con la tierra que nos entregaste? ¿Adónde fue a parar, Oh Creador, nuestra tierra prometida?». En ocasiones he deseado llorar o infligir daño a mi cuerpo con el fin de desterrar la maldición que nos expulsó de las tierras ancestrales. Pregunto: «¿Has dejado desnudos a tus hijos, Oh Murungu?».

»Os lo diré. Una gran sequía fue librada sobre la tierra por los malignos, quienes debían de estar celosos de la prosperidad de los hijos del Más Grande. Pero pudo ser también que los hijos de Mumbi olvidaran quemar un sacrificio a Murungu. De modo que él no derramó esas lágrimas benditas Suyas que hacen crecer los cultivos. El sol llameó a su antojo. Las plagas medraron en la tierra. Murió el ganado y las personas encogieron de tamaño. Entonces llegó el hombre blanco, como hacía tiempo que había profetizado Mugo wa Kibiro, ese profeta kikuyu de tiempos ancestrales. Llegó procedente del país de las montañas, muy lejos de aquí. Mugo le había hablado al pueblo de la llegada del hombre blanco. Había advertido a la tribu. De modo que el hombre blanco vino y se hizo con la tierra. Pero al principio no con toda.

»Luego llegó la guerra. Fue la primera gran guerra. Yo era joven por aquel entonces, un niño nada más, aunque ya circuncidado. Se nos llevaron a todos a la fuerza. Construimos carreteras y despejamos el bosque para que el hombre blanco guerrero pudiera moverse más rápido. La guerra llegó a su fin. Estábamos todos cansados. Regresamos a casa, exhaustos, pero más que dispuestos a aceptar lo que fuera que los británicos pudieran darnos como recompensa. Pero, por encima de todo, queríamos regresar al terruño y cortejarlo para producir, para crear, nunca para destruir. Pero ¡Ng'o! La tierra ya no estaba. Mi padre y muchos otros habían sido expulsados de nuestras tierras ancestrales. Él murió en soledad, un hombre pobre aguardando a que el hombre blanco se marchase. Mugo había dicho que así sucedería. El hombre blanco no se marchó y él murió como *muhoi* en esta misma tierra.

Luego perteneció a Chahira, antes de que este se la vendiera a Jacobo. Yo me crié aquí, aunque trabajando... —ahora Ngotho paseó la mirada por los rostros silenciosos que lo rodeaban antes de proseguir—: Trabajando en la tierra que perteneció a nuestros ancestros...

—¿Te refieres a la tierra que cultiva Howlands? —Boro habló con voz quebrada, pero clara.

—Sí. Esa misma. Mi padre me la mostró. Yo también he trabajado en ella aguardando a que se cumpla la profecía.

—¿Y tú crees que se cumplirá algún día? —Esta vez fue Kori el que preguntó, rompiendo el silencio que siguió a la respuesta de Ngotho.

—No lo sé. Una vez, en el país de las montañas donde montes y sierras yacen juntos como leones, se alzó un hombre. La gente creyó que él era el hombre enviado para expulsar al hombre blanco. Pero fue asesinado por una gente malvada porque decía que el pueblo debía permanecer unido. Yo he aguardado la profecía. Quizá no se cumpla mientras viva... pero, oh, Murungu, ojalá sucediera así.

Alguien tosió. Luego reinó el silencio. Desde un rincón, un joven trató de hacer un chiste sobre la llegada del hombre blanco y lo que la gente pensaba sobre su piel. Nadie le prestó atención. Se echó a reír él solo y luego se detuvo. Para Njoroge fue una revelación sorprendente, saber que la tierra ocupada por el señor Howlands les había pertenecido a ellos originalmente.

Boro pensó en su padre, que había luchado en la guerra solo para acabar siendo desposeído de sus tierras. También él había ido a la guerra, contra Hitler. Había viajado a Egipto, a Jerusalén y a Birmania. Visto cosas. Escapado de la muerte por poco. Pero lo que no podía olvidar era la muerte de su hermanastro, Mwangi. ¿Por quién o para qué había muerto él?

Cuando la guerra llegó a su fin, Boro regresó a casa, ya no como un niño sino convertido en un hombre con experiencia e ideas, y solo para descubrir que no habría empleo para él. No habría tierra donde asentarse, ni aunque hubiese podido. Mientras escuchaba la historia, todos estos pensamientos fueron amontonándose en su mente espoleando su ira. ¿Cómo había podido permitir este pueblo que el hombre blanco ocupase la tierra sin hacer nada? ¿Y qué eran todas estas creencias supersticiosas en una profecía?

Entonces elevó la voz en un susurro que sonó como un grito.

—Al infierno con la profecía.

En efecto, sus palabras no fueron más que un susurro. Y dirigiéndose a su padre, dijo:

—¿Cómo puedes seguir trabajando para un hombre que te ha arrebatado la tierra? ¿Cómo puedes seguir sirviéndole?

Salió de la choza sin esperar una respuesta.

Ngotho salió temprano de camino al trabajo. No cruzó los campos como era su costumbre. Ngotho adoraba las estaciones lluviosas, cuando estaba todo verde y los cultivos en flor, y el rocío de la mañana se acumulaba en las hojas. Pero la senda por la que se había abierto camino perturbando a las plantas y haciendo que el agua se derramase hizo que se sintiera como si, por su propia culpa, hubiese perdido algo. En una ocasión había sentido el impulso de tocar las gotas de rocío o de abrir una de ellas y ver lo que guardaba oculto en su interior. Había temblado como un chiquillo, pero después de tocar las gotas y de que estas perdieran forma rápidamente y se diluyeran en humedad se sintió avergonzado y prosiguió su camino. En ocasiones se sentía agradecido a Murungu sin razón aparente mientras atravesaba estos campos de cultivo a solas a la vez que se cernía sobre la tierra cierta quietud. Casi como la quietud de la muerte.

Esta mañana en particular caminó por la carretera: la gran carretera de alquitrán que era larga y ancha y que no tenía principio ni final aparte de adentrarse en el pueblo. Los coches lo adelantaban. Hombres y mujeres, de camino a sus trabajos, algunos en la colonia y otros en la fábrica de calzado, charlaban por el camino. Pero Ngotho no prestaba atención ni a unos ni a otros. ¿Por qué se había comportado así delante de todos aquellos niños? La voz de Boro había calado hondo en su interior, calado en todos aquellos años solitarios de espera. Quizás él y otros habían esperado demasiado tiempo, y ahora se temía que esto empezaba a interpretarse como una excusa para no pasar a la acción o, peor aún, como una traición.

Alcanzó las tiendas indias. Años atrás, había trabajado allí. Aquello fue mucho antes de la segunda guerra. Trabajó para un indio que siempre le había debido un mes de paga. Y lo hacía a propósito. Se trataba supuestamente de

un persuasivo mecanismo para mantener a Ngotho atado a su empleo de manera permanente. Ya que, de abandonar, perdería un mes de paga. Al final, lo tuvo que perder. Ocurrió cuando se fue a trabajar para el señor Howlands, como *shambaboy*. Pero al principio hacía de todo, desde trabajar en las plantaciones de té a limpiar la casa principal o cargar leña. Dejó atrás las tiendas africanas, cerca de la barbería, y prosiguió la marcha, la marcha hacia el mismo lugar donde ya llevaba años, desde incluso antes de que la segunda gran guerra se llevara a sus dos hijos para matar a uno y cambiar al otro.

El señor Howlands estaba levantado. Nunca dormía demasiado. No como *memsahib*, que a veces se quedaba en la cama hasta las diez de la mañana. No tenía mucho más que hacer. Había algo en el señor Howlands, casi un aura de misterio, que Ngotho no lograba descifrar jamás.

—Buenos días, Ngotho.

—Buenos días, *bwana*.

—¿Has pasado una buena noche?

—*Ndio bwana*.

Ngotho era el único hombre con el que señor Howlands empleaba esta forma de saludo, una forma que no variaba jamás. Hablaba en su acostumbrado tono neutro, como si su mente estuviese ocupada en algo importante. En cualquier caso, era algo que absorbía toda su atención. Su mente siempre estaba centrada en el *shamba*. Su vida y su alma estaban en el *shamba*. Todas las demás cosas le importaban en la medida en que estuvieran relacionadas con el *shamba*. Hasta su mujer le importaba solo en tanto en cuanto ella hacía posible que él pudiese trabajar en él de forma más eficiente, no teniendo que preocuparse por los asuntos del hogar. Porque dejaba en manos de ella la administración del hogar y no tenía ni idea de lo que en él ocurría. Si empleaba a alguien para que prestara servicio en la casa, lo hacía únicamente porque su mujer le había pedido otro «chico». Y si más adelante ella azotaba al «chico» y expresaba su deseo de que lo despidiesen, pues bueno, ¿qué importaba? No era solo porque los chicos tuvieran la piel negra. El deseo de querer saber más sobre sus sirvientes sencillamente no se le pasaba por la cabeza.

El único hombre por el que había resistido los esfuerzos de su esposa para que fuera despedido era Ngotho. No es que el señor Howlands se hubiese parado a considerar sus sentimientos hacia él. Solo era que le encantaba ver a Ngotho trabajar en la granja; cómo el viejo tocaba la tierra, acariciándola

casi, y cómo cuidaba los retoños de las plantas de té, como si fueran suyos... Ngotho era una parte demasiado importante de la granja como para separarlo de ella. Más aún. Podía dirigir a los trabajadores de la granja como ningún otro. Ngotho había acudido a él en un momento en el que pasaba por un bache económico. Pero con la llegada de Ngotho, las cosas y su fortuna habían mejorado. El señor Howlands era alto, de constitución gruesa, con un rostro ovalado rematado por una papada, y lucía una prominente barriga. Desde el punto de vista de su apariencia física, al menos, se trataba del típico colono de Kenia. Era un producto de la Primera Guerra Mundial. Tras disfrutar muchos años de la seguridad del hogar, recibió de repente la llamada a las armas y se marchó a la guerra con ese ímpetu de la juventud que imagina la guerra como algo glorioso. Pero tras cuatro años de derramamiento de sangre y abominable destrucción, se sintió, al igual que tantos otros jóvenes, profundamente desilusionado con la «paz». Tuvo que huir. África Oriental era un buen destino. Aquí había una enorme extensión de territorio salvaje por conquistar.

Durante mucho tiempo, Inglaterra fue un país lejano. No deseaba regresar por lo que del país recordaba. Pero enseguida descubrió que quería una esposa. No podía mezclarse con las nativas como otros habían hecho. Regresó a «casa», convertido en un extraño, y se quedó con la primera mujer que pudo conseguir. Suzannah era una buena muchacha: ni guapa ni fea. A ella también le aburría la vida en Inglaterra. Pero nunca había sabido lo que deseaba hacer. África no sonaba nada mal, de modo que se prestó a seguir a aquel hombre que le ofrecía un cambio en su vida. Lo que no sabía era que África era sinónimo de una vida dura y una ruptura absoluta con Europa. De nuevo volvió a aburrirse. El señor Howlands hizo caso omiso de su aburrimiento. La había creído cuando le dijo, allá en Inglaterra, que podía enfrentarse a una vida en la sabana.

No obstante, pronto obtuvo el consuelo de toda mujer. Dio a luz a su primer hijo, un varón. Volcó su atención en la criatura y en los sirvientes de la casa. Ahora podía permitirse permanecer allí el día entero, jugando con el niño y hablándole. Hallaba un dulce placer en increpar y azotar a sus sirvientes. Al niño, Peter, le siguió una niña. Durante un tiempo, los tres — madre, hija e hijo— conformarían el hogar, el padre haciendo acto de presencia solo por las noches. Fue una suerte que su casa estuviera cerca de Nairobi. Los niños podían ir allí a la escuela. Ella alimentaba su orgullo viéndolos crecer juntos, queriéndose. Y ellos, a su manera, la querían a ella.

Pero Peter no tardó en salir a su padre. El señor Howlands aprendió a apreciar a su hijo y ambos recorrían los campos juntos. No es que el señor Howlands exteriorizase sus sentimientos. Pero la idea de contar con alguien a quien algún día poder dejar el *shamba* prendió una llama en su corazón. Día a día fue convirtiéndose en un hombre más familiar y, con el paso de los años, pareció que incluso se reconciliaba con aquella Inglaterra de la que había huido. Envió a sus hijos de regreso para que realizaran allí sus estudios. Entonces la civilización europea volvió a ganarle el terreno. Su hijo tuvo que marcharse a la guerra.

El señor Howlands perdió la fe por completo: incluso los pocos retazos que de ella había empezado a recuperar. Habría vuelto a destruirse a sí mismo, pero su dios, la tierra, acudió de nuevo al rescate. Volcó todos sus esfuerzos y toda su energía en ella. Se diría que veneraba a la tierra. En ocasiones sobrevivía varios días a base de poco más que unas pocas tazas de té. Solo obtenía placer en contemplar y administrar la tierra a la que ahora había entregado su vida entera. Suzannah se quedó sola. Azotaba y despedía a un sirviente tras otro. Pero Dios fue clemente con ella. Dio luz a otro varón, Stephen. Este era ahora hijo único. La hija se había hecho misionera tras morir Peter en la guerra.

Iban de un sitio a otro, un hombre blanco y un hombre negro. De tanto en tanto se detenían aquí y allá, examinaban una frondosa planta de té verde o arrancaban una mala hierba. Ambos hombres admiraban este *shamba*. Y es que Ngotho se sentía responsable de todo cuanto le ocurría a esta tierra. Era su deber para con los muertos, los vivos, los no nacidos de su estirpe, salvaguardar aquel *shamba*. El señor Howlands siempre sentía ciertas dosis de triunfalismo cada vez que caminaba por ella. Él era el único responsable de haber domado este territorio salvaje desocupado. Llegaron a un altozano y se detuvieron. La tierra descendía suavemente antes de volver a elevarse por la ladera de la siguiente colina y de la siguiente. Más allá, Ngotho podía divisar la Reserva africana.

—¿Te gusta todo esto? —preguntó el señor Howlands distraídamente. Estaba absorto admirando la tierra que se desplegaba ante él.

—Es la mejor tierra de todo el país —dijo Ngotho con énfasis. Lo decía de corazón. El señor Howlands suspiró. Se estaba preguntando si Stephen llegaría a administrarla después de él.

—No sé quién la administrará después de mí...

A Ngotho le dio un vuelco el corazón. También él estaba pensando en sus hijos. ¿Se cumpliría pronto la profecía?

—*Kwa nini bwana*. ¿Piensa regresar a...?

—No —dijo el señor Howlands elevando la voz innecesariamente.

—... Su hogar, el hogar...

—¡Mi hogar está aquí!

Ngotho estaba desconcertado. ¿No iba esta gente a marcharse jamás? ¿Acaso no había dicho el viejo profeta kikuyu que acabarían yéndose por donde habían venido? Y el señor Howlands estaba pensando, ¿*de verdad* valdría Stephen para esto? No era como el otro. Sintió la herida y el dolor de la pérdida.

—La guerra se lo llevó.

Ngotho no había sabido nunca adónde se había marchado el otro hijo. Ahora lo comprendió. Quiso contarle lo de su propio hijo; deseó decirle: «Vosotros me lo arrebatasteis». Pero guardó silencio. Aunque pensó que el señor Howlands no debería quejarse. Había sido su guerra.

En la escuela, Njoroge demostró ser bueno en lectura. Siempre recordaría su primera lección. El profesor estaba de pie delante de la clase. Era un hombre de corta estatura y tenía un bigotillo que le encantaba atusarse y acariciarse. Le llamaban Isaka. Ese era su nombre cristiano, una deformación de Isaac. Los niños rara vez conocían el apellido de los profesores. Sobre Isaka circulaban muchos rumores. Algunos decían que no era *un buen cristiano*. Con ello se daba a entender que bebía y fumaba y alternaba con mujeres, cosa que no se esperaba que hiciera ningún profesor de la escuela. Pero Isaka era un hombre jovial y los niños lo adoraban. Njoroge sentía admiración por su bigote. Había quienes aseguraban que Isaka torcía el bigote con malicia siempre que departía con las maestras. Esta costumbre era fuente de constantes cotilleos entre los chicos siempre que se juntaban a solas. Al entrar en clase, el profesor dibujó una extraña marca en la pizarra.

«A». Algo totalmente carente de significado para Njoroge y otros niños.

Maestro: Decid A.

La clase: Aaaaa.

Maestro: Otra vez.

La clase: Aaaaa.

Era como si el tejado de chapa metálica fuera a resquebrajarse.

Maestro (haciendo otra marca en la pizarra): Decid E.

La clase: Eeeeeeee.

Esto sonaba agradable y familiar. Cuando un niño lloraba, decía: «Eeeee, Eeeee».

Maestro: I.

La clase: Iiiiiii.

Maestro: Otra vez.

La clase: Iiiiiii.

Maestro: Así es como en antiguo *gikuyu* (kikuyu) se dice «*Hodi*»: «¿Puedo pasar?».

Los niños rieron. Fue tan gracioso como lo dijo. A continuación hizo otra marca más en la pizarra. El corazón de Njoroge latía desbocado. ¡Y pensar que en ese momento estaba aprendiendo! Iba a tener un montón de cosas que contarle a su madre.

Maestro: O.

La clase: Ooooo.

Maestro: Otra vez.

La clase: Ooooo.

Otra letra más:

Maestro: U.

La clase: Uuu.

Maestro: ¿Qué dice una mujer cuando ve un peligro?

La clase (los niños mirando triunfantes a las niñas): Uuuuuuu.

Sonaron risas.

Maestro: Decid U-u-u-u-u.

La clase: U-u-u-u-u-u-u-u.

Maestro: ¿Qué animal hace así?

Un niño levantó el brazo a toda velocidad. Pero antes de que pudiese contestar, la clase entera había espetado «un perro». De nuevo estallaron las risas y se produjo también un leve y confuso murmullo.

Maestro: ¿Qué hace un perro?

Sobre este punto hubo cierto desacuerdo. Algunos gritaron lo que hacía, U-u-u-u-u, mientras que otros declararon simplemente que un perro ladra.

Maestro: Un perro ladra.

La clase: Un perro ladra.

Maestro: ¿Qué hace un perro cuando ladra?

La clase: U-u-u-u-u-u.

A partir de ese día, el profesor pasó a llamarse U-u.

A Njoroge le encantaban estas prácticas de lectura, sobre todo la parte en la que podías parlotear y reírte y gritar lo que quisieras. Al principio, al llegar a casa, había intentado enseñar a Kamau. Pero a Kamau no le gustaba, y Njoroge tuvo que abandonar la idea.

Mwihaki le dijo: «¿Por qué vas solo? ¿Para evitarme?».

Njoroge se sintió avergonzado. Todavía recordaba el día que su madre los había sorprendido jugando en la colina. Ella no le regañó. Pero el silencio de una madre es el peor de los castigos, porque deja a la imaginación de cada uno conjeturar lo que tiene en la cabeza. Njoroge, sin embargo, quería parecer respetable y digno a ojos de Mwihaki.

—Siempre sales tarde —dijo por fin, con bastante timidez. Continuaron juntos. Las clases acababan de terminar. Mientras caminaban, contemplaron unos pájaros volando sobre los campos. Ella rompió el silencio.

—No, no es que yo salga tarde. Eres tú. Intentas evitarme.

—¿A ti te pegan tus padres? —preguntó ella, tras otro silencio.

—No. No a menudo, solo cuando hago algo mal.

Mwihaki se preguntó cómo iba este niño a hacer algo mal. Njoroge parecía tan dócil, retraído, y siempre regresaba a casa puntualmente.

—¿Por qué lo preguntas? —continuó Njoroge.

—Bueno, estaba pensando que quizá sea porque no te pegan por lo que no les tienes miedo.

—¿A ti te pegan los tuyos? —preguntó él en tono compasivo. Su aspecto era tierno, menudo y delicado. A lo mejor todas las niñas eran traviesas.

—Sí, a veces. Y cuando mi madre no me pega, usa palabras feas que me duelen más que los golpes. Me da miedo.

—A mí también me dan miedo mis padres.

No quería criticarlos delante de ella. Siempre se acordaba del niño indio que una vez le había regalado un caramelo de forma amistosa. Njoroge estaba con su madre en aquella ocasión. Fue un acto de generosidad que le sorprendió por proceder de un niño indio, ya que nunca había pensado que un indio fuese capaz de nada parecido. Aceptó el caramelo. E iba a metérselo en la boca cuando su madre se volvió hacia él y le gritó: «¡Ni que llevaras un año sin comer! ¿Vas a ser tan glotón como para aceptar cualquier cosa del primero que pase, incluso de manos de un sucio niño indio?».

Njoroge lo tiró. Pero le dolió hacerlo, porque el niño le había visto. Sintió a la vez ganas y temor de volver y decirle algo. Pero no lo hizo en ese momento. Días después regresó al mismo lugar. El niño no estaba allí.

—¿Piensas que tus padres siempre tienen razón?

—Sí. Aunque, no sé. A veces tiene uno la sensación de saber las cosas aquí dentro... ¿No te pasa a ti?

—¡Claro! —dijo él, no queriendo parecer ignorante.

Enseguida se olvidaron de sus padres y rieron. A ratos jugaban. Njoroge era bastante reservado. Pero Mwihaki era más juguetona. Cogía flores y se las lanzaba. A él le divertía, y le hubiese gustado devolverle el gesto, pero no le gustaba arrancar flores abiertas porque perdían su color.

—No juguemos con las flores —dijo.

—Oh, pero a mí me encantan las flores.

Pasaron cerca de la casa del señor Howlands. Era enorme e imponente. Mucho más señorial que la que pertenecía al padre de Mwihaki.

—Mi padre trabaja aquí.

—Este sitio es del señor Howlands.

—¿Lo conoces?

—No. Pero mi padre habla de él. Mi padre viene a visitarle y dice que es el mejor granjero de todo el territorio.

—¿Son amigos?

—No sé. No creo. Los europeos no pueden ser amigos de los negros. Ellos están tan por encima.

—¿Has estado en su granja?

—¡Qué va!

—Yo he venido muchas veces a ver a padre. Hay un niño más o menos de mi misma estatura. Su piel es tan blanca. Creo que es el hijo del señor Howlands. No me gustó cómo se agarraba a las faldas de su madre, un niño asustado. Pero tenía los ojos clavados en mí. Como con curiosidad. La

segunda vez estaba solo. Al verme se levantó y echó a andar hacia mí. Yo me asusté, porque no sabía qué quería. Eché a correr. Él se quedó plantado, mirándome. Entonces dio media vuelta y se alejó. Siempre que vengo me aseguro de estar cerca de mi padre.

—¿Quería hablar contigo?

—Pues, no lo sé. A lo mejor quería pelearse conmigo. Es como su padre. Y ya sabes...

Njoroge recordaba la historia que les había contado Ngotho. No debía hablarle a Mwihaki de ello. Tenía que seguir siendo su secreto.

—Toda esta tierra pertenece al pueblo negro.

—Yaaa. Se lo he oído decir a padre. Dice que si la gente hubiese tenido una educación, el hombre blanco no se habría quedado con la tierra. Me pregunto por qué nuestros ancianos, nuestros ancianos muertos, no tenían una educación cuando llegó el hombre blanco.

—No había nadie que les enseñase inglés.

—Bueno, sí. Puede que fuera por eso —convino ella con cierta reticencia.

—¿En tu clase os enseñan inglés?

—Oh, no. Solo enseñan inglés en Standard IV.

—¿Tú padre sabe hablar inglés?

—Creo que sí.

—¿Dónde aprendió?

—Donde la misión, en Siriana.

—Tú aprenderás inglés antes que yo.

—¿Por qué?

—Me llevas un curso de ventaja.

Ella se quedó pensando un momento. Entonces se le iluminó el rostro de repente y dijo:

—Yo te enseñaré.

Esto a Njoroge no le gustó. Pero no lo dijo.

A comienzos del año siguiente le pasaron a tercer curso. Se denominaba Standard I, ya que los dos anteriores eran solo cursos preparatorios, para principiantes. Al parecer no era necesario que cursara el segundo nivel preparatorio. Standard I era la clase que también cursaría Mwihaki. Njoroge la había alcanzado. Esto le alegraba. Antes de que la escuela abriera para dar comienzo al nuevo año lectivo, Njoroge fue a un bosque con Kamau.

Tras una infructuosa búsqueda de antílopes, le habló a su hermano.

—¿Por qué no quieres de verdad empezar a estudiar?

—Siempre me preguntas lo mismo —rio Kamau. Pero Njoroge permaneció serio. Estaba convencido de que ir a la escuela era lo mejor que podía pasarle a un muchacho. Era el fin último de toda vida. Y deseaba que todo el mundo fuera a la escuela.

—¡No! —prosiguió Kamau, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué?

—Venga, no finjas que no conoces la respuesta. ¿Es que no ves lo que pasa en casa? Un hombre sin tierra debe aprender un oficio. Padre no tiene nada. Así que lo que hago es importante. Si Nganga no fuera egoísta, yo podría convertirme enseguida en un buen carpintero. Podría hacerme rico y entonces todos podríamos ayudarte en tus estudios. Tu educación es para todos nosotros. Padre dice lo mismo. Está ansioso por que sigas adelante y así traigas luz a nuestro hogar. La educación es la luz de Kenia. Eso es lo que dice Jomo.

Njoroge había oído hablar de Jomo. Cuando regresó de ultramar, muchos fueron a recibirle a Nairobi. Njoroge pensaba que le gustaría aprender como Jomo para poder un día cruzar el mar y viajar a la tierra del hombre blanco. El hermano de Mwhiki viajaría allí muy pronto.

Esa noche, Ngotho levantó la vista y miró a Njoroge.

—¿Cuándo empiezas la escuela?

—El lunes.

—Aaaaa —suspiró Ngotho. Apartó los ojos de su hijo y miró más allá de él. Nyokabi estaba preparando *irio*—. La educación lo es todo —dijo Ngotho. Aunque tenía serias dudas de que así lo fuera porque en lo más profundo de su corazón sabía que la tierra lo era todo. La educación era buena solo porque conduciría a recuperar las tierras perdidas.

—Debes aprender para escapar de las condiciones en las que vivimos. Son duras. No es mucho lo que un hombre puede hacer sin un pedazo de tierra.

Ngotho rara vez se quejaba. Él había pasado toda su vida confiando en que algo grande ocurriría. Esa era la razón por la que no quería estar lejos de la tierra que había pertenecido a sus ancestros. Esa era la verdadera razón por la que trabajaba fielmente para el señor Howlands, mimando la tierra y todo lo que en ella había. Su hijo se había presentado y de un plumazo le había hecho dudar de esa lealtad al señor Howlands y a la tierra. Y con esa duda se había instalado en él el temor de un hombre anciano hacia su hijo. Boro había

cambiado. Todo se debía a la guerra. Ngotho sentía que la guerra le había entrampado. ¡Le había matado un hijo! Y el otro le acusaba.

—¡Esa forma que tiene Howlands de mirar la granja! —dijo lentamente para sí. Ngotho no acababa de comprender del todo la devoción que el señor Howlands mostraba hacia la tierra. En ocasiones parecía tan perdido en ella que daba la impresión de estar huyendo de otra cosa.

Njoroge prestó atención a su padre. Instintivamente supo que se reclamaba de él algo indeterminado, incluso a pesar de su corta edad. Supo que para él la educación suponría la consecución de una visión mucho más amplia y significativa: una visión que abarcaría lo que de él se reclamaba, no solo por parte de su padre, sino también por parte de su madre, de sus hermanos e incluso por parte de la aldea. Se vio a sí mismo como alguien a quien el destino le tiene reservado algo grande, y esto hizo llamear su corazón.

Una «colina» nada desdeñable se erguía junto al hogar de Ngotho. Años de acumulación de basura habían dado lugar a ella. Si te plantabas en lo alto durante el día, podías divisar más o menos la totalidad de la heredad de Jacobo. Era muy grande; tan grande como la granja de un colono. La tierra entera estaba cubierta de flores de pelitre y bosques de acacias negras. Jacobo era afortunado, porque durante muchos años había sido el único africano con permiso para cultivar pelitre. Corría el rumor de que él en persona había impedido la concesión de permisos similares a otra gente. Los granjeros blancos que lo cultivaban tampoco querían que se permitiese a muchos africanos plantar cultivos con los que se pudiese comerciar como el pelitre, porque eso haría que bajasen el nivel y calidad de la producción.

Njoroge solía plantarse en lo alto de esa colina siempre que quería ver a su madre o a su hermano acercarse en la distancia. Si divisaba a cualquiera de ellos, echaba a correr y les ayudaba a cargar con lo que fuera que trajeran. No importaba si se trataba de Njeri o de cualquiera de sus hijos. El sentimiento de unidad era una de las cosas que más distinguía el hogar de Ngotho del de muchas otras familias polígamas. Njeri y Nyokabi acudían al *shamba* o al mercado juntas. A veces acordaban entre ambas que mientras una hacía una tarea, la otra haría esta. Dicha situación se atribuía a Ngotho, el núcleo del hogar. Porque si el núcleo es estable, la familia seguirá unida.

Era una noche oscura. Njoroge y Kamau estaban plantados en lo alto de la «colina». Unas pocas estrellas titilaban en lo alto. Parecían ojos humanos. Nyokabi le había dicho a Njoroge una vez que eran agujeritos a través de los cuales uno podía ver el fuego llameante de Dios. Él no se lo había creído del todo.

—¿Ves aquellas luces a lo lejos?

—Sí.

—Es Nairobi, ¿verdad? —La voz de Njoroge tembló ligeramente.

—Sí —contestó Kamau con voz soñadora.

Njoroge surcó la oscuridad con la mirada y miró más allá de esta. A lo lejos se podía ver una multitud de luces. Sobre la hueste de luces estaba el celaje gris del cielo. Njoroge dejó que sus ojos se demoraran en la escena. Nairobi, la gran ciudad, era un lugar de misterio que finalmente había arrastrado a sus hermanos lejos del círculo familiar. El poder de atracción de esta extraña ciudad que estaba cerca y lejos a la vez le debilitaba. Suspiró. Todavía no alcanzaba a comprender por qué sus hermanos habían decidido marcharse sin más. De pronto.

—¿Tú crees que habrán encontrado trabajo?

—Kori dice que hay trabajo en abundancia.

—Ya veo.

—Es una gran ciudad...

—Sí, *sí* que es una gran ciudad.

—El señor Howlands la visita a menudo.

—Y Jacobo también... ¿Tú crees que se olvidarán de nuestro hogar?

—Seguro que no. Nadie puede olvidar su hogar.

—¿Y por qué no podían trabajar aquí?

—¿Te crees que no querían? Ya conoces este lugar. Incluso allí donde estén, se darán cuenta de que un salario sin un pedazo de tierra que cultivar no es nada. Mira Howlands. Él no es empleado de nadie. Y aun así es muy rico y feliz. Y eso es porque tiene tierra. O mira Jacobo. Está como está porque tiene tierra... Boro no tiene tierra. No conseguía encontrar empleo. Sabes lo resentido que está con padre, porque dice que fue la estupidez de nuestros padres la que hizo que nos arrebataran la tierra. ¿Tú crees que podía quedarse aquí? Boro no está hecho para este lugar.

Njoroge recapacitó sobre estas palabras y deseó poder haber estado en una posición que le permitiese solucionar la situación. Quizá la educación...

—Sí. Boro era raro.

—Casi siempre estaba enfadado.

—¿Con padre?

—Y con toda la vieja generación. Y aun así ellos lo intentaron.

—¿El qué? ¿Recuperar la tierra?

—Sí. Padre dijo que la gente empezó a presionar para reclamar sus derechos mucho tiempo atrás. Algunos participaron en una marcha hasta

Nairobi poco después del final de la primera guerra para exigir la liberación de su líder, que había sido arrestado. Dispararon contra la gente y murieron tres personas. ¿Entiendes? La gente había pensado que el joven líder era el que conseguiría que el hombre blanco se marchase.

—¿Y dijo eso padre?

—Sí. Me lo encontré un día contándoselo a Boro. Ya sabes que padre le tiene un poco de miedo a Boro.

—¿Y Boro qué dijo?

—Nada. Se quedó allí sentado pensando o rumiando amargamente sobre algo. Boro es extraño. Nuestra madre mayor dice que es por la guerra, que lo cambió. Sin embargo, hay gente que dice que tiene algo que ver con nuestro otro hermano, el que murió.

—¿Mwangi?

—Sí. Dicen que fueron los británicos los que lo mataron. Pero fueran los británicos o no, el caso es que fue un hombre blanco el que lo hizo.

—Sí.

Ambos seguían escrutando a través de la oscuridad la ciudad que ahora retenía a Boro y a Kori. Kamau y Njoroge temían que pudieran perderse allí para siempre. Eso pondría fin a la reunión vespertina de hombres y mujeres jóvenes. Pero Kori había expresado claramente que regresarían a casa de vez en cuando.

—¡A mí también me gustaría dejar este lugar!

—¿Por qué? —se apresuró a preguntar Njoroge. Los pensamientos de Njoroge sobre lo que haría por su familia cuando tuviese dinero y educación fueron interrumpidos.

—Es solo una sensación. Pero primero tengo que dejar de trabajar para Nganga.

—No has terminado el aprendizaje.

—Creo que ya sé suficiente carpintería para salir adelante. Ahora ya puedo fabricar una silla, una cama y cosas por el estilo.

—¿Y adónde irías?

—A la colonia. O a Nairobi.

Njoroge sintió un fuerte deseo de retener a Kamau. Iba a echarle muchísimo de menos.

—A lo mejor no consigues empleo.

—Lo haré.

—¿Pero es que has olvidado lo de la huelga?

—Oh.

—Sí. Ya sabes, el proyecto de huelga del que padre siempre habla.

—No sé. Yo creo que las huelgas son para la gente como mi padre.

—Pero padre dice que la huelga es para toda la gente que quiere la libertad del pueblo negro.

—Quizá. No te sabría decir.

Oyeron a Njeri que los llamaba. Entonces bajaron de la «colina». Mientras caminaban juntos, Njoroge se acordó de algo que había querido preguntar sobre la tierra.

—¿Tu crees que es verdad eso que dice padre de que toda la tierra pertenece al pueblo negro?

—Sí. El pueblo negro tiene su tierra en el país del pueblo negro. Los hombres blancos tienen su tierra en su propio país. Es así de simple. Pienso que así lo planeó Dios.

—¿Hay gente negra en Inglaterra?

—No. Inglaterra es solo para gente blanca.

—¿Y se marcharon todos de su país para venir aquí y robarnos acres de lo que es nuestro?

—Sí. Son ladrones.

—¿Todos ellos?

—Sí. Incluso el señor Howlands.

—El señor Howlands... No me gusta. No me gustó cómo su hijo me siguió una vez.

—Un cordero sale a su madre.

Una idea le cruzó la mente.

—Jacobó es un hombre malo. ¿Tú crees que Mwi...? —Se detuvo. Entonces cambió rápidamente de tema y preguntó—: ¿Quién es Jomo?

—Boro le llamaba el Moisés negro.

—¿Como el de la Biblia?

—No sé.

—Creo que he oído que se habla de él en la Biblia.

La voz de Njeri resonó en la oscuridad. La conversación llegó a su fin.

Esa noche Njoroge permaneció un rato despierto en la cama antes de dormirse.

Njoroge no quería ser como su padre y trabajar para un hombre blanco o, peor aún, para un indio. Padre había dicho que el trabajo era duro y le había

pedido que escapara de esas condiciones. Sí, lo haría. Él sería diferente. Y ayudaría a todos sus hermanos. Antes de conciliar el sueño, rezó: «Señor, haz que reciba una educación. Quiero ayudar a mi padre y a mis madres. Y a Kamau y a todos mis otros hermanos. Te pido todo esto a través de Jesucristo, nuestro Señor. Amén».

Recordó algo más.

«...Y ayúdame Dios para que Mwihaki no me supere en clase. Y Dios...». Se quedó dormido y soñó con una educación en Inglaterra.

Mwihaki siempre estaba a gusto con Njoroge. Se sentía más segura con él que con sus hermanos, que no le hacían demasiado caso. Se confiaba a él y le gustaba regresar caminando a casa con él. Era bastante lista y sabía defenderse incluso entre los chicos. Y ahora que Njoroge estaba en su clase podía hacerle preguntas sobre el trabajo en el aula. Alcanzado el curso Standard IV, empezaron a aprender inglés.

Lucía, la hermana de Mwihaki, era su profesora. Todos aguardaban expectantes sentados a sus respectivos pupitres con los ojos clavados en la pizarra. Saber inglés era el criterio por el que se medía el conocimiento de un hombre.

Ponerse de pie = Rugama.

Maestra: Yo estoy de pie. ¿Qué hago yo?

La clase: Tú estás de pie.

Maestra: Otra vez.

La clase: Tú estás de pie.

Maestra (señalando con un dedo): Tú — no — tú — sí. ¿Cómo te llamas?

Alumno: Njoroge.

Maestra: Njoroge, ponte de pie.

Él se puso de pie. Aprender inglés estaba muy bien, pero no tanto cuando tenía que ponerse de pie para que todos los ojos lo miraran y quizá le hicieran muecas.

Maestra: ¿Qué haces tú?

Njoroge (con un hilo de voz): Tú estás de pie.

Maestra (ligeramente irritada): ¿Qué haces *tú*?

Njoroge (se aclara la garganta, habla con un hilo de voz más imperceptible aún): Tú estás de pie.

Maestra: ¡No, no! (A la clase) Vamos. ¿Qué haces tú? ¿Tú?

Njoroge estaba muy confuso. Había manos levantadas todo a su alrededor. Cada vez se iba sintiendo más y más estúpido, tanto que al final desistió hasta de intentar dar una respuesta.

Maestra (señalando a *Mwihaki*): Ponte de pie. ¿Qué haces tú?

Mwihaki (la cabeza ladeada sobre un hombro): Yo estoy de pie.

Maestra: Bien. Ahora, *Njoroge*. ¿Qué hace ella?

Njoroge: Yo estoy de pie.

Varias risillas recorrieron la clase.

Maestra (muy irritada): Toda la clase, ¿qué hace ella?

La clase (recitando): Tú estás de pie.

Maestra (más irritada aún): Yo os pregunto... ¿Qué hace *ella*?

La clase (asustados, recitando tímidamente): Tú estás de pie.

Maestra: Escuchadme bien, panda de vagos estúpidos. ¿Cuánto tiempo necesitáis para captar las cosas? ¿Es que no repasamos ya todo esto ayer? Como venga mañana y cometáis un solo error, os castigaré a todos severamente.

Y con esta tajante amenaza, salió del aula. *Njoroge*, irritado consigo mismo por su pobre actuación, elevó ahora la voz e intentó resarcirse diciéndoles lo que tenían que haber contestado: «Ella está de pie». Pero un niño (el más tonto de la clase) le reprendió: «¿Y por qué no lo has dicho cuando estaba aquí, ya que eres tan listo?».

Después de unas cuantas semanas más de ira y amenazas, los niños consiguieron captar algo de lo que estaban muy orgullosos. *Njoroge* ahora podía recitar,

Yo estoy de pie.

Tú estás de pie.

Ella está de pie.

Nosotros estamos de pie.

Vosotros estáis de pie.

Ellos están de pie.
¿Adónde vas?
Voy hacia la puerta.
Señala la pizarra. ¿Qué haces tú?
Yo estoy señalando la pizarra.

Cuando un maestro entraba en clase, les saludaba en inglés.

Maestro: Buenos días, niños.

La clase (poniéndose en pie, recitando la respuesta): Buenos días, señor.

Un día vino a la escuela una mujer europea. Como ya esperaban su visita, la escuela había sido limpiada y ordenada escrupulosamente. A los niños se les había dicho y enseñado cómo comportarse. Njoroge no había visto a demasiados europeos tan de cerca. Ahora se sintió bastante impresionado por la blancura y suavidad de la piel de esta mujer. Se preguntó: «¿Qué sentiría si tocase su piel?». Cuando entró, la clase entera se puso en pie y firme. Algunos ya habían abierto la boca para responder al saludo esperado.

—Buenas tardes, niños.

—Buenos días, señor.

A Lucía le entraron ganas de echarse a llorar. ¿Es que no les había enseñado la respuesta correcta una y otra vez? La habían traicionado. La invitada estaba explicando que, puesto que era después de comer, pasadas las doce en punto, debían referirse a la «tarde», y que puesto que ella era una mujer, debían llamarla «señora».

—¿Entendido?

—¡Sí, señor!

—¡Señora! —gritó Lucía casi histérica. Habría sido capaz de matar a alguien en ese momento.

—Sí, señora.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señora. —Pero algunos todavía se aferraban al «señor». Había pasado a formar parte de su forma de saludar. Incluso cuando un alumno saludaba a otro, utilizaba la palabra «señor».

Cuando la europea se hubo marchado, los niños lamentaron el incidente. Lucía los azotó para aplacar su ira y su bochorno. Así sabrían en el futuro

cuál es la diferencia entre «una mañana» y «una tarde» y cuál la diferencia entre «un señor» y «una señora».

—Sí, señora.

Cuando regresaban a casa, Njoroge le habló a Mwihaki.

—¿Sabes qué? He tenido la sensación de que ya había visto a esa mujer en otro sitio.

—¿En serio? ¿Dónde?

—No sé. Ha sido solo una sensación.

Llegaron al lugar donde trabajaba Ngotho.

—¿Sigues viendo al niño? —preguntó ella.

—¡No! Creo que se ha ido a la escuela.

—¿Volvió a intentar hablar contigo alguna otra vez?

—No. Siempre lo he evitado. Pero está siempre tan solo.

—A lo mejor no tiene hermanos ni hermanas.

—Puede ir y jugar con otros niños.

—¿Dónde?

No habían avanzado más que unos pocos metros cuando Njoroge se detuvo.

—¡Ya lo sé! —exclamó.

—¿El qué?

—Ya sé dónde he visto a esa mujer. La he visto una o dos veces en casa del señor Howlands. Creo que es su hija. Padre dice que es misionera.

—Oh, sí. He oído a padre decir lo mismo.

—Me pregunto por qué se haría misionera. Es hija de un colono.

—Quizá sea diferente.

—Un cordero sale a su madre. —El proverbio de Kamau acababa de venirle a la mente. Se sintió inteligente.

Kamau dejó a Nganga y tomó un nuevo empleo con otro carpintero en las tiendas africanas. No se marchó a Nairobi ni a la colonia como había amenazado. Njoroge había ganado. Pero se percató de que Kamau se estaba convirtiendo en un *kihii* mayor, que estaba listo ya para la circuncisión. Njoroge lo miraba con temor. Una vez iniciado, Kamau probablemente empezaría a ir en compañía de los hombres de su *rika*. Pero no era solo esto lo que temía. Después de todo, ni siquiera ahora pasaban ratos juntos muy a menudo. Lo que temía era que quizás un día Kamau se viese arrastrado hacia

la ciudad. Los otros hermanos habían recibido la llamada. Aunque venían a casa con bastante regularidad, estaban cambiando. Sobre todo en el caso de Kori. La marcha de Kamau conllevaría la ruptura final de la familia y acabaría con esa acogedora seguridad que uno sentía al pensar en el hogar. Kamau era el hombre de la casa. Era como si llevase la familia a cuestas, sobre sus hombros. Njoroge iba a veces a las tiendas africanas a verle. El lugar era el de siempre; hombres de toda condición merodeando por las tiendas de té y los mataderos, tratando de pasar el tiempo. El tedio de una vida así le hacía temer un futuro de hastío y carente de finalidad. Se aferró a los libros y a todo cuanto la escuela pudiera ofrecerle. Njoroge era ahora bastante alto, de pelo negro y piel oscura, con los ojos grandes y la mirada serena. Sus rasgos eran nítidos y bien definidos, aunque puede que demasiado marcados para un muchacho de su edad.

La educación para él, al igual que para muchos niños de su generación, era la clave del futuro. Como no podía establecer una relación de compañerismo con los hijos de Jacobo (exceptuando a Mwihaki), puesto que estos pertenecían a una clase media en ascenso que empezaba a ser consciente de sí misma como tal, se volcó en la lectura. Leía cualquier cosa que cayera en sus manos. La Biblia era su libro preferido. Le gustaban las historias del Antiguo Testamento. Le encantaba David y lo admiraba, un héroe con quien a menudo se sentía identificado. El Libro de Job atraía especialmente su atención, si bien su lectura solía removerle dolorosamente el corazón. Del Nuevo Testamento le gustaban la historia del joven Jesús y el Sermón de la Montaña.

Njoroge llegó a depositar fe en la Biblia, y a su visión de una vida de conocimiento en el futuro se sumó la creencia en la justicia de Dios. Igualdad y justicia estaban allí en el mundo. Si obrabas bien y permanecías fiel a tu Dios, el Reino de los Cielos sería tuyo. Un hombre bueno sería recompensado por Dios; un hombre malo cosecharía malos frutos. Las historias tribales que su madre le contaba habían reforzado esta creencia en la virtud del trabajo duro y la perseverancia.

Su fe en un futuro para su familia y la aldea radicaba, por tanto, no solo en las esperanzas que tenía depositadas en la adquisición de una sólida educación, sino también en la creencia en un Dios de amor y misericordia que mucho tiempo atrás había caminado sobre esta tierra con Gikuyu y Mumbi o Adán y Eva. Tampoco cambiaba mucho las cosas que hubiese llegado a identificar a Gikuyu con Adán y a Mumbi con Eva. Para este Dios,

todos los hombres y todas las mujeres estaban ligados por un único y resistente lazo de hermandad. Y con ello, crecía en su corazón el sentimiento de que los miembros del pueblo kikuyu, cuya tierra les había sido arrebatada por los hombres blancos, no eran otros que los hijos de Israel sobre los que había leído en la Biblia. De forma que aunque todos los hombres eran hermanos, el pueblo negro tenía una misión especial en el mundo, porque se trataba del pueblo elegido de Dios. Ello explicaba lo que había dicho su hermano acerca de que Jomo era el Moisés negro. Siempre que estaba con Mwihaki sentía el deseo de transmitirle algunas de estas cosas. Así y todo, cuando intentaba articularlas en palabras, no lo lograba. De modo que se las guardaba para sí, caminando a solas por los campos y en ocasiones hallando como compañeras a las noches.

A veces venían hombres a ver a su padre. Desde muy pequeño, Njoroge había contemplado a Ngotho como el centro de todo. Mientras viviese, nada podía salir mal. Y así fue como Njoroge fue haciéndose mayor, temiendo a su padre, y aun así depositando una fe implícita en él.

Los hombres que venían a ver a Ngotho solían visitarle en su *thingira*. Pero a veces lo hacían en la choza de Nyokabi o en la de Njeri. Esto agradaba a Njoroge, ya que le encantaba escuchar la conversación adulta de los hombres. Estos hombres eran los ancianos de la aldea. Departían sobre asuntos de la tierra. Kori y Boro también traían hombres consigo los fines de semana, pero aquellos hombres eran diferentes de los jóvenes de la aldea. Los jóvenes de la aldea solían dejar que los mayores llevaran la voz cantante en las conversaciones mientras ellos escuchaban. Pero estos otros que venían con Kori y Boro de la gran ciudad parecían saber un montón de cosas. Ellos solían dominar la conversación. Y debido a que la mayoría de ellos había estado en la guerra, podían comparar los asuntos de la tierra con los de las tierras en las que habían estado. No bromeaban ni se reían como los jóvenes acostumbran, al contrario, adoptaban un semblante serio mientras departían sobre las tierras extranjeras, la guerra, su país, la elevada tasa de desempleo y las tierras arrebatadas.

Njoroge escuchaba con suma atención siempre que hablaban sobre Jomo. Sentía que ya conocía íntimamente a aquel hombre. Porque Njoroge estaba convencido de haber leído acerca de él en el Antiguo Testamento. Moisés había conducido a los hijos de Israel desde Misri hasta la Tierra Prometida. Y como quiera que los miembros del pueblo negro eran realmente los hijos de Israel, Moisés no era otro que Jomo en persona. Era obvio.

Los hombres también hablaban sobre la huelga. Todos los que trabajaban para hombres blancos y el *serikali* (el Gobierno) irían a la huelga. Había que

demostrar al Gobierno y a los colonos que los negros no eran cobardes y esclavos. Ellos también tenían hijos que alimentar y que educar. ¿Cómo podía la gente seguir sudando para que los vástagos de los hombres blancos estuviesen bien alimentados, bien vestidos y bien educados? Kiarie, un hombre de baja estatura y barba negra, era un orador bueno y convincente. A menudo paseaba con Boro. Sus palabras perturbaban a Njoroge de una manera extraña.

Un hombre preguntó:

—¿Pero tú crees que tendrá éxito?

—¡Sí! Todo el mundo irá a la huelga. Todos los hombres negros en todas partes. Hasta los que están en la policía y en el ejército se sumarán a la sentada.

—¿Y de verdad conseguiremos los mismos sueldos que los indios y los europeos?

—¡Sí! —Kiarie procedió a explicarse asintiendo con la cabeza de manera tajante—. Todos los negros dejarán de trabajar. Todos los negocios del país se quedarán parados, porque el país entero depende de nuestro sudor. El Gobierno y los colonos nos llamarán a nuestros puestos. Pero nosotros diremos, no, no. Primero dadnos más dinero. Nuestro sudor y nuestra sangre no son tan baratos. Nosotros también somos seres humanos. No podemos vivir con quince chelines al mes...

Los ancianos y la gente de la aldea atendían con profundo interés. Poco sabían ellos sobre las huelgas, pero si ello suponía más dinero, entonces era una buena idea. El tono solemne de Kiarie estaba cargado de una convicción y de una seguridad silenciosa que, al sentir de Njoroge, transmitía valor y fe a cuantos le rodeaban.

—¿Y qué hay de los que trabajan para patronos negros?

—Debemos concentrarnos en el Gobierno y en los blancos. Nosotros, el pueblo negro, somos hermanos.

Ngotho conocía a uno o dos que desde luego *no* eran hermanos. Pero no lo dijo.

Cuando Njoroge se acostó, rezó para que la huelga fuese un éxito. Deseó que ocurriera pronto. Si su padre tuviese mucho dinero, podría comprar un camión como el de Jacobo. Se durmió y soñó con ese tiempo feliz de abundancia y placer posterior a la huelga.

El señor Howlands reunió a todos sus hombres. Era algo atípico. Pero no tenía mucho que decir, porque no quería perder el tiempo. Se limitó a advertirles de que si algún hombre iba a la huelga perdería su empleo instantáneamente. ¿Cómo iba él a permitir que una maldita huelga interfiriese en modo alguno con la marcha de su granja? Ni siquiera el Gobierno podía interferir en ella. Los negros podían exigir y luchar por lo que quisieran. Estaba claro que esas cosas eran asunto del Gobierno y completamente ajenas a su *shamba*. Con todo y por paradójico que resulte, al aproximarse el momento de la huelga, deseó que el Gobierno actuase de manera implacable: que actuase con una firmeza que pusiese a aquellos trabajadores en su lugar.

Ngotho escuchó la advertencia sin exhibir emoción alguna. Su expresión no cambió, y por tanto no se podía saber lo que pensaba en realidad.

No sabía qué pensar sobre la huelga. Dudaba de si la huelga sería un éxito. Si fracasaba, entonces él perdería un empleo y eso le alejaría de las tierras de sus ancestros. Eso estaba mal, puesto que la tierra era suya. Nadie podía cuidarla como él.

Ngotho regresó a casa indeciso. Pasó de largo junto a las tiendas africanas. El barbero seguía trabajando. Por aquellos días hablaba casi exclusivamente sobre la huelga. Ngotho no entró. Se dirigió directamente a casa.

Njoroge nunca había visto a su padre discutir con sus esposas. Siempre que se producía una discusión, no permitían que los niños se enterasen. De modo que cuando Njoroge volvió de la escuela y se encontró a Nyokabi llorando, le produjo una gran impresión. Recordaba vagamente una única ocasión en la que su madre había llorado. Fue probablemente por la época de la hambruna de la mandioca o antes. Aquello era ahora un sueño. Pero esto no era un sueño. Njoroge se quedó petrificado, demasiado asustado para entrar en casa. Ngotho, alto, recio a pesar de la edad, estaba plantado delante de ella. Njoroge no podía ver su cara. Pero sí podía ver el rostro arrasado de lágrimas de Nyokabi. El miedo le atenazó mientras era testigo de cómo la auténtica discordia hacía acto de presencia en el hogar que hasta ese momento había sido tan seguro.

—Debo ser un hombre en mi propia casa.

—Sí; sé un hombre y pierde un empleo.

—Haré lo que me dé la gana. Nunca he recibido órdenes de una mujer.

—Moriremos de hambre...

—¡Pues moríos de hambre! Esta huelga es importante para el pueblo negro. Conseguiremos mejores salarios.

—¿Y de qué nos va a servir el pueblo negro cuando nos estemos muriendo de hambre?

—Cierra la boca. ¿Cuánto tiempo más crees que voy a soportar esta losa de trabajo en beneficio de un hombre blanco y sus hijos?

—Pero él te paga dinero. ¿Y si fracasa la huelga?

—¡No me sermonees! —gritó él histéricamente. Aquella posibilidad era lo que más temía de todo.

Ella captó este dejo de incertidumbre y temor y se aferró a él.

—¿Y si fracasa la huelga? ¿Qué? ¡Dime! ¿Qué pasará entonces?

Ngotho no lo pudo soportar más. Le estaba sacando de sus casillas. La abofeteó en la cara y volvió a levantar la mano.

Pero Njoroge encontró ahora su voz. Corrió hacia delante y gritó con frenesí:

—Padre, por favor.

Ngotho se detuvo. Miró a su hijo. Corrió hacia él y le agarró del hombro. Njoroge sintió la fuerza de sus dedos y se encogió de miedo. Ngotho gruñó algo incomprensible. Entonces soltó al muchacho de repente y desvió la mirada. Se alejó.

—¡Madre! —susurró Njoroge a Nyokabi.

—¿Por qué le han hechizado? Mi hombre ha cambiado...

—Madre, ¡por favor!

Pero ella siguió sollozando.

Njoroge se sintió solo. Algo pesado y frío le oprimía el estómago. Ni siquiera en las estrellas que más tarde iluminaron la noche halló consuelo. Atravesó el patio sin temer la oscuridad. Deseó que Mwihaki estuviese allí con él. Entonces quizá podría haberse confiado a ella. A lo lejos, el relumbro de las luces de la ciudad donde se había pergeñado la llamada a la huelga reclamó su atención. Él no respondió. Solo quería perderse en la oscuridad, pues no podía ejercer de juez entre un padre y una madre.

En la cama, se arrodilló y rezó. «Dios, perdóname, porque soy vil. Quizá sea yo quien ha metido la inmundicia en nuestro hogar. Perdona mis pecados. Ayuda a mi padre y a mi madre. Oh, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, ayuda a Tus hijos. Perdónanos a todos. Amén».

«Señor, ¿crees que la huelga será un éxito?».

Quería una garantía. Quería un anticipo del futuro antes de que este llegase. En el Antiguo Testamento, Dios hablaba a Su pueblo. Seguro que Él

podía hacer lo mismo ahora. De modo que Njoroge se concentró en escuchar, serio y en silencio. Seguía escuchando cuando se quedó dormido.

Estaban a comienzos del nuevo año. El aula estaba abarrotada, ya que todos los de la clase habían acudido a enterarse de si habían aprobado o no. Njoroge estaba sentado en un rincón, callado. Mwihaki también estaba allí. Se estaba convirtiendo en toda una mujercita; desde luego que ya no era la misma persona que cinco años atrás había acompañado a Njoroge a la escuela. Los dos había compartido sus esperanzas y sus miedos, y él sentía una gran afinidad con ella. Siempre había deseado que hubiese sido su hermana. Un muchacho parloteaba y gritaba en un rincón, pero su amigo no quería jugar. El muchacho volvió a tomar asiento, mientras los otros lo miraban con frialdad. Uno o dos más reían. Pero era una risa bastante contenida. Aunque estaban sentados en grupitos, cada cual estaba solo. Eso era todo.

El maestro Isaka entró con una larga hoja de papel. Todos guardaron silencio. Njoroge se había estado preparando para este momento. Se había dicho multitud de veces que no cambiaría aunque suspendiese. Lo había hecho lo mejor que había podido. Pero ahora, cuando el maestro bajó la mirada a la larga hoja blanca de papel, le entraron ganas de agazaparse y esconderse debajo del pupitre. Y entonces escuchó su nombre. Encabezaba la lista. Mwihaki también había aprobado.

Juntos corrieron a casa cogidos de la mano. Sin mediar palabra. Cada uno por su cuenta deseaba llegar a casa y darle a sus padres la buena noticia. Njoroge quería que su madre supiese que su hijo no había suspendido. Ahora iría a una escuela intermedia. Llegaron a las proximidades de la casa de Mwihaki y se detuvieron unos instantes, cogidos de la mano. Entonces separaron sus manos y cada uno echó a correr hacia la suya por un sendero distinto.

Mwihaki llegó a casa la primera. Encontró a su madre y a los demás niños de la familia reunidos todos juntos. No percibió nada extraño en ello, porque estaba muy emocionada.

—¡Madre! ¡Madre!

—¿Qué ocurre? —Se detuvo en seco. La voz de su madre era fría, triste y distante; Juliana miró más allá de Mwihaki y a continuación, con un tono casi hostil e impaciente, prosiguió—: ¿Qué más ha ocurrido? ¡Habla! ¿Por qué, si no, entras en casa como un torbellino?

—Nada —respondió Mwihaki en voz baja—, es solo que he aprobado, nada más. —Ni rastro de orgullo en su voz.

—¿Eso es todo? ¿Está tu hermana Lucía en la escuela?

Entonces Juliana rompió en sollozos, hablando para sí.

—Siempre he dicho que esos *ahoi* eran peligrosos. Pero un hombre jamás presta atención a la voz de una mujer hasta que no es demasiado tarde. Le dije que no fuera. ¡Pero no quiso escucharme!

—¿Qué ha ocurrido, madre? —preguntó Mwihaki con vehemencia.

—¿Que qué ha ocurrido, preguntas? ¡Siempre he dicho que a tu padre acabarían matándolo!

—¿Está muerto? —Mwihaki rompió a llorar.

Nadie ahuyentó su temor.

Entretanto, Njoroge había llegado a casa. Un grupo de hombres, mujeres y niños se arremolinaba en el patio. Algunos ojos miraban hacia la choza de su padre. Los demás estaban vueltos hacia el mercado. Pero ¿dónde estaba su madre? La encontró en el interior de su choza. Estaba sentada en una pequeña banqueta y dos mujeres de la aldea se habían sentado a su lado. Estaban muy quietas. Los ojos tornados hacia el patio. El rostro de Nyokabi estaba ensombrecido, y de tanto en tanto un sollozo sacudía todo su cuerpo. El júbilo que había sentido Njoroge ante la inminencia de una entrada victoriosa en casa se esfumó.

—¿Qué ocurre, madre? —Temió que alguien pudiera haber muerto.

Su madre levantó la vista y lo vio. Njoroge temblaba. Afuera, más hombres y mujeres afluían en torrente al interior del patio. Algunos hablaban en voz baja.

—¡Es la huelga! —Le dijo una mujer. Y entonces, cómo no, Njoroge se acordó. Aquel era el gran día de la huelga; la huelga que debía paralizar el país entero.

Mucha gente había acudido a la concentración convocada para el primer día de huelga. Habían desfilado al interior de la explanada de la concentración como la marabunta. Todos sabían que aquel era un gran día para el pueblo negro. Ngotho también había acudido a la concentración. ¿Quién sabía si la concentración podría abrir una puerta a tiempos mejores? Y ¿le merecería la pena algún día haberse encontrado trabajando para el señor Howlands justo cuando se llegaba a un acuerdo? Así fue como se consoló a sí mismo, porque el eco de las palabras de Nyokabi seguía resonando en su mente. El barbero se acercó y fue a sentarse a su lado. Y durante todo el tiempo, el barbero no dejó de parlotear, provocando la risa de la gente. Los oradores habían venido desde Nairobi, y entre ellos se encontraban Boro y Kiarie. Boro no había conseguido un empleo fijo en Nairobi y en su lugar se había metido en política. Ngotho sintió cierto orgullo al ver a su hijo sentado entre aquellas personas tan importantes. En ese momento se alegró de haber acudido.

Kiarie habló primero, en voz baja y con pesar, e hizo un repaso de la historia. Toda la tierra pertenecía al pueblo; al pueblo negro. Esta le había sido entregada por Dios. Y es que todas las razas tenían su país. Los indios tenían la India. Los europeos, Europa. Y los africanos tenían África, la tierra del pueblo negro. (*Aplausos*). ¿Quién no sabía que toda la tierra de esta parte del país había sido entregada a Gikuyu y a Mumbi y a sus descendientes? (*Más aplausos*). Les contó cómo la tierra les había sido arrebatada, por medio de la Biblia y la espada. «Sí, así es como os arrebataron la tierra. La Biblia despejó el camino para la espada». De todo esto dijo que tuvo la culpa la estúpida generosidad de sus antepasados, que compadecieron al extranjero y lo acogieron con los brazos abiertos en su redil.

«Más tarde, a nuestros padres se les hizo cautivos en la primera gran guerra para que colaborasen en una guerra cuya causa jamás conocieron. ¿Y a su regreso? La tierra les había sido arrebatada para ser ocupada por una colonia de soldados blancos. ¿Fue eso justo? (*¡No!*). Nuestro pueblo fue apresado y obligado a trabajar para aquellos colonos. ¿Qué otra cosa podían haber hecho si les habían arrebatado su tierra y a ellos y a sus esposas se les exigía el pago de elevados impuestos a un gobierno que no era el suyo? Cuando el pueblo se alzó para reclamar sus derechos, fue abatido a tiros. Pero así y todo, el *serikali* y los colonos no quedaron satisfechos. Cuando llegó la segunda gran guerra, nos llevaron a luchar contra Hitler; Hitler, que ningún mal nos había hecho. Nos mataron, derramamos sangre para salvar al Imperio

británico de la derrota y la ruina». Para entonces, Dios había escuchado el eco de sus lamentos y tribulaciones. Hubo un hombre enviado por Dios cuyo nombre era Jomo. Era el Moisés negro al que Dios invistió de poder para decirle al Faraón blanco: «¡Libera a mi pueblo!».

«Y es para decirle eso a los británicos por lo que nos hemos reunido aquí. Hoy, nosotros, con una sola voz, debemos alzarnos y gritar: “Ha llegado el día. Liberad a mi pueblo. ¡Liberad a mi pueblo! ¡Queremos que se nos devuelva nuestra tierra! ¡Ahora!”». (*Aplausos desaforados*).

Ngotho había sentido un hondo conflicto en su estómago. Le clavó al suelo impidiéndole aplaudir. Levantó la vista del suelo y contempló aquellas figuras que gritaban y aplaudían. Pero todo estaba envuelto en una neblina. Veía las imágenes borrosas. ¿Estaba llorando? Las imágenes a su alrededor sufrieron una transformación del gris al azul y luego a más oscuro de los negros. Eran jerséis negros. Se restregó los ojos. Los jerséis negros seguían allí, aproximándose ahora. Y entonces recuperó la vista. No estaba soñando. La policía había rodeado por completo la concentración.

Kiarie hablaba ahora a voz en grito.

«No lo olvidéis, esta tiene que ser una huelga pacífica. Debemos recibir un salario mejor. Y como la justicia está de nuestro lado, triunfaremos. Si hoy os golpean, no devolváis el golpe...». Un inspector blanco de la policía se había subido al estrado. Y con él, ¡Jacobo! Al principio Ngotho no comprendió. Era todo muy raro. Hasta que Jacobo no habló y empezó a instar a los presentes a que regresasen a sus puestos de trabajo y a que no escuchasen a unas personas venidas de Nairobi que nada tenían que perder si la gente perdía sus empleos, no alcanzó Ngotho a comprender. Jacobo, el hombre más rico del lugar, había sido emplazado para sosegar al pueblo. Todo el mundo le escuchaba en silencio. Pero algo insólito le ocurrió a Ngotho. Por un instante, Jacobo se cristalizó en una traición concreta al pueblo. Se convirtió en la personificación física de aquellos largos años de espera y sufrimiento: Jacobo era un traidor. Ngotho se levantó. Se abrió camino hacia el estrado mientras la gente miraba preguntándose qué sucedía. Ahora estaba cerca de Jacobo. Ahora era una batalla entre dos: Jacobo del lado del pueblo blanco y él del lado del pueblo negro.

Todo esto sucedió muy deprisa y cogió a la gente por sorpresa. Y entonces, de pronto, como liderada por Ngotho, la muchedumbre se levantó y corrió hacia Jacobo. La policía intervino al instante, lanzando bombas lacrimógenas y disparando contra la masa, y dos hombres cayeron mientras la

turba presa del pánico se dispersaba. Ngotho perdió ahora su coraje. Estaba desorientado entre la muchedumbre. De modo que echó a correr a ciegas, sin saber hacia donde. Lo único que quería era salvar la vida. Un policía le golpeó en la cara con una porra e hizo brotar la sangre. Pero él no se detuvo. No era del todo consciente de que sangrara, la sentía únicamente como algo caliente. Corrió frenético hasta que llegó a una zona despejada, entonces tropezó y cayó de bruces, perdiendo el conocimiento. Allí fue donde algunas personas de su poblado lo encontraron, al protagonista del momento, y lo llevaron a casa.

—¿Se va a morir? —le preguntó Njoroge a Kamau después de escuchar el relato.

—¡No! No es demasiado grave. Pero creo que ha perdido mucha sangre.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué atacó a Jacobo?

—No lo sé. Solo vimos que se levantaba y cuando estuvo cerca de Jacobo, se volvió y nos gritó: «Levantaos». Creo que estaba loco de emoción. Pero lo mismo lo estábamos todos los demás. No sabía que padre pudiese tener ese empuje.

Se instaló entre ambos un breve silencio. Kamau parecía estar rememorando la escena. Algunos hombres y mujeres empezaban a despejar el patio.

—¿Por qué hizo eso Jacobo?

—Es un enemigo del pueblo negro. No quiere que otros sean tan ricos como él.

¿Cómo podía Jacobo haber participado en aquello? Esa era una pregunta a la que pocos podían contestar con demasiada certeza. Pocos sabían que a ojos del Gobierno y de los colonos del lugar, Jacobo, en la medida en que era un hombre rico, ejercía una gran influencia sobre la gente. Jacobo se había ocupado, cómo no, de recalárselo a la comunidad blanca local, incluido el señor Howlands, el cual no lo tomó en serio hasta que fue necesario. Jacobo era un hombre que les convenía. La policía había recurrido a él en busca de auxilio y él no podía haberse negado. Por un momento llegó a creer en su éxito. Luego llegó aquel maldito Ngotho y lo había estropeado todo.

Jacobó no estaba herido de gravedad. La policía había intervenido a tiempo. De no haber sido así, lo habrían hecho pedazos. Mientras duró, había sido como la muerte misma. Deseó haber dado oídos a la voz de su esposa.

La barbería estaba atestada de gente. El barbero, que había estado sentado junto a Ngotho, volvía a narrar todo el incidente. Esto ocurría pocos días después del suceso.

—El viejo es valiente.

—Lo es, de eso no hay duda.

—¿Lo hirieron gravemente?

—No, salvo que perdió mucha sangre.

—¿Por qué lo hizo? Su acción provocó la muerte de dos hombres.

—¡Ah, quién no hubiera hecho lo que él hizo! Yo estaba sentado junto a él, y habría obrado igual. Nada habría pasado de haberse tratado de un hombre blanco, pero un hombre negro, ¡como vosotros y como yo! Eso demuestra que nosotros, el pueblo negro, jamás estaremos unidos. Siempre habrá un traidor entre nosotros.

—¡Es verdad, es verdad! —sancionaron varias voces.

—En todas partes habrá algunos que no quieran ver a otros alzarse... —
intercaló el joven al que en ese momento rasuraban el pelo.

Entonces el barbero le tomó la palabra.

—Lo que dices es cierto, Jacobo es rico. Todos sabéis que fue el primer hombre negro al que se le concedió permiso para cultivar pelitre. ¿Vosotros creéis que le agradecería ver a otro siguiéndole los pasos? Además, ¿por qué creéis que consiguió lo que le había sido negado a otros? —Nadie fue capaz de responder. Entonces el barbero apagó la rasuradora un momento. Y con aire sabio, declaró—: Pues porque les prometió vendernos.

—¡Eso! ¡Eso! —Volvieron a sancionar varias voces.

Un hombre calvo de mediana edad sacudió con tristeza la cabeza y dijo:

—De todas formas, es triste lo que le ha ocurrido a Ngotho. Le han dicho que abandone las tierras de Jacobo.

—¿Que abandone las tierras de Jacobo?

—¡Síiii!

—Pero Jacobo se lo encontró allí cuando compró las tierras al anterior dueño.

—Son sus tierras. Puede hacer con ellas lo que quiera.

El hombre que dijo esto era un joven moderno que acababa de unirse al grupo. Los presentes se volvieron hacia él enfadados.

—¿Pero no va eso en contra de la costumbre? Además, el anterior dueño nunca llegó a venderle los terrenos a Jacobo realmente...

Divisaron a un policía a lo lejos. La muchedumbre se dispersó rápidamente. El barbero se quedó solo. Para entonces muchos se habían enterado ya de que la huelga había fracasado.

A Ngotho le ofrecieron un lugar donde construir cerca de Nganga. Entonces fue cuando Njoroge se dio cuenta de que la rudeza exterior de aquel hombre y su aparente falta de escrúpulos ocultaban un buen corazón. El odio que antes había sentido hacia Nganga se esfumó. Incluso Kamau era ahora capaz de hablar de él con entusiasmo.

Pero toda esta fue una dura época para Njoroge. Levantar chozas nuevas significaba tener que gastar más dinero, y Ngotho había perdido su empleo en la colonia. Habían subido las cuotas para los que asistían a Standard V en la nueva escuela. Y además había que pagar la derrama para la edificación. La nueva escuela pronto sería erigida con piedra. Njoroge no tenía dinero. Mwhiki se había marchado a un internado para chicas lejos de allí. Ella continuaría con sus estudios, pero él, Njoroge, dejaría de hacerlo. Esto le dolía. Día tras otro, rezaba. ¿Qué podía hacer para que su visión se tornase realidad? El lunes de la tercera semana lo enviaron a casa. Por el camino lloró.

Dios atendió sus plegarias. A Kamau le habían subido la paga a treinta chelines. Se los daría a Njoroge. Kori se encargaría de cubrir el resto. Podría proseguir con sus estudios.

Interludio

Exactamente dos años y medio después, en lo alto de cierta colina desde la que se dominaba Nairobi, se encontraba erguido un desilusionado funcionario del gobierno. Estaba completamente solo, contemplando el territorio que pronto abandonaría.

¿Qué haces ahí pasmado?

No sabía que esto llegaría a pasar.

¿Pero no viste las señales?

No. No las vi.

Sí lo hiciste.

¡Claro que no!

Pero...

Te digo que no las vi. Hicimos cuanto pudimos.

Echó a andar, estampando los pies con enfado contra el suelo.

—Y pensar en todo lo que hicimos por ellos —dijo. La muda ciudad que él y otros de su condición habían contribuido a crear lo observaba. No obtuvo consuelo de esa parte, el foco mismo del problema.

—¿Lo has oído, hermano?

—¡No!

—Pero no me has preguntado el qué.

—Mis hijos lloran de hambre.

—¿Pero no quieres saber lo que ha pasado en Murang'a?

—Murang'a, vaya. Eso queda muy lejos...

—Han matado a un jefe.

—¡Oh! ¿Y eso es todo? Mi esposa me aguarda.

—Pero es muy interesante...

—Vendré entonces esta noche a escuchar la historia.

—Está bien. Hazlo. Vendrán más personas. Tengo una radio.

—Me llama mi esposa. Queda en paz.

—Ve en paz.

—Era un gran jefe.

—¿Como Jacobo?

—No. Más. Solía sentarse a la mesa con el gobernador.

—¿Y lo mataron a plena luz del día?

—Sí. Esos hombres fueron muy osados.

—Cuéntanoslo todo otra vez.

—Mujer, echa más leña al fuego y enciende el farol, porque cae la noche... Veréis, el jefe era un gran hombre con muchas tierras. El gobernador se las había dado para que vendiese al pueblo negro. Los hombres iban en un coche. El jefe también iba en coche. Los dos hombres le siguieron a lo largo de todo el camino desde Nairobi. Cuando llegaron a campo abierto, los hombres le adelantaron y le hicieron señas al jefe para que se detuviera. Se detuvo. «¿Quién es el jefe?». «Yo». «Entonces toma *esto* y *esto*. Y *esto* también». Lo mataron a tiros y se alejaron en su coche...

—¿A plena luz del día?

—A plena luz del día. Así lo ha dicho el hombre de la radio.

—Qué generación.

—Muy osada. Han aprendido el truco del hombre blanco.

—Ya casi es la hora del noticiario. Escuchemos lo que dice el hombre...

—¡Silencio!

Una noche, la gente escuchó que Jomo y todos los líderes del lugar habían sido arrestados. Se había declarado el estado de emergencia.

—Pero no pueden arrestar a Jomo —dijo el barbero.

—No pueden.

—Quieren dejar al pueblo sin un líder.

—Sí. Lo que buscan es oprimirnos —dijo el barbero. Esta vez no hablaba con ese tono tan jovial con el que acostumbraba.

—¿Qué es un estado de emergencia? —preguntó un hombre.

—Venga, no hagas preguntas estúpidas. ¿Es que no sabes lo de Malaya?

—¿Qué pasa con Malaya?

—Allí hubo un estado de emergencia.

Njoroge sintió cierto fastidio cuando se enteró del arresto de Jomo. Había abrigado la esperanza de ver a aquel hombre que se había hecho famoso en

toda Kenia. Todavía recordaba una concentración que organizó en la plaza del mercado la Unión Africana de Kenia (KAU). Fue muchos meses después de que fracasara la huelga. La KAU era la asociación de personas de raza negra que quería la *wiyathi* y la devolución de las tierras robadas. La asociación también quería mejores salarios para el pueblo negro y la abolición del *colour bar*. Njoroge había oído hablar del *colour bar* a sus hermanos de Nairobi. No sabía qué era en realidad. Pero sabía que la huelga había fracasado por culpa del *colour bar*. El pueblo negro no tenía tierras debido al *colour bar*, y no podía comer en hoteles por culpa del *colour bar*. El *colour bar* estaba por todas partes. Los africanos ricos también podían aplicar el *colour bar* a los africanos más pobres...

Njoroge había acudido temprano a la plaza del mercado. Pero se encontró con que mucha gente había llegado ya al lugar y le bloqueaba la vista. Muy bien, ya le vería la próxima vez.

Pero ahora Jomo había sido arrestado.

SEGUNDA PARTE
CAE LA NOCHE

Uno escuchaba historias sobre lo que estaba sucediendo en Nyeri y Murang'a. Nyeri y Murang'a estaban lejos del hogar de Njoroge. Las historias que escuchaba eran interesantes y algunos muchachos sabían contarlas bien. Njoroge escuchaba con atención y se preguntaba cómo muchachos como Karanja habían llegado a enterarse de tantas historias.

—Cuéntanos más.

—Eso. ¿Qué pasó después?

—Veréis, él había escrito una carta a la comisaría de policía de Nyeri. «Yo, Dedan Kimathi, Líder del Ejército Africano de la Libertad, os haré una visita el domingo a las 10.30». Llamaron a muchos policías más para que viniesen de Nairobi a reforzar el cuerpo de Nyeri. El toque de queda se extendió durante las horas de luz para que nadie pudiera salir de su casa. Se alertó a todos los soldados para que cuando Dedan viniese pudieran arrestarlo fácilmente. Entonces, a las diez y media de ese mismo domingo, un inspector de policía blanco montado en una motocicleta grande y vieja llegó a la comisaría. Era alto, iba bien vestido, pero su aspecto era muy fiero. Todos los policías se pusieron firmes. Él los inspeccionó a todos y les deseó buena suerte con el arresto de Dedan. Cuando terminó, les dijo que su motocicleta no iba bien. ¿Podían prestarle ellos una, ya que tenía prisa en regresar a Nairobi? Y así lo hicieron. Se marchó de allí con una motocicleta nueva. La policía siguió esperando a Dedan.

—¿Y se presentó?

—No interrumpas. Por favor, Karanja, continúa —gritaron varias voces.

—Pues bien, no vieron a nadie más ese domingo. Estaban furiosos. Al día siguiente, recibieron una carta que alguien arrojó nada menos que desde un avión que los sobrevoló.

—¿Y qué ponía en la carta?

Karanja los miró a todos con aire señorial y astuto. Entonces dijo, muy despacio:

—La carta era de Dedan.

—¡Jaaa!

—En ella agradecía a la policía por haberle estado esperando y haberle dado una motocicleta mejor.

—¿Estás diciendo que el inspector de policía era Dedan en persona?

—Sí.

—¿Pero no era blanco?

—A eso quería llegar. Dedan puede transformarse en lo que quiera: en un hombre blanco, en un pájaro o en un árbol. También puede transformarse en un avión. Todo esto lo aprendió a hacer en la gran guerra.

Njoroge salió de la escuela. Ahora llevaba ya dos años en esta nueva escuela. A pesar de las penurias por las que pasaban en casa, había conseguido proseguir con los estudios. Si la buena suerte seguía de su lado, al final conseguiría lo que deseaba. Regresó a casa pensando en la historia de Karanja. Sabía que estaba exagerada, pero podía ser que aun así tuviese algo de verdad. Cosas más raras se habían visto, o eso contaban. Había escuchado a su padre y a Kamau decir que Kimathi podía hacer cosas realmente maravillosas. Sin duda tenía que ser un gran hombre para eludir la aguda vigilancia del hombre blanco.

Llegó a casa. Las tres chozas erigidas a toda prisa se levantaban frente a él. Este era su nuevo hogar; su hogar desde que les pidieron que abandonasen las tierras de Jacobo. Habían sido unos años precarios, con Ngotho sin empleo y Boro mucho más cambiado y retraído que nunca. De no ser por Kori y Kamau no sabía qué habrían hecho. Jacobo había sido nombrado jefe ahora. Iba de acá para allá flanqueado por sendos policías armados con pistolas para protegerle de los *Ihii cia mutitu* (Niños Libres del Bosque). El jefe iba de choza en choza inspeccionando y patrullando. A veces hacía la ronda con el nuevo oficial del distrito. El nuevo OD era, de hecho, el mismísimo señor Howlands.

Una pequeña extensión de matorrales ocultaba el patio a primera vista. Detrás de aquel, las tierras de Nganga, su nuevo terrateniente, descendían en suave pendiente hasta converger más abajo con un reducido grupo de altos árboles de caucho. Njoroge estaba cansado, porque su nueva escuela se encontraba a cinco millas de distancia de casa. Y tenía que hacer todo el

camino a pie. Esto era lo que suponía una educación para miles de muchachos y muchachas a lo largo y ancho del territorio. Las escuelas escaseaban y estaban muy apartadas unas de otras. Las escuelas independientes y las escuelas Kikuyu Karing'a que el pueblo había levantado tras romper con las misiones habían sido clausuradas por el Gobierno, y aquello había empeorado la situación. No había nadie en el patio. El sol ya se había puesto y la acostumbrada brisa vespertina que arreciaba entre la puesta de sol y la oscuridad absoluta no soplabá. El territorio entero parecía sumido en una falsa calma. Njoroge permaneció quieto un instante, incomodado por este ambiente de quietud que precedía a la oscuridad. Al principio no oyó nada. Luego aguzó el oído y escuchó un murmullo de voces en la choza de Njeri. Hacía mucho frío y estaba muy oscuro. No había señales de que se estuviese cocinando nada por ninguna parte, y aquello agudizó su sensación de frío y de hambre.

Entró en la choza de Njeri.

La familia entera se encontraba allí reunida. Njoroge reparó en el semblante sombrío de su padre. Su rostro siempre estaba investido de cierto aire ceñudo desde aquella huelga. A su espalda estaba Kamau, apoyado de pie contra un poste. Más atrás, escondidas en un oscuro rincón y sentadas sobre una cama, estaban sus dos madres. Njoroge pasó directamente al interior y el ambiente lóbrego de la estancia se apoderó de él al instante.

—¡Siéntate! —le ordenó Ngotho en voz baja. Pero no hacía falta, puesto que Njoroge ya se disponía a sentarse. Mientras tomaba asiento desvió la mirada a su izquierda. Allí, oculto por la sombra que proyectaba el pequeño tabique que dividía la choza, estaba su hermano, Boro. Hacía muchos meses que no veían a Boro por casa.

—Oh, lo siento. ¿Cómo estás?

—Bien, hermano. ¿Qué tal la escuela? —Boro siempre había mostrado un marcado interés por los progresos de Njoroge en la escuela.

—Va bien. ¿Qué tal en Nairobi? Espero que hayas dejado a Kori en paz.

—¡Oh, hijo mío, esperemos que esté bien! —Fue su padre quien respondió. Njoroge miró con temor a Boro. Se hizo el silencio.

Njeri dijo:

—¿Crees que estará a salvo?

—No lo sé. No está solo. Hay muchos más con él.

—Entonces, ¿no sabes adónde se llevaron a los demás...?

—Así es. —Mantuvo la mirada fija en el suelo y entonces se levantó tambaleándose. Estaba un poco excitado. Luego volvió a sentarse y casi sollozando, dijo—: Si estuviesen, oh, si...

Njoroge pensó que Boro estaba loco. Pero justo en ese momento se abrió la puerta y Kori entró tambaleándose. Tenía la cara demacrada y una mirada angustiada. A punto estuvo de caerse al suelo.

—¿Qué te ocurre? —preguntaron las dos mujeres al unísono.

—Agua y comida —dijo con voz ahogada.

Luego, pasado un rato, relató su historia a su sorprendido público. Pero antes se echó a reír.

—Habrá muchos, muchísimos, que estén en prisión. ¡Qué desperdicio! —Entonces se dirigió a su hermano—. ¿Así que tú eres uno de los tres que lograron escapar?

—Éramos cinco.

—Dijeron que erais terroristas.

—¿Y tú, cómo...?

—Después de que nos llevaran a la explanada, te perdí. Entonces os escapasteis, y la policía cerró el cerco e incluso golpeó a algunas personas. Antes de que amaneciera nos metieron en unos camiones. No sabíamos adónde nos llevaban. Yo me temí que fueran a matarnos. Y esa sensación se volvió más fuerte cuando llegamos a un bosque y el camión en el que iba aminoró la marcha. Algo en mi interior me dijo al instante que debía saltar, y fue lo que hice. Les cogió por sorpresa y, antes de que pudieran disparar contra mí, yo ya me había esfumado en el interior del bosque. Mirad mi rodilla...

Todos se apiñaron a su alrededor; todos menos Boro, que seguía sumido en sus pensamientos. Llevaba la rodilla envuelta en un sucio pedazo de tela y, cuando se lo retiró, pudieron ver el lugar donde la arena se la había lijado.

—¡Ja, ja! No tengo ni idea de si fueron en mi busca. Llevo días viajando como tú, aunque a mí me recogió un camionero.

—¿Por qué oprimen al pueblo negro? —preguntó Njeri con amargura. Se hacía vieja. Esa ansiedad hacía más pesada la carga de la precariedad y las penalidades de aquellos días. Pero en este preciso momento sentía su corazón un poco más aliviado.

Hablaron entre susurros hasta bien entrada la noche.

—Quieren oprimir al pueblo antes de que Jomo sea liberado. Saben que ganará la causa. Por eso tienen miedo —explicaba Kori.

—¿Liberarán a todos los que están en prisión si gana?

—Oh, sí. A todos. Y llegará la *wiyathi*.

Ngotho no habló demasiado. Permaneció sentado en su rincón, y Njoroge no pudo descifrar si escuchaba lo que se decía. Ngotho estaba cambiando. Poco después de la huelga, Boro había discutido mucho con el anciano. Le acusó de haberlo estropeado todo con su impetuosa acción desoyendo la advertencia de Kiarie. Era evidente que Boro sentía desprecio por Ngotho. Pero nunca lo había expresado en palabras salvo en aquellas dos ocasiones. Desde entonces, se tornó más crítico con Ngotho. Como resultado, Ngotho había perdido envergadura, asumiendo con frecuencia un segundo lugar defensivo siempre que hablaba con sus hijos y sus amigos. Hacía meses que permanecía en esa posición, a menudo sometiéndose inmutable a su hijo. Y entonces Boro creyó que podría someter al anciano a su voluntad. Pero Ngotho se resistiría con determinación. Se negó a tomar el juramento Mau Mau de manos o por mandato de su hijo. A aquello le había seguido una enconada discusión y Boro había pasado mucho tiempo sin volver a casa.

Todo el mundo sabía que Jomo saldría victorioso. Dios no abandonaría a Su pueblo. Los hijos de Israel tenían que alzarse victoriosos. Muchos depositaron todas sus esperanzas en esta eventual victoria. Si perdiese, entonces el pueblo negro de Kenia habría perdido. Entre sus abogados había algunos venidos de Inglaterra incluso.

Una lluvia torrencial se precipitó sobre Kipanga y las tierras aledañas en la víspera del día del juicio. La gente estaba feliz a lo largo y ancho del territorio. La lluvia era un buen presagio. Se estaba procesando al pueblo negro. Se estaba procesando al espíritu del pueblo negro de los Demi na Mathathi. ¿Saldría victorioso? La creciente incertidumbre en torno a la respuesta fue lo que espoleó el temor entre la gente e hizo que esta afirmase con más y más agresividad que la victoria estaba asegurada.

En la escuela se produjo una pequeña discusión. La empezó Karanja.

Karanja provenía de Ndeiya, en las proximidades del territorio masai. Dijo:

—Es seguro que Jomo ganará. Los europeos lo temen.

—No. No puede ganar. Lo dijo mi padre anoche.

—Tu padre es voluntario de la milicia —espetó otro niño.

Los dos muchachos iniciaron una disputa. Otra discusión surgió en otra parte.

—Los voluntarios de la milicia con sus señores blancos. Son tan malos como el Mau Mau.

—No. El Mau Mau no es malo. Los Niños Libres están luchando contra los colonos blancos. ¿Es malo luchar por la tierra de uno? A ver, dime.

—Pero les cortan el cuello a hombres negros.

—¡Esos a los que matan son traidores! Colonos blancos negros.

—¿Qué es el Mau Mau? —preguntó Njoroge. Nunca había sabido lo que era y la curiosidad venció su temor a que pensarán que era un ignorante.

Karanja, que acababa de unirse al grupo, dijo:

—Es un *kiama* secreto. Se «bebe» un juramento. Te vuelves miembro. El *kiama* tiene sus propios soldados que luchan por la tierra. Kimathi es el líder.

—¿No lo es Jomo? —preguntó un niño pequeño con un ojo malo.

—No sé —continuó Karanja—. Pero padre dice que Kimathi es el líder del Ejército de la Libertad y que Jomo es el líder de la KAU. A mí me gusta la KAU y temo al Mau Mau.

—Pero son lo mismo. Todos luchan por la libertad del pueblo negro. — Esto lo dijo un niño alto aunque enclenque. Luego, con la mirada perdida, añadió—: A mí me gustaría luchar en el bosque.

Todos los ojos se posaron en él. Les pareció que había dicho algo profundo. O que había expresado con palabras lo que la mayoría de ellos sentía. Un aire solemne se instaló sobre el grupo. Entonces otro niño rompió el silencio diciendo:

—A mí también me gustaría luchar. Me encantaría ir con un fusil bien grande como solía hacer mi padre en la gran guerra cuando luchó para los británicos. Ahora yo lucharía por el pueblo negro...

—¡Viva! ¡Victoria al pueblo negro!

—¡Viva! ¡Victoria a Jomo!

—Anoche llovió.

Sonó el timbre, el grupo se dispersó. Regresaron corriendo a las clases de la tarde.

Esa noche, Njoroge se enteró de que Jomo había perdido. El alma se le vino a los pies y sintió algo extraño en el estómago. No sabía qué pensar.

—Pero estaba todo amañado —explicó Kori.

Todos se reunieron en la choza de Njeri, juntos ahora solo para consolarse. Por la mañana la gente no diría *Kwa Heri* (adiós) al separarse por temor a considerar lo que una despedida así podría implicar. Podría significar «Por siempre, adiós». El propio Ngotho temió por su familia, porque Jacobo, que ahora se había convertido en el hombre más poderoso del lugar, nunca lo había perdonado. Sabía que el jefe se vengaría tarde o temprano. Quizá estuviese aguardando el momento oportuno. ¿Ahora qué era por lo que vivía? Sus días estaban llenos de hastío. Ya no tenía *la espera* para sostenerle. Parecía imposible que la profecía fuera a cumplirse. Quizá se hubiese equivocado al participar en la huelga. Porque ahora había perdido todo

contacto con su tierra ancestral. La comunión con los espíritus que le habían precedido le había dado vitalidad. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Tenía que ir a la huelga. No quería volver a ser objeto de las acusaciones de un hijo nunca más, porque, cuando a un hombre le acusan los ojos de un hijo que ha estado en la guerra y que ha sido testigo de la muerte de un hermano, se siente culpable. Pero Ngotho siempre había querido ser amable con Boro, porque sabía que la guerra tuvo que poner muy a prueba al hijo. Ese *algo* que le había empujado a luchar contra Jacobo desde luego que no había tenido lógica alguna. Y le había separado de Boro aún más. Ngotho a menudo se preguntaba si de verdad lo había hecho bien con sus hijos. Si él y su generación habían fracasado, estaba dispuesto a sufrir por ello... Pero aun estando preparado para hacer lo que fuese que estuviese dispuesto a hacer con el fin de redimirse a ojos de sus hijos, Ngotho no permitiría que un hijo le ordenase tomar el juramento. Y no es que estuviese en contra en esencia. Después de todo, tomar un juramento como forma de ligar una persona a una promesa era algo habitual en la vida tribal. ¡Pero tomar un juramento de un hijo! Eso habría minado su condición de padre. Cualquier iniciativa en esa dirección solo podía partir de él, el cabeza de familia. Nunca de un hijo; por mucho que hubiese estado en muchos sitios y supiera muchas cosas. Eso no le daba derecho a revertir la costumbre y la tradición que representaban él y los de su generación. Y aun así, sentía la pérdida de la tierra todavía más que Boro, porque para él se trataba de una pérdida espiritual. Cuando un hombre era arrancado de la tierra de sus ancestros, ¿dónde podía entonces ofrecer su sacrificio al Creador? ¿Cómo podía contactar con los fundadores de la tribu, Gikuyu y Mumbi? ¿Qué sabía Boro de juramentos, de ritos ancestrales, de los espíritus de los antepasados? Con todo, el distanciamiento hendía más y más la vida de Ngotho, consumiéndole día a día.

También él había depositado todas sus esperanzas en Jomo. Ngotho había llegado a pensar que sería Jomo el que expulsaría a los hombres blancos. Para él, Jomo era la personificación de la costumbre y de la tradición purificadas por gracia de la educación y de la experiencia de muchos viajes. Pero ahora había sido derrotado. Las cosas habían ido claramente en su contra en su vejez: Jacobo, convertido en jefe, y Howlands, en oficial de distrito. Y además se había distanciado de un hijo de su propia piel, de su propia sangre. ¿Podría depositar ahora su fe en el más joven de los hijos? Pero ¿comprendía Njoroge lo que estaba sucediendo? Aunque, claro, ¿quién podía comprender lo que ocurría, de todas formas?

De nuevo esa noche hablaron en susurros. Boro se sentó en su rincón y parecía más retraído que nunca.

—Era de esperar —insistió Kori.

Nyokabi dijo:

—Yo sabía que iba a perder. Siempre he dicho que todos los hombres blancos son iguales. Seguro que han sobornado a sus abogados.

—Es más que eso —dijo Njeri—. Y aunque soy una mujer y no puedo explicarlo, me parece que está más claro que el agua. El hombre blanco crea una ley o una norma. Mediante esa norma o esa ley o como quieras llamarla, roba la tierra y luego impone sobre el pueblo muchas leyes concernientes a esa tierra y a muchas otras cosas, y todo sin que el pueblo lo apruebe antes igual que en los viejos tiempos de la tribu. Entonces un hombre se alza y se opone a esa ley que dio por bueno robar la tierra. Entonces ese hombre es apresado por las mismas personas que crearon las leyes contra las que ese hombre estaba luchando. Se le juzga bajo esas normas extranjeras. Y ahora decidme, quién es el hombre que puede ganar aún teniendo a los ángeles de Dios como abogados... Vamos.

Njeri estaba jadeando. Njoroge nunca la había oído hablar durante tanto tiempo seguido. Y aun así, parecía haber algo en lo que había dicho. Todos la miraron. Tenía la cara arrasada de lágrimas. Ahora estaba hablando Boro. Pero era una lamentación.

—... La gente blanca siempre está unida. Pero nosotros, el pueblo negro, estamos muy divididos. Y es porque están unidos por lo que han encarcelado a Jomo, nuestra única esperanza. Ahora nos convertirán en esclavos. Nos llevaron a sus guerras y mataron todo lo que era valioso para nosotros...

Njoroge se aferró convulsivamente a su asiento cerrando aún más las manos. Todo el daño ejercido sobre el pueblo se hallaba concentrado en la quejumbrosa voz de Boro. Njoroge sintió que estaba preparado para hacer cualquier cosa con el fin de reparar ese daño. Pero en su interior tenía miedo.

De repente, Boro se puso en pie y habló casi gritando.

—¡Jamás! ¡Jamás! El pueblo negro tiene que alzarse y luchar.

Los ojos de Njoroge se dilataron. Nyokabi contuvo la respiración mientras Njeri dirigía una mirada temerosa a la puerta.

La oficina era un pequeño edificio rectangular con una cubierta de tejas rojas. Pero alrededor de la oficina principal había otros edificios, algunos de los cuales eran de piedra y tenían techados ondulados de chapa metálica. Un pequeño poblado de chozas construidas con techumbres de paja y muros de barro encalado completaban el cuartel de la policía. Una valla de alambre de espino rodeaba el recinto.

El señor Howlands estaba sentado en la oficina con el codo izquierdo apoyado sobre la mesa y la palma de la mano sujetándole la cabeza. Sostenía un lápiz en la mano derecha con el que no cesaba de dar golpecitos contra la mesa mientras miraba a través de la pequeña ventana acristalada con expresión tensa. Cualquiera que lo hubiese visto en ese momento habría creído que miraba las chozas que conformaban las instalaciones de la policía. Pero su mente había viajado muchos años atrás, a los días de su infancia y al encuentro del pequeño seto rectangular que crecía fuera de su casa y de los niños con los que solía jugar. Las alegrías, temores y esperanzas de la infancia también eran grandiosos a su manera. Los rifirrafes en los que había participado; el padre a quien había temido y reverenciado; la bondadosa madre en cuyos brazos siempre podía hallar solaz y consuelo: todo esto asaltaba en ocasiones su memoria, especialmente en tiempos aciagos como los de ahora. Y sin embargo eran las cosas que él siempre había querido desterrar de su vida.

Se levantó y cruzó el despacho inmerso en sus pensamientos. Ahora sabía que quizá no hubiera escapatoria. El presente que lo había convertido en oficial de distrito era el reflejo de un pasado del que había intentado huir. Ese pasado lo había perseguido aun cuando había intentado evitar la política, al gobierno, y cualquier otra cosa que pudiese recordarle aquella traición. Pero su hijo le había sido arrebatado. ... De nada servía invocar el nombre de

Dios, porque él, Howlands, no creía en Dios. Para él solo había un dios, y ese era la granja que había creado, la tierra que había domado. ¿Y quienes eran estos Mau Mau que ahora reclamaban esa tierra, su dios? ¡Ja, ja! La idea era tan absurda como para echarse a reír, salvo por el hecho de que ellos le habían obligado a llevar la otra vida, la vida que él había intentado evitar. Habían recurrido a él para que ocupase de forma temporal el puesto de oficial del distrito. Él aceptó. Pero solo porque así defendía a su dios. Si el Mau Mau reclamaba para sí la única cosa en la que él creía, ¡se iba a enterar! ¿Que querían obligarle a regresar a Inglaterra, la tierra olvidada? Pues se equivocaban. Además, qué eran los negros y el Mau Mau, se preguntó por enésima vez. ¡Unos salvajes, nada más! Bonita palabra esa: salvajes. Hasta entonces nunca había pensado en ellos ni como salvajes ni como ninguna otra cosa, sencillamente porque no se había parado a pensar en ellos excepto como parte de la granja; era lo mismo que con los burros o los caballos de la granja, uno no se paraba a pensar en ellos, claro que en el caso de los burros y de los caballos uno tenía que pensar en proporcionarles forraje y un lugar donde dormir. La huelga que había hecho que perdiese a Ngotho y que ahora había precipitado la Emergencia, le había obligado a plantearse la posibilidad de abandonar su concha. ¡Pero les haría pagar por ello! Sí, estrujaría a todos y cada uno de ellos hasta la última gota, hasta reducirlos a la nada, hasta que cosechase una victoria para su dios. El Mau Mau había pasado a simbolizar todo cuanto él había intentado apartar de su vida. Conquistarlo le proporcionaría una satisfacción espiritual, la misma clase de satisfacción que obtuvo con la conquista de su tierra. Se sentía como un león al que hubiesen despertado repentinamente en su guarida.

Consultó su reloj. Se veía pequeño en su muñeca. Esperaba al jefe. El señor Howlands despreciaba a Jacobo porque era un salvaje. Pero se serviría de él. Solo pensar en su capacidad de instigar a aquella gente a que luchasen entre ellos en lugar de en contra del hombre blanco le proporcionaba una divertida satisfacción.

Volvió a sentarse y empezó a pensar en su casa, en su hogar. Se preguntó qué iba a hacer con su hijo Stephen. No quería enviarle a la Inglaterra aquella, por mucho que su esposa le urgiera todos los días a que los dejara marcharse hasta que las cosas volvieran a la normalidad. Someterse a su esposa sería como dar oídos a la voz de Inglaterra. No. No se plegaría al Mau Mau ni a su esposa. Los sometería a todos a su voluntad. A la manera de los colonos. Qué raro era que solo pensara en su esposa y en su hijo Stephen. Lo

cierto era que su hija no existía del todo para él. Ella había frustrado su voluntad y sus deseos y se había marchado para hacerse misionera. ¿Para qué quería hacerse misionera? Ni siquiera los intentos de su hija por explicárselo habían servido para otra cosa que no fuera exasperarle aún más. Ella se había entregado en cuerpo y alma a Dios y a Su eterno servicio.

Sonó un golpe en la puerta. Jacobo, pistola en mano, pasó al interior. Se retiró el sombrero y lo plegó con respeto. Allí estaba aquella enorme sonrisa que Howlands tanto detestaba. Lo conocía desde hacía ya mucho tiempo. Jacobo había acudido a él ocasionalmente en busca de consejo. Howlands siempre se lo había prestado a la vez que le contaba lo que él había hecho y lo que pensaba hacer con la tierra que había domado. Es más, Howlands había ayudado a Jacobo a obtener permiso para cultivar pelitre. A cambio, Jacobo le había ayudado a reclutar mano de obra y le aconsejó sobre cómo sacarles a sus trabajadores el máximo rendimiento. Aquello, no obstante, había formado parte del ámbito de la granja. Pero ahora era el deber el que les había obligado a ir de la mano, y él había empezado a ver a Jacobo bajo otra luz.

—Siéntate, Jacobo.

—Gracias, señor.

—¿Para qué querías verme?

—Verá, señor, es una larga historia.

—Pues abréviala.

—Sí, señor. Como ya le contaba el otro día, no pierdo de vista a nadie del poblado. Pues bien, ese tal Ngotho, como usted bien sabe, es un hombre malo. Un hombre muy terrible. Ha tomado muchos juramentos. —Parecía que Howlands no prestaba atención, así que Jacobo hizo una pausa. Luego sonrió de oreja a oreja—. Ya sabe, él fue el que lideró la huelga.

—Lo sé —le cortó Howlands—. ¿Qué ha hecho?

—Bueno, pues como le decía, es una larga historia. Ya sabe que este hombre tiene hijos. Estos hijos suyos llevaban tiempo sin aparecer por el poblado. Creo que están soliviantando a la gente... No me fio nada de Boro, el hijo mayor. Verá, señor, este hombre estuvo en la guerra y creo, señor, que tuvo algo que ver con la huelga...

—¡Vale! ¡Vale! ¿Y qué es lo que han hecho?

—Yo, bueno, señor, no han hecho nada, pero ya sabe que esta gente trabaja a escondidas. Solo estaba pensando que quizá debiéramos apartarlos del poblado de alguna manera... enviarlos a uno de los campos de

detenidos... Porque si los dejamos a su aire, vamos a tener un problema bien gordo en el poblado. Si los detenemos, sería más fácil vigilar al tal Ngotho, porque, como le digo, puede que sea el auténtico líder del Mau Mau.

—Está bien. Límitate a echarle un ojo a los hijos. Arréstalos por cualquier motivo, violación del toque de queda, impago de impuestos, ya sabes.

—Sí, señor.

—¿Alguna otra cosa?

—Nada más, señor.

—De acuerdo. Puedes marcharte.

—Gracias, señor, gracias. Creo que se podrá derrotar al Mau Mau ese.

Howlands no respondió.

—Adiós, señor.

—Está bien —dijo Howlands con rudeza, y se levantó como si fuera a acompañar al jefe a la puerta.

El señor Howlands lo observó salir. Luego cerró de un portazo y se plantó junto a la pequeña ventana. No había olvidado a Ngotho.

Ngotho y su familia estaban sentados en la choza de Nyokabi. Por aquellos días, la gente se reunía hasta tarde solo en familia. Dos personas faltaban en el grupo familiar. Kamau estaba en el mercado africano. Prefería quedarse e incluso dormir allí. Se sentía más seguro así. Boro no estaba en casa. Probablemente llegaría tarde. Estaban sentados a oscuras. Había que apagar las luces temprano. Y hablaban en susurros, aunque no hablaban demasiado. Tenían poco que decir salvo hacer algún que otro comentario irrelevante por aquí y un chiste por allá del que nadie se reía. Sabían que la noche oscura sería larga. Boro y Kori tenían sus camas en la choza de Njeri. Su choza estaba tan solo unas yardas más allá de la de Nyokabi. Njeri y Kori esperaron a que Boro se presentase, pero, cuando este no lo hizo, se levantaron para marcharse. Tal vez Boro llegase ya entrada la noche o decidiese quedarse a dormir dondequiera que estuviese. ¿Quién iba a atreverse a volver a casa en una noche semejante, y con un toque de queda que obligaba a todos a retirarse a casa a las seis de la tarde? Salieron. No hubo buenas noches. Los demás se quedaron. De repente, un grito rasgó la noche:

—¡Alto!

Njoroge se echó a temblar. No quiso acercarse a la puerta desde cuyo umbral su padre y su madre observaban lo que fuera que estuviese sucediendo en el exterior. Se quedó clavado al asiento. Su padre regresó de la

puerta y se sentó pesadamente en la banqueta que había abandonado a toda prisa cuando escuchó la orden de alto a Njeri, su esposa, y a Kori, su hijo. Nyokabi entró al rato. Encendió el farol y al ver la expresión de Ngotho lo volvió a apagar. Reinó el silencio.

—Se los han llevado —sollozó Nyokabi. Njoroge tuvo la sensación de que había unas formas oscuras invisibles en la choza.

Por fin, Ngotho dijo: «Siiii...». Su voz sonó entrecortada. Tenía ganas de llorar, pero la humillación y el dolor que sentía tenían un efecto paralizante. ¿Acaso seguía siendo un *hombre*? ¿Él, que había contemplado sin alzar una sola palabra de protesta cómo se llevaban a su esposa y a su hijo por haber violado el toque de queda? ¿Era aquello cobardía? Era cobardía, la peor de las cobardías. Se levantó y corrió hacia la puerta como un hombre enajenado. Era demasiado tarde. Regresó a su asiento, un hombre derrotado, un hombre que se maldecía por ser un hombre que había perdido la hombría. Ahora supo que incluso la espera había sido una forma de cobardía, de aplazar la acción.

Entonces dijo en voz baja: «Ha sido Jacobo, lo sé».

Una vez más, Njoroge se encontró asiéndose a una banqueta para mantenerse firme. Era la primera vez que arrestaban a un miembro de su familia por las nuevas leyes, aunque Boro, Kori y Kamau siempre habían conseguido evadirlas por muy poco, sobre todo durante las operaciones policiales. ¿Qué le estaba sucediendo a su padre? ¿Qué pasaría ahora con Kori y Njeri?

—Jacobo quiere acabar conmigo. Quiere destruir este hogar. Lo hará.

Esa suerte de lamento desafiante era peor que un estallido violento de ira.

En ese mismo instante entró Boro. Se hizo el silencio de nuevo hasta que Boro lo rompió preguntando qué sucedía.

—Se han llevado a tu madre y a tu hermano —dijo Ngotho sin levantar la cabeza.

—¿Se han llevado a mi madre y a mi hermano! —repitió Boro lentamente.

—Sí. Por el toque de queda —dijo Nyokabi. Echó una mirada furtiva a Boro. Se alegró de que la choza estuviese a oscuras.

—El toque de queda... el toque de queda... —Y entonces, dirigiendo su voz a Ngotho—: ¿Y *tú* has vuelto a no hacer nada?

Ngotho sintió estas palabras como si clavarán una aguja en su carne. Estaba dispuesto a aceptarlo todo, pero no esto.

—Escucha, hijo mío.

Pero Boro ya se había marchado. Ngotho no tenía a nadie a quien explicarse. Pasarían mucho tiempo sin volver a ver el rostro de Boro.

Violar el toque de queda no era un crimen demasiado grave. Conllevaba el pago de una multa igual para todos: ya fueran jóvenes o ancianos. Pero en este caso, una vez cobrado el dinero de la multa, solo liberaron a Njeri. A Kori lo enviarían a un campo de detenidos, sin juicio previo. La profecía de Ngotho empezaba a materializarse. Pero allí, en el cuartel de la milicia popular, el jefe estaba frustrado porque no habían atrapado al hombre al que de verdad perseguía. Sin embargo, no perdía la esperanza.

Un día, Njoroge fue a la escuela temprano. Sabía que algo le había sucedido a Ngotho, que ya no miraba a nadie a la cara, ni siquiera a sus esposas. Njoroge estaba convencido de que si un niño pegase a Ngotho, este probablemente se sometería. Ya no era el hombre cuya habilidad para mantener el hogar unido había resonado de cordillera en cordillera. Pero Njoroge todavía creía en él y se sentía a salvo cuando Ngotho estaba cerca.

El hogar de Ngotho era ahora un lugar donde ya no se contaban historias, un lugar donde ya no se reunían los muchachos y las muchachas del poblado.

Durante todo este tiempo, Njoroge se mantuvo a flote sustentado por su amor a la educación y su fe en ella y en el papel que él mismo jugaría llegado el momento. Y pareció que las penurias del hogar agudizaban este apetito. Solo la educación podía salvar algo de aquella ruina. Se volvió más fiel a sus estudios. Un día se serviría de todos sus conocimientos para combatir al hombre blanco, porque él iba a continuar la obra que su padre había empezado. Cuando se dejaba llevar por estos pensamientos, llegaba a verse a sí mismo como un posible salvador de todo el territorio de Dios. Que le dejasen aprender. Y llegaría el día en el que él...

Cuando Njoroge llegó a la escuela, encontró a los otros chicos en un estado de gran agitación. Una pequeña aglomeración de niños se agolpaba junto a la fachada de la iglesia. Estaban leyendo una carta dirigida al director pegada al muro. Conforme iban llegando, los niños corrían hasta allí gritando para emerger poco después de entre la aglomeración en silencio y con la expresión demudada. Njoroge se abrió paso entre el grupo. Leyó la carta. Su visión se esfumó de golpe. El miedo que había atenazado al grupo entero se cebó con él también. El ambiente se tornó tenso por un momento.

Un niño dijo:

—Han hecho lo mismo en Nyeri.

—Y en Fort Hall.

—Sí. No volveré a venir a esta escuela.

Llegó el director. Le enseñaron la carta. Al principio sonrió a lo niños con aire despreocupado y tranquilizador. Pero al progresar en la lectura, su sonrisa se mudó en una mueca. Con delicadeza, sacó una cuchilla y despegó la carta, sosteniéndola solo por los bordes. Sus manos lo delataron.

—¿Alguno de vosotros la ha tocado?

—Ninguno, señor —dijo el delegado.

—¿Quién de vosotros llegó el primero?

—He sido yo, señor. —Un niño pequeño dio un paso al frente de entre la aglomeración.

—¿Has encontrado tú la carta aquí pegada?

—No, señor. No he mirado. Ha sido Kamau el que la ha visto primero.

—Kamau, ¿has llegado después de Njuguna?

—Sí, señor. Verá, señor, iba a dejar mi machete contra el muro. Luego miré hacia arriba. Y vi la carta. Al principio no...

—Está bien, Kamau. Njuguna, ¿te has cruzado con alguien cuando venías hacia la escuela?

—No, señor.

La pregunta que ocupaba la mente de casi todos los niños era: ¿Cómo había ido Kimathi hasta allí? Y ese día se respiró un aire de solemnidad nada habitual en la escuela.

Por la noche, Njoroge relató todo el incidente a su madre.

—La carta decía que le cortarían la cabeza al director y también a los cuarenta niños si la escuela no cerraba de inmediato. Estaba firmada con el nombre de Kimathi.

—Hijo mío, no volverás a esa escuela nunca más. La educación no es la vida.

Njoroge sintió un doloroso alivio.

—Pensaba que el Mau Mau estaba de parte del pueblo negro.

—¡Chis! ¡Chis! —le previno Nyokabi—. No menciones eso esta noche. Las paredes oyen.

Pero Kamau le dijo algo distinto.

—Serías estúpido si abandonaras la escuela. La carta podría no ser auténtica. Además, ¿de verdad crees que estás más seguro en casa? Hazme caso cuando te digo que no puedes estar seguro en ninguna parte. No hay lugar donde esconderse en esta tierra desnuda.

Njoroge no dejó la escuela.

La situación iba de mal en peor. Nadie sabía con certeza en qué momento lo arrestarían por violar el toque de queda. Ni siquiera podía uno cruzar el patio por la noche. Las hogueras se apagaban desde bien temprano por temor a que cualquier luz llamase la atención de quienesquiera que fueran los que pudiesen estar acechando desde afuera. Decían que algunos soldados europeos se dedicaban a arrestar a la gente por la noche y que, después de llevárselos al bosque, los liberaban y les ordenaban que emprendiesen el camino de regreso a casa. Pero que tan pronto como les daban la espalda, les disparaban y los mataban a sangre fría. Al día siguiente estas acciones se proclamaban como una victoria sobre el Mau Mau.

Los niños también vivían con miedo. No sabían en qué momento sufriría la escuela un ataque. La mayoría no había hecho caso de la advertencia de la carta. Al igual que Njoroge, siguieron asistiendo a la escuela. Njoroge ya estaba hecho todo un muchacho, casi un hombre joven. El embate del caos que había asolado la tierra empezaba a adquirir forma con toda claridad en su mente. Todos sus hermanos, exceptuando al solitario Kamau, se habían marchado de casa. Cuando llegó el momento de su circuncisión, fue Kamau quien asumió el coste. Él era el que mantenía unido el hogar, comprando comida y ropa y pagando los recibos escolares de Njoroge. Pero rara vez iba a dormir a casa.

Njoroge todavía tenía un padre, un hermano y dos madres, de modo que seguía aferrándose a la visión de su niñez. Por delante solo le quedaba un año para hacer el examen de entrada a una escuela de secundaria, trabajaba duro con sus libros y sus clases.

Njoroge no había vuelto a coincidir con Mwihaki desde que se marchara a un internado para chicas. Y no era por casualidad. Ya antes incluso de la

Emergencia había intentado evitarla. ¿Cómo iba a verse con Mwihaki cuando el padre de ella y el suyo propio eran enemigos declarados? Casi podía sentir el dolor que debió sentir ella al enterarse de que su padre había sido atacado. Aunque Njoroge se veía incapaz de condenar a su padre, se sentía culpable igualmente y deseaba que Mwihaki hubiese sido su propia hermana y no la hija de Jacobo. El último momento de felicidad que habían compartido juntos cogidos de la mano antes de separarse y enterarse a continuación de lo sucedido perduraba aún en la mente de Njoroge. Le dolía. Durante la Emergencia, el hecho de que el padre de ella fuera jefe y líder de la milicia popular había agudizado la necesidad de una separación total. Así y todo, anhelaba en ocasiones su compañía, sus delicadas manos bronceadas y sus ojos claros e inocentes.

Un sábado, Njoroge recorrió la carretera larga y ancha hasta las tiendas africanas donde trabajaba Kamau. Njoroge se sentía solo y buscaba compañía. Siempre le causaban admiración los abultados y fornidos músculos de Kamau mientras sostenía la sierra o el martillo o el cepillo de carpintero. Destilaba seguridad cuando martillaba un clavo por aquí o serraba un trozo de madera por allá... Njoroge solía preguntarse si él habría sido capaz de ser así alguna vez. Esta vez, Njoroge no encontró a Kamau trabajando. El pueblo entero parecía sumido en una tensa calma.

—¿Cómo va todo, hermano?

—¡Bien, va bien! ¿Qué tal por casa?

—Por casa todo en su sitio. ¿Por qué estás tan serio?

Kamau miró a Njoroge.

—¿No te has enterado? El barbero y... y... Fueron seis en total. Hace tres noches los sacaron de sus casas. Los han encontrado muertos en el bosque.

—¡Muertos!

—¡Sí!

—¿El barbero está muerto? Pero si me cortó el pelo hace tan solo... Oh. ¿Está muerto?

—Es muy triste. Los conocías a todos. Nganga estaba entre ellos.

—¿Nganga? ¿El mismo en cuyas tierras construimos nuestro hogar?

—¡Sí!

Njoroge recordó que las esposas de Nganga habían recorrido un cuartel de la milicia tras otro pidiendo que las dejaran ver a su marido, a quien, decían, había sacado de la cama un hombre blanco.

—¿Quiénes fueron los que los mataron en realidad? ¿Los hombres blancos?

—¿Y quién sabe quién mata a quién en los días que corren?

—¡Nganga! ¡Muerto! ¿De verdad?

—Sí. Y el barbero también.

Resultaba casi ridículo pensar que uno no iba a volver a ver a aquellos seis hombres nunca más. Cuatro de ellos se contaban entre los más ricos e influyentes del lugar. Njoroge se preguntó si no serían el Mau Mau. Porque solo eso podría explicar que la gente del gobierno los hubiese asesinado a sangre fría. ¿Sería su hogar el siguiente? Decían que Boro se había refugiado en el bosque. Njoroge sintió un escalofrío solo de pensarlo.

Dos días después. Iba de camino a casa desde el mercado. Atajó por los campos de cultivo porque no quería seguir la carretera de asfalto. Las muertes de los seis hombres habían creado una suerte de cargada quietud en el poblado. Aunque se habían producido varias deportaciones desde el poblado y un puñado de muertes, este era el primer duro golpe que el Mau Mau o el *serikali* lanzaba directamente contra la comunidad local. Njoroge recordó ahora al carpintero, aquel a quien él había detestado de niño y que auxilió a su familia en tiempos de infortunio, con un afecto mucho más profundo del que había sentido jamás cuando el carpintero estaba vivo.

«¡Njoroge!». No lo oyó, y habría proseguido su camino de no ser porque ella venía ahora hacia él. Mwihaki era alta, delgada, con senos pequeños y puntiagudos. Sus ojos levemente oscuros tenían una viveza llameante. Los rasgos de su cara estaban ahora bien definidos, y su brillante melena de insondable pelo negro lucía un peinado peculiar, distinto a lo acostumbrado en el poblado. Este le recordó inmediatamente a Lucía, la hermana de Mwihaki, que estaba ahora casada y tenía dos niños.

Njoroge, a su vez, era alto, de rasgos toscos y endurecidos que le hacían parecer más adulto de lo que era en realidad. Allá donde fuera, le acompañaba siempre un aire de cálida reserva que lo hacía atractivo y misterioso. En un primer momento se vio asaltado por una agradable sensación, que se tornó en bochorno al enfrentar la entereza y seguridad de la muchacha. ¿Cómo podía ser ella la hija de Jacobo?

—Lo siento. Ni me habría dado cuenta de que eras tú. Has cambiado mucho. —Esa fue su vehemente disculpa después de que intercambiasen los saludos de rigor.

—¿De verdad? Tú también has cambiado. —Su voz seguía siendo igual de suave—. No te vi cuando pasé cerca de tu casa la semana pasada.

Él volvió a sentirse avergonzado. Mientras que él había pasado años evitándola, ella por fin había tomado la iniciativa de ir a buscarle.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —dijo él.

—Sí. Y es mucho lo que ha ocurrido entretanto; mucho más de lo que tú y yo podríamos haber soñado jamás.

—Es mucho lo que ha ocurrido... —repitió él sus palabras como un eco. Luego, preguntó—: ¿Qué tal el internado?

—Agradable. Es como estar en una especie de monasterio.

—¿Y la tierra?

—Mal. Como aquí.

Njoroge pensó que era mejor cambiar de tema.

—Pues bueno, espero que disfrutes de tus vacaciones —dijo, dispuesto a marcharse—. Ahora debo irme. No quiero entretenerte. —Ella no contestó. Njoroge levantó la vista y la miró.

—Estoy tan sola aquí —dijo ella por fin, con un tono de voz sincero y quejumbroso, casi como el de una niña—. Todos me evitan.

El corazón de Njoroge latía como un tambor. Su sentido de la galantería le movió a decir:

—Veámonos el domingo.

—¿Dónde?

Él hizo una pausa para pensar en un lugar adecuado.

—En la iglesia. —Allí era donde iba todo el mundo en aquellos días aciagos.

—¡No! Vayamos juntos. Será como en los viejos tiempos.

Él no se resistió a la sugerencia.

—De acuerdo. Te estaré esperando cerca de mi casa. Cuando vengas, saldremos juntos. Mi casa queda de camino.

—Ve en paz.

—Ve en paz.

Njoroge sintió que algo se despertaba en su interior. Y aun así, mientras se dirigía a casa, se reprochó haber accedido a aquel encuentro. A punto estuvo de girarse para llamarla y cancelarlo todo.

Se caló sus mejores galas, una camisa barata de nylon y unos pantalones cortos de color caqui limpios y bien prensados. Con calcetines caqui y unos

zapatos marrones confeccionados en la fábrica situada cerca de su poblado natal, estaba muy elegante. Pero ahora que se había repuesto de la emoción de encontrarse con Mwihaki, tuvo miedo. No dejaba de decirse: «Soy un estúpido, soy un estúpido». Pero la voz de ella, suave y clara, repicaba de manera suplicante. *Estoy tan sola aquí.* ¿Quién hubiera dicho por la apariencia física de Mwihaki que esta se sentía sola o afligida? Se arregló temprano y salió a pasear por el sendero que había cerca de su casa. Entonces llegó ella. Su blusa blanca de cuello bajo y la falda plisada marrón claro hicieron que se avergonzara de su ropa. Echaron a andar en silencio. Solo cuando ella habló por fin, detectó él un leve tono de emoción reprimida en su voz.

Hacía mucho tiempo que no veía a Njoroge. El recuerdo de las horas que pasaban juntos en la escuela seguía fresco en su memoria. Mwihaki no era de las que olvidan un pequeño gesto de amabilidad, ni aun cuando este se remontase a tanto tiempo atrás, en la niñez. El mudo consuelo que este niño había intentado darle cuando ella no era más que una niña le había impreso una huella indeleble. Además, Njoroge era diferente de los demás niños. Él siempre se había sentido fascinado por ella. Le había transmitido paz y seguridad. Entre sus dos familias habían sucedido muchas cosas. Ella sabía que su padre odiaba, como poco, a Ngotho. No se molestaba en ocultarlo. Ese odio indisimulado tenía su origen, como ella bien sabía, en la humillación pública a la que Ngotho había sometido a Jacobo. Mwihaki no habría sabido decir quién era el bueno y quién el malo en todo aquel asunto. A grandes rasgos, sabía que su padre debía tener razón y que Ngotho se había comportado mal hacia su benefactor. Pero, en todo caso, veía el asunto como un problema entre Jacobo y Ngotho que nada tenía que ver con su relación con Njoroge. Su mundo y el mundo de Njoroge residían en algún lugar ajeno a la nimiedad de los prejuicios, odios y diferencias de clase. Pensaba que Njoroge opinaba lo mismo que ella sobre estas cuestiones y, por tanto, nunca pensó que su separación durante tantos años pudiese no ser tan accidental. La declaración de la Emergencia no había supuesto demasiado para ella. Pero conforme fueron pasando los años y llegaron a sus oídos historias sobre el Mau Mau y sobre cómo sus componentes despedazaban a sus oponentes con machetes, Mwihaki tuvo miedo. Había oído decir que Boro, el hermano de Njoroge, se había marchado al bosque, pero no conseguía creérselo del todo. Para ella, los Mau Mau eran gente que no pertenecía al poblado y que, desde luego, no se contaba entre su círculo de conocidos.

El viejo predicador estaba en el púlpito. Habló de la calamidad que se había abatido sobre el pueblo kikuyu, una tribu que mucho tiempo atrás había caminado con Dios, una tribu que había sido escogida por el mismísimo Dios, el cual le hizo entrega de una bella tierra. Pero ahora la sangre corría sin freno por ella, anegando la tierra de rojo y profundo pecado. Habló de los hombres y mujeres jóvenes a los que ya nadie volvería a ver. La oscuridad ensombreció su rostro mientras se refería a los tantos y tantos que se encontraban apresados en los campos de detenidos. ¿A qué se debía todo esto? Se debía a que el pueblo había desobedecido al Creador, al Dador de Vida. Los hijos de Israel habían rehusado escuchar la voz de Jehová. Serían destruidos en el desierto, donde se les haría vagar durante cuarenta años.

—Pueblo nuestro, ¿qué haremos para escapar de la plaga aún peor que está por venir? Hemos de tornarnos hacia Dios. Hemos de arrodillarnos y contemplar el animal colgado del árbol aquel. Entonces todas nuestras heridas sanarán de golpe. Seremos lavados por la sangre del Cordero. Pueblo nuestro, lo que dicen las Sagradas Escrituras es lo que yo os diré ahora...

»Oremos...

Todos se arrodillaron y rezaron por la tierra. Algunos lloraron; lloraban por aquellos a quienes no volverían a ver jamás.

Un hombre de corta estatura accedió al púlpito. Njoroge lo miró atentamente. Su cara le resultaba familiar. El hombre empezó a hablar. Y entonces Njoroge se acordó. Se trataba de aquel sofisticado maestro al que ellos solían llamar *Uuu*. Su bigote había desaparecido. El maestro Isaka se había marchado a Nyeri el año que Njoroge terminó en la primera escuela. Desde entonces, Njoroge no había vuelto a saber de él. Isaka destilaba ahora un inconfundible aire santurrón. Esto era lo que comportaba ser un evangelista.

—Dirigíos al Evangelio según San Mateo, Capítulo 24, y empezad a leer a partir del versículo 4.

Se escuchó un trasegar de hojas.

—Leamos...

»Y Jesús les respondió así: «¡Atención! Que nadie os engañe.

»Pues vendrán muchos en mi nombre, diciendo: “¡Yo soy el Mesías!”, y engañarán a muchos.

»Oiréis hablar de guerras, y rumores de guerras; mirad, no os alarméis, pues tiene que suceder, pero todavía no es el fin.

»Pues se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá hambres y terremotos en diversos sitios.

»Pero todo esto será el comienzo de los dolores.

»Entonces os entregarán a la tortura, y os matarán, y seréis odiados por todas las naciones a causa de mi nombre.

»Entonces muchos caerán, y se entregarán unos a otros, y se odiarán unos a otros.

»Y surgirán muchos falsos profetas y engañarán a muchos.

»Y al rebosar la iniquidad, la caridad de la mayoría se resfriará.

»*Pero el que aguante hasta el fin, ese se salvará...*».

Prosiguió con la lectura. Pero cuando llegó al versículo 33, se detuvo y miró a todos los presentes en la iglesia. Entonces elevó la voz y continuó:

—«Os digo de verdad: no desaparecerá esta generación sin que todo esto suceda...».¹

Pareció como si también hubiese caído la noche en el interior del edificio y no hubiese nadie para iluminar la vereda.

Caminaban en silencio. Ya estaba avanzado el día porque el servicio se había prolongado durante muchas horas. Mwiaki fue la que susurró rápidamente: «Vamos por el viejo sendero».

Njoroge asintió. El viejo sendero era el que solían seguir para regresar de la escuela.

—¿Tú crees que es verdad lo que ha dicho?

—¿El qué? Ha dicho muchas cosas.

—Lo de que Jesús llegará pronto.

Njoroge se sobresaltó. También él estaba pensando en lo que su antiguo maestro había afirmado sobre el mundo. Le había impresionado por lo real que parecía todo. Guerra, enfermedades, pestilencia, inseguridad, traición, desintegración de las familias: Njoroge había sido testigo de todo ello. Oh, sí, sí creía estar de acuerdo con el maestro. Pero no le gustó el tono de voz del maestro cuando gritó, histérico: «Arrepentíos, sí, pues el reino de los cielos está cerca».

¿De verdad se había visto el país reducido a esto? ¿Llegaría con la Segunda Venida la destrucción de toda vida en este mundo?

—No sé —dijo, por fin.

—Amado Jesús —murmuró ella para sí.

Llegaron a las proximidades de su casa. Ella dijo:

—Entremos.

Njoroge protestó. El rostro de ella se ensombreció. En voz muy baja, casi imperceptiblemente, dijo:

—Lo sé. Es porque mi padre es un jefe.

—Por favor... —Él se supo derrotado. Ella le había leído el corazón. Entraron. La casa de Jacobo no le pareció tan imponente como antaño. Tiempo atrás, cuando Njoroge y los otros niños de la cordillera solían trabajar para Jacobo recolectando flores de pelitre, él siempre había sentido un peso en el estómago cada vez que estaba cerca de esta casa. Nunca le había gustado contemplarla durante mucho rato, porque siempre había temido que Jacobo o Juliana pudiesen aparecer y lo encontraran con la mirada absorta en su morada europea. Pero la propiedad resultaba bastante impresionante incluso ahora. Njoroge deseó que Jacobo no estuviese en casa. El jefe no se dejaba ver a menudo. Y cuando alguien lo veía aproximarse a su casa, sabía al instante que algo no iba bien. El nombre del jefe empezaba a infundir terror en la tierra. Njoroge recordaba el día que vio a tres mujeres escabullirse entre los matorrales cuando caminaban de regreso del mercado. Njoroge se preguntó entonces por qué habrían hecho aquello. Pero al levantar la vista, vio al Jefe. Él también sintió temor, pero ya era demasiado tarde para ocultarse.

Cuando Mwihaki se dirigió a la cocina, se levantó y se puso a mirar las fotografías que llenaban las paredes de la estancia. Allí estaba Lucía de niña, de maestra, y en otras dos el día de su boda. Estaba su hermano, John, que se había marchado a ultramar. ¿Dónde estaba Mwihaki? Quería ver qué aspecto tenía en una fotografía. Entonces se oyeron unos pasos en el umbral. Njoroge se dio la vuelta. Jacobo, su esposa Juliana y tres milicianos armados con rifles estaban entrando en la casa. Njoroge, sin apartar la vista de ellos, regresó a su silla y se sentó en el borde con la mano izquierda apoyada sobre el asiento, mientras que con la derecha jugueteaba con un botón.

—¿Qué tal la escuela? —preguntó Jacobo después de que él y sus milicianos hubiesen tomado asiento. Juliana había entrado a la cocina. Jacobo parecía cansado. No era el orgulloso granjero de antaño.

—Está bien.

—¿En qué curso estás ahora?

—En Standard VIII. Este año hago el KAPE.

—¿Entonces vas a ir al instituto?

—Sí, si apruebo.

Ahora Njoroge se sintió algo más armado de valor y se arrellanó más cómodamente en la silla. La cara de Jacobo estaba un poco arrugada. Se produjo un cambio en el tono de su voz cuando dijo:

—Espero que te vaya bien. Sois tú y los que son como tú los que tenéis que trabajar duro y reconstruir el país.

Njoroge sintió que algo surgía en su interior. Se vio a sí mismo reconstruyendo todo el país. Por un momento se sintió radiante ante aquella posibilidad...

Miró de reojo a los milicianos. Le estaban mirando. Sus jerséis rojos le recordaron al barbero muerto.

Fueron a una colina. Estaba cerca de su casa. Ella permanecía tumbada en la hierba sobre el costado izquierdo, mirándole. Él estaba sentado erguido y contemplaba la llanura de más abajo. La llanura solía estar cubierta de agua, sobre todo durante la estación de las lluvias. Ahora estaba seca. Mwihaki jugueteaba con el botón del bolsillo trasero del pantalón de él. Entonces se incorporó y sentada erguida como él contempló también la llanura.

Dijo:

—He tenido miedo.

—No deberías tener miedo —dijo Njoroge.

—Pero lo he tenido... cuando el maestro ha dicho que el mundo se iba a acabar muy pronto.

Njoroge se volvió hacia ella y se la quedó mirando durante unos instantes. Intentó esbozar una sonrisa indulgente, pero fracasó. Su rostro permaneció contraído en pequeños frunces, como si estuviese recordando algo.

—Cuesta mucho imaginarlo todo destruido; quiero decir, aplastado todo y reducido a una llanura como esta. Puedes imaginarte la sangre y los huesos de todos, de blancos y de negros, los míos y los tuyos, los de todos...

—¡Basta! —Ella cerró los ojos como si no quisiera vislumbrar la imagen de un lago de sangre y una llanura de huesos.

—Veo que tienes miedo —dijo él, tratando una vez más de esbozar una sonrisa indulgente. Se sintió muy valiente porque ella estaba asustada, y porque solo era una mujer, una niña.

—Verás —dijo ella una vez se hubo repuesto—, me ha dado miedo pensar que pudiese irme a dormir una noche y descubrir, al despertar, que todo había desaparecido, que todo estaba destruido.

—Pero a ti también te habrían destruido, así que no verías nada.

—No te burles.

—No me burlo.

Y era verdad, porque también él estaba pensando en la posibilidad de que ocurriese lo que ella había dicho. ¿Y si destruían a todos menos a él? ¿Qué iba a hacer con todos esos conocimientos de los que esperaba poder valerse para rescatar al país de la ruina? Entonces pensó: ¿Y si era solo a su familia a la que destruían? Se le encogió el estómago. Y se apresuró a preguntar:

—¿Cuándo te vas?

—La semana que viene.

—¿Tan pronto? —Ella no le oyó.

—Njoroge, ¿de verdad crees que Isaías y los demás profetas anunciaron que sucedería todo esto?

—Está en la Biblia.

—Porque estaba pensando que si Jesús sabía, que si de verdad hubiese sabido, esto que iba a pasar en nuestro país, podría haberlo evitado. ¿No crees?

Njoroge creía en la justicia de Dios. Así que pensaba que al final todo esto sería para bien. Y le sobrecogía un poco imaginar que Dios pudiese haberlo escogido a él como instrumento de Su divino servicio. De modo que se limitó a decir:

—Dios obra de forma misteriosa.

—Verás, lo que a mí me preocupa de verdad es mi padre. Antes era tan bueno y cariñoso, sobre todo conmigo. A veces me fastidiaba, claro, pero eso no era nada. Siempre se ponía de mi lado cuando madre me regañaba. Me encantaba su sonrisa y pensaba que me encantaría tener un esposo con unos dientes como los suyos... —Se detuvo y permaneció pensativa unos instantes. Entonces abatió la mirada, como si algo la desconcertase—. Pero ahora se ha vuelto reservado. El fusil y la pistola que siempre lleva encima hacen que lo vea como a un extraño. Ay, si fuera más grande y fuerte de verdad, entonces podría hacer algo... Puede que no lo creas, pero...

—Es igual en todas partes —dijo él sin venir al caso. Las cosas cambiarían. Lo único que tenía que hacer la gente era creer y confiar en Dios.

Ella continuó hablando sin darse cuenta de que, en realidad, él no la escuchaba.

—Odio pensar que quizá pueda haber matado a alguien, porque por la noche se despierta y dice que ha oído a unas personas que hablaban sobre su

propia muerte. Y ¿sabes qué? La gente siempre me está evitando, incluso las chicas de mi edad. Es..., oh...

Se echó a llorar. A Njoroge le horrorizaba ver llorar a una chica mayor. Todas las chicas eran así, eso pensaba. Pero jamás habría pensado algo así de Mwihaki. Arrancó una brizna de hierba y la chupó. Y Mwihaki sacó su pañuelo y se restregó los ojos. Njoroge miró hacia otro lado. Allá abajo, la llanura se veía silenciosa y grande. Njoroge se olvidó de Mwihaki durante unos momentos; estaba sumido en especulaciones sobre el papel vital que habría de desempeñar en el país. Se acordó de David rescatando a todo un país de la maldición de Goliath.

—Pensarás que soy una niña tonta y débil, pero ¿sabes qué?, creo que el pueblo ha pecado.

Él se sintió igual que cuando oía al anciano predicador hablar sobre el Pecado. Si el pueblo kikuyu había pecado, entonces quizá él les hubiese sido enviado por Dios. Se acordó de Samuel y de muchos otros profetas. Pero se limitó a decir:

—¿Tú crees que es posible que peque una nación entera?

—Si un hombre peca, Dios los castiga a todos.

Él pensó: tiene razón. Dios les había hecho eso a menudo a los hijos de Israel. Pero Él siempre enviaba a alguien para que los rescatase.

—... y el pecado podría cometerlo cualquiera: tú, yo...

El planteamiento lo sobresaltó. Él se había sentido así en alguna ocasión. Por ejemplo, el día ese que su madre discutió con su padre. Se había sentido culpable, como si él fuera responsable. Desechó el recuerdo y, mirando a Mwihaki, dijo tajante:

—¡La paz se instalará algún día en esta tierra!

Su misión de consolar al pueblo había comenzado.

—Oh, Njoroge, ¿de verdad lo crees? —dijo ella aproximándose a él, como si él mismo fuese el consuelo.

—Sí. A una noche oscura siempre le sigue la luz del sol. Dormimos sabiendo y confiando en que mañana saldrá el sol.

Este razonamiento lo dejó muy complacido. Pero le molestó bastante que ella se echase a reír y dijera:

—El mañana. El mañana nunca llega. Antes prefiero pensar en el ahora.

Pero sus ojos se dilataron como los de una niña pequeña cuando se tornaron esperanzados hacia él. Se le había ocurrido algo. Agarró a Njoroge del cuello y lo sacudió presa de la emoción.

—¿Qué pasa? —preguntó Njoroge, sorprendido.

—Mira una cosa. Supón que tú y yo nos vamos de aquí y regresamos cuando la noche oscura haya pasado...

—Pero...

—Yo podría ser una buenísima hermana para ti y podría cocinarte platos muy sabrosos y...

—Espera un momento.

—¿Es buena idea, no te parece?

Njoroge se había puesto muy serio. Ese plan desmantelaba por completo su visión. ¿Y qué pensaría Dios si abandonaba su misión de esa forma?

—No. No. ¿Cómo íbamos a dejar solos a nuestros padres?

—Podríamos...

—Además, dime, ¿adónde iríamos? ¿Qué comeríamos?

Ella pareció decepcionada, pero se sobrepuso al instante con una carcajada.

Dijo:

—No te pongas tan serio. Solo era una broma.

Njoroge estaba desconcertado y también algo irritado con esta chica. Nunca la comprendería. Pero también él intentó reírse, y dijo:

—Pues claro, ya lo sabía.

Ella pensó que estaba molesto y le calmó.

—Pero seguiremos siendo amigos y confiando siempre el uno en el otro.

—Es que *somos* amigos —dijo él.

—Pero tú nunca vienes a verme cuando...

En ese instante, Njoroge se dio cuenta de lo diferentes que eran.

—No nos vemos.

—Y cuando regrese, ¿no me dejarás sola? —le rogó, abriendo de nuevo los ojos de par en par. Estaba sentada muy cerca de él. Le tocó el cuello de la camisa y luego espantó un insecto que caminaba por él. Él la miró de forma fraternal. De repente se había olvidado de las diferencias que los separaban. Para él era una chica que bien podría haber sido su hermana.

Dijo:

—Cuando vuelvas, estaré contigo.

—¿Es una promesa?

—Por supuesto.

Echaron a andar juntos para que no los atrapase la noche. Un pájaro graznó. Y luego otro. Y aquellos dos, un chico y una chica, siguieron

adelante, cada uno sumido en su propio mundo, ajenos por un momento a la noche mucho más oscura que se cernía sobre la tierra entera.

¹ Tomo la traducción de este pasaje de la versión de F. Cantera y M. Iglesias, *Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 3.^a edición, 2.^a impresión, junio 2003. (*N. de la T.*)

El señor Howlands sentía una especie de placer gratificante. La maquinaria que había puesto en marcha funcionaba. Los negros estaban destruyendo a los negros. Acabarían destruyéndose por completo. ¿Qué le importaba a él si los negros del bosque destruían un poblado entero? ¿Qué tenía de malo salvo el hecho de que disminuiría la mano de obra? ¡Que se destruyeran entre ellos! ¡Que luchasen unos contra otros! Los pocos que quedaran se conformarían con la tierra que el hombre blanco había preservado para ellos. Sí, el señor Howlands empezaba a disfrutar con su obra. Al principio de la Emergencia, cuando reclamaron sus servicios separándolo de la granja, había sentido ira. En ocasiones hasta había deseado recuperar la vida de granjero. Pero, con el paso de los años, el firme deseo de imponer la obediencia lo conquistó, haciendo posible que desempeñara su trabajo con una rigurosidad impensable en otros de su misma edad. Levantó la vista hacia el jefe Jacobo. Una sonrisa perversa le iluminaba el rostro. En ese momento nada deseó más que darle un puntapié al jefe. El jefe sonrió de oreja a oreja.

—¿Estás seguro de que es Boro el que lidera la banda?

—Bueno, es imposible estar seguro al cien por cien, pero...

—¿Qué?

—Ese hombre, como usted bien sabe, tiene fama de ser peligroso. Se lo dije cuando usted y yo hablamos antes de que él huyera. Bueno, yo creo que... lo que digo es que corren rumores de que es probable que vuelva a casa... y aunque no lo hiciera, Ngotho seguro que conoce el escondite de su hijo.

—¿Es que no has puesto hombres a vigilar los movimientos de Ngotho para que informen sobre ellos?

El señor Howlands sabía desde siempre que tarde o temprano tendría que vérselas con Ngotho. Ngotho era su enemigo. Pero el señor Howlands no

podía explicarse por qué siempre rechazaba cualquier plan que tuviera como fin reducir a Ngotho a una humillante sumisión. Aun así era precisamente eso lo que quería. Con ello coronaría gloriosamente su carrera antes de regresar triunfante a la vida en la granja. Entretanto resistiría todos los avances de Jacobo con vistas a arrestar a Ngotho de inmediato. Se había resistido a ello con la misma frecuencia con la que se había resistido a las peticiones de su esposa de que dejase que ella y Stephen regresaran a Inglaterra por el momento. Stephen estaba ahora en el instituto para europeos, situado a escasas millas de Siriana.

Jacobo tardó en contestar.

—Así lo he hecho, señor, pero hay algo más. Verá usted, no quería contárselo, pero el caso es que hace unos días recibí esta nota en un sobre que depositaron delante de la puerta de mi casa. —El jefe hurgó en los bolsillos interiores de su chaqueta y sacó una nota manuscrita, que entregó al intrigado Howlands.

pon fin a tus acciones criminales. si no, vendremos

a por tu cabeza. esta es nuestra última advertencia.

—¿Cómo?! ¿Has recibido otras?

—Sí, dos. Pero...

—¿Y qué hiciste con ellas, estúpido? —El señor Howlands estaba furioso. Se levantó. Jacobo había retrocedido unos pasos hasta la puerta. Howlands era incapaz de entender semejante ignorancia. ¡Mira que recibir dos cartas de amenaza y no decir nada! Pasado un rato se calmó.

—Está bien, deja que me quede yo con esta. ¿De dónde crees que proceden?

—De Ngotho.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quién si no iba a poder acercarse tan fácilmente a mi casa? Hace algunos meses, su hijo pequeño estuvo en ella...

—¿Haciendo qué?

—Bueno, en realidad no es más que un chaval, y, vino..., bueno, quiero decir que..., mi hija...

El señor Howlands no entendía nada. Jacobo tenía que estar loco.

—Está bien. Deja que me la quede. Puedes disponer de más milicianos si quieres. No debes salir de casa sin que te acompañe un miliciano. Vigila cada paso de Ngotho.

—Sí, señor.

—Y, por cierto, una vez esté listo el nuevo cuartel de la milicia voluntaria, será mejor que tú y tu familia os trasladéis a él.

—Sí, señor.

Era una calurosa mañana de enero. Dos hombres jóvenes caminaban por una estrecha senda de ganado, cada uno asiendo despreocupadamente su Biblia y su himnario. Les seguía un grupo de hombres y mujeres, también pertrechados de Biblias e himnarios. Debatían sobre el poder salvador de Cristo. Aún más atrás avanzaban varias mujeres ataviadas con alegres ropas dominicales. Iban cantando alegremente.

*Nitugu-u-kugoca Je-e-Jesu
Jesu Ga-a-tuurume Ka Ngai,
Jesu, Thakame yaku iithera-agia mehia
Ndakugo-o-ca Mwathani.*

(Te alabamos Jesús
Jesús, el Cordero de Dios.
Jesús Tu sangre limpia mis pecados
Yo te alabo, Oh Señor).

Todos ellos se dirigían a una asamblea cristiana convocada a escasas millas a las afueras del pueblo.

—¿Estamos cerca ya? —le preguntó Njoroge al otro joven. Se llamaba Mucatha.

—No. Todavía no hemos llegado al bosque del que te hablé.

—Está lejos, entonces.

—No tan lejos. Yo he ido caminado hasta allí muchas veces.

—¿Habrá mucha gente?

—Sí. Muchas mujeres.

—¿Y los hombres dónde están?

—¿Cómo? ¿Y nosotros qué?

—Solo somos dos.

—Hay más.

—Puede.

Los dos se echaron a reír y enseguida callaron. Njoroge pensó en lo maravilloso que habría sido que Mwhiki estuviera con ellos. Pero por estas vacaciones no había regresado a casa. Estaba con Lucía. Njoroge siempre disfrutaba leyendo sus cartas. Durante las vacaciones del segundo trimestre se habían visto bastante a menudo. Si bien él no volvió a visitar su casa. Habían dado con varios temas de conversación. Todavía podía recordar lo que ella le había dicho, palabras que siempre lo animaban a seguir adelante cuando se enfrentaba a alguna dificultad. «Njoroge, sé que te irá bien». Se las había llevado consigo al aula de exámenes. Siempre le estaría agradecido a su madre, la que lo envió a la escuela, y también a Mwhiki. Pero ¿y si suspendía? Aquello sería el fin. ¿Qué era el futuro sin educación? No obstante, confiaba en que Dios le ayudase a salir adelante.

—¡Mira! Este es el bosque.

—¡Vaya! Es tan espeso que da miedo.

Se subieron a una roca.

—¿Ves aquello de allí?

—¿Dónde? ¿Más allá del bosque oscuro?

—Sí. Más allá, a la izquierda de aquella colina.

Njoroge podía divisar una pequeña colina a lo lejos.

—Ya veo.

—Allí es donde se va a celebrar la asamblea.

Siguieron caminando. El maestro Isaka y los otros estaban ahora más cerca. Seguían enfrascados en su conversación sobre la salvación. El sendero de ganado se había ensanchado y avanzaba sinuoso a través del espeso bosque. De repente, Njoroge oyó una voz.

—¡Alto!

Los dos se detuvieron. El miedo los paralizó. Porque allí plantado ante ellos, estaba un oficial blanco del ejército.

—*Mikono juu.*

Levantaron las manos con las Biblias y los himnarios en alto como si estuvieran exhibiendo la palabra de Dios para que todo el mundo la viera.

—*Kuja hapa.*

Se aproximaron. Les apuntaba una pistola. Pronto, el grupo de hombres que les seguía los alcanzó. Pasaron por el mismo proceso y se colocaron en fila detrás de Njoroge y Mucatha. Llegaron las mujeres, vieron la escena, y

los cánticos cesaron a la vez que sus pasos. Las mujeres fueron interrogadas primero. Luego las dejaron proseguir su camino. Entonces fue cuando Njoroge miró a su alrededor y vio que estaban rodeados por muchos soldados que se encontraban agazapados entre los matorrales, con metralletas apuntando de forma amenazadora hacia el camino. Njoroge asió la Biblia con más fuerza.

Los obligaron a todos a ponerse de cuclillas y a sacar su documentación. Por fortuna, Njoroge y Mucatha llevaban encima sendas cartas del antiguo director de la escuela donde se especificaba que eran estudiantes. Los hombres de detrás no tuvieron tanta suerte. A uno de ellos lo golpearon tanto que se orinó en las piernas. Pero no suplicó clemencia. Lo único que decía constantemente era «Jesús».

Isaka se acuclilló y observó con calma la escena. No llevaba documentación. Cuando el soldado blanco le gritó, Isaka respondió en un tono tranquilo, casi resignado. ¿Dónde se había dejado la documentación? Satán había hecho que se la dejara olvidada en casa. Pero al soldado blanco no lo iba a engañar. Isaka era un Mau Mau. De nuevo Isaka contestó que Jesús lo había salvado y que no podía intercambiar a Jesús por el Mau Mau. El oficial lo miró con los ojos inyectados en sangre. Aun así no lo tocó. Njoroge se preguntó si tendría miedo de Isaka. Había algo extraño en la serenidad del profesor. Cuando dejaron marchar a los otros, a Isaka lo obligaron a quedarse. Él no protestó.

—Ven por aquí y veremos qué hace Jesús por ti.

Lo condujeron al interior del espeso bosque oscuro. Antes de que los otros se hubiesen alejado mucho, oyeron un grito desgarrador que resonó por todo el bosque. No se atrevieron a mirar atrás. Njoroge intentó contener la respiración para tensar el estómago. Avanzaron unos pocos pasos más. De repente se oyó otro grito cuyo eco se tragó una ensordecedora ráfaga de ametralladoras. Luego el silencio.

—Lo han matado —dijo uno de los hombres un rato después de la ráfaga. Njoroge se sintió asqueado de repente, asqueado de todo. Le resultaba dolorosamente inconcebible la idea de que no volvería a ver a Isaka, el sofisticado maestro al que ellos solían llamar *Uuu*, nunca más.

—¿Y tú no crees en nada?

—No. En nada. Salvo en la venganza.

—¿Ni siquiera en la restitución de las tierras?

—La tierra perdida puede que vuelva a nosotros. Pero he perdido a demasiados seres queridos como para que la tierra me importe en exceso. Sería una victoria fácil. —Boro estaba mostrándose más comunicativo allí sentado con su lugarteniente en una atalaya situada a escasas millas de su nueva guarida. La anterior guarida estaba situada en el bosque donde Isaka había sido ejecutado sumariamente para desaparecer para siempre. Aquella patrulla buscaba al grupo liderado por Boro.

Boro llevaba ya un tiempo considerable en el bosque. Su temeridad, pues poco le importaba lo que pudiera ocurrirle a él, lo había convertido en el líder de los otros Luchadores por la Libertad. Había empleado la flor de su juventud derramando sangre en la gran guerra. Era lo único que sabía hacer con eficiencia.

Boro siempre se había dicho a sí mismo que la verdadera razón de su huida al bosque había sido el deseo de luchar por la libertad. Pero su fervor no tardó en apacarse. Su misión se convirtió en una misión de venganza. Ahora esto era lo único que lograba infundirle arrojo y audacia. Si mataba a un único hombre blanco, se cobraba la venganza por un hermano asesinado.

—¿Y la libertad?

—Una ilusión. ¿Qué libertad existe para ti y para mí?

—¿Por qué luchamos, entonces?

—Para matar. Si no matas, te matan. Así que sigues matando y destruyendo. Es una ley de la naturaleza. El hombre blanco también lucha y mata con gas, bombas y de todo.

—Pero ¿no crees que está mal luchar y matar si no es por una gran causa como la nuestra?

—¿Y qué gran causa es la nuestra?

—Pues la libertad y la restitución de nuestra herencia perdida.

—Quizá haya algo de eso. Pero para mí la libertad carece de sentido si no puede devolverme a un hermano al que perdí. Y como no puede hacerlo, lo único que me queda es luchar, matar y celebrar la muerte de cualquiera que caiga bajo mi espada. Pero ya es suficiente. El jefe Jacobo debe morir.

—Sí. Lo has dicho muchas veces.

—Lo he dicho tantas veces —repitió Boro con un murmullo.

—Y lo vas demorando.

—Me pregunto por qué lo voy demorando. ¿Conoces esa sensación que a veces uno siente aquí dentro? Pero es inevitable. No ha hecho caso de

ninguna de las advertencias que le hemos enviado. Fíjate en el trato que les dio a muchos de los ocupantes ilegales a los que expulsaron del valle del Rift.

—Sí.

—Y Howlands también debe morir.

—Es un hombre peligroso.

—A Jacobo hay que matarlo cuando esté a solas. No queremos más muertes por el momento.

El lugarteniente no conseguía entender a Boro. Primero hablaba de matar y matar porque esa era la ley de la tierra, y acto seguido llamaba a la cautela.

—¿Quién lo hará?

—Yo lo haré.

—¡No! No podemos dejarte marchar. No podemos continuar sin ti.

—Si me atrapan, tú tomarás el mando. Te lo he enseñado todo.

—¡No, no! Uno de nosotros puede...

—Se trata de algo personal.

—Pero yo opino que deberíamos echarlo a suertes.

—Ya veremos.

Regresaron a su guarida.

—Njoroge va a pasar al instituto.

—¡Al instituto!

—Sí. Ha pasado el KAPE.

Ngotho estaba complacido. Y Nyokabi y Njeri estaban llenas de júbilo por la noticia. Por primera vez en muchos años brillaba en los ojos de Ngotho algo parecido a una luz trémula. Hasta pareció que hacía un esfuerzo por caminar erguido. Hete aquí por fin un hijo del que quizá pudiera llegar a enorgullecerse la familia. Hete aquí un hijo que quizá pudiera llegar a estar a la altura de los Howlands y de los Jacobos y de cualesquiera otros que lo despreciaban. También Kamau estaba complacido. Esperaba poder seguir ayudando a Njoroge. Quizá Njoroge llegase a poder hacer algo por la familia.

Njoroge estaba contento. Su primer impulso al enterarse de que había aprobado fue arrodillarse y dar las gracias a Dios por todo lo que había hecho por él. «Dame más y más conocimientos y haz de mí el instrumento de tu luz y tu paz». Pasar a la Escuela de Secundaria, el gran colegio de los misioneros de Siriana, no era un logro cualquiera.

Poco después se enteraría de que él era el único chico de la zona que asistiría al instituto. Mwihaki también había aprobado. Pero como no le había ido tan bien, ella solo asistiría a una escuela de magisterio situada a escasas millas de su internado. En un primer momento, Njoroge se sintió pletórico al ver que había superado a la hija de Jacobo, pero luego le apenó que ella no pudiese continuar.

La noticia de su logro saltó de cordillera en cordillera. A pesar de lo aciago de los tiempos, la gente conservaba todavía un sincero interés en la educación. Fueran cuales fueran sus diferencias, el interés por el conocimiento y lo que los libros podían enseñar constituía un punto de encuentro donde coincidían personas como Boro, Jacobo y Ngotho. De algún

modo, el pueblo kikuyu siempre había contemplado su liberación como inextricablemente unida al conocimiento. Cuando se acercó el momento de la partida de Njoroge, muchos contribuyeron con su dinero para que pudiese marcharse. Ya no era el hijo de Ngotho, sino el hijo de la tierra.

El último domingo se reunió con Mwihaki. Fueron juntos a la misma colina. Cohabitaron en Njoroge un sentimiento de orgullo y una sensación de dominio totalmente nuevos ahora que su camino parecía despejado. La tierra lo necesitaba y Dios le había abierto un claro para que pudiese regresar y salvar a su familia y a todo el territorio. Ya había pasado un año desde que él y Mwihaki habían estado en aquella misma colina. Mwihaki apenas había cambiado. Ahora se puso a masticar una brizna de hierba tras otra. No se sentó tan cerca de él como lo había hecho la primera vez. Hablaron de muchas cosas, pero ninguno mencionó lo que en ese momento ocupaba un lugar preeminente en sus corazones.

Entonces ella le preguntó:

—¿Cuándo te marcharás?

—A principios del mes que viene.

—Siriana es un buen colegio.

—¡Oh, sí!

—Cuando la gente se marcha, suele olvidar a los que deja atrás.

—¿Ah, sí?

Eso le dolió. Pero dijo:

—Sí. ¿Qué harás cuando acabes con toda tu formación? Estoy convencida de que serás un gran hombre.

—Pues la verdad es que no he hecho planes. Pero es probable que quiera ir a Makerere o a Gran Bretaña, como tu hermano.

—Mi hermano se marchó a América, no a Gran Bretaña.

—Bueno, qué importa —dijo él aproximándose a ella como si reparara en su presencia por primera vez. Ella tenía la mirada clavada en el suelo, donde intentaba dibujar algo en un montoncito de tierra, tierra de topo. Se preguntó por qué ella no le miraba. ¿Acaso estaba celosa?

—¿Y después de eso?

El semblante de él se tornó serio y algo distante. Volvía a estar inmerso en su visión.

—Nuestro país nos necesita y mucho.

—¿Crees que el país de verdad te necesita?

—Sí —dijo él bastante irritado. ¿Le estaba cuestionando?—. El país me necesita. Te necesita a ti. Y al resto. Debemos unirnos todos y reconstruir el país. Eso es lo que me dijo tu padre el día que estuve en tu casa. —Ahora es un país tan oscuro —susurró ella para sí.

—Mañana saldrá el sol —dijo él triunfalmente mientras la miraba como si fuese a decirle que él no perdería nunca la fe, sabiendo como lo hacía que Dios tenía un plan secreto.

—Siempre estás diciendo que si mañana esto, que si mañana lo otro. No paras de hablar *del país y del pueblo*. ¿Qué es el mañana? ¿Y qué son *el pueblo y el país* para ti? —De pronto había abandonado lo que estaba haciendo y lo miraba con ojos llameantes. Njoroge se percató y tuvo miedo. No quería enfadarla. Estaba dolido. La miró a ella y luego miró la llanura, la tierra que se extendía más y más allá hasta los montes lejanos envueltos en la niebla.

—No te enfades, Mwihaki. ¿Qué otra cosa podría decir ahora? Tú y yo solo podemos depositar nuestra fe en la esperanza. Párate a pensar solo un momento, Mwihaki, e imagina. Si supieras que todos los días de tu vida iban a ser como estos, con derramamientos de sangre a diario y hombres muriendo en el bosque, mientras otros gritan pidiendo clemencia un día tras otro; si supieras aunque solo fuera por un instante que esto se prolongaría para siempre, entonces la vida carecería de todo sentido a no ser que el derramamiento de sangre y la muerte tuvieran sentido. Seguro que esta oscuridad y este terror no durarán para siempre. Seguro que habrá un día soleado, un bonito y cálido día después de todo este sufrimiento, en el que podremos respirar la calidez y la pureza de Dios...

Ahora ella se recostó en silencio, con la cabeza muy cerca de él. Sus ojos se dilataron con un placer que le resultó cálido. Quería que el chico siguiera hablando, predicando esperanza. Ahora podía confiar en él. Podía ver ese día soleado del mañana y este podía hacer que olvidase los problemas del presente. Si todos y cada uno de los hombres lograban respirar la calidez y la pureza de Dios, entonces el odio y...

—¿Estás dormida?

—¡No, no! —respondió ella rápidamente.

—Se pone el sol. Deberíamos regresar a casa.

Se levantaron para irse. Cuando se despedían, ella le miró y dijo con firmeza:

—Te irá bien.

Njoroge sintió un peso en el corazón y por unos momentos se sintió avergonzado por haber pensado que Mwihaki estaba celosa. Dijo:

—Gracias, Mwihaki. Has sido como una verdadera hermana para mí.

Ella susurró:

—Gracias.

Lo observó marcharse y luego volvió la cabeza. Sacó su pañuelo y se restregó algo húmedo de las mejillas mientras corría hacia su casa más y más rápido.

La Escuela de Secundaria Siriana era un conocido centro de enseñanza. Siendo como era uno de los primeros colegios que abrieron en la colonia, había crecido mucho, gracias a los esfuerzos de sus fundadores misioneros principalmente.

Para Njoroge, ir allí era casi como ver sus sueños hechos realidad. Sería la primera vez que le impartieran clases hombres blancos. Y eso era lo que le confundía. A pesar de no haber estado nunca realmente en contacto con hombres blancos, si uno de ellos se hubiese cruzado en su camino y lo hubiese maltratado o hubiese intentado ponerlo en su sitio, Njoroge lo habría entendido. Incluso habría sabido cómo reaccionar. En cambio, no fue así cuando conoció a algunos de ellos capaces de sonreír y reír. No cuando conoció a algunos que se hicieron amigos suyos e intentaron ayudarle a progresar en su vida cristiana.

También allí coincidió con chicos de muchas tribus diferentes. Y Njoroge también habría comprendido que estos intentarían practicarle alguna magia peligrosa. Pero, a cambio, encontró unos chicos que eran iguales que él en todos los aspectos. Hizo amigos y trabajaba mano a mano con Nandi, Luo, Wakamba y Giriama. Eran chicos con temores y esperanzas, odios y afectos. Si se peleaba con cualquiera de ellos o llegaba a detestar a alguno, lo hacía tal y como lo habría hecho con cualquier otro chico de su poblado.

La escuela en sí era un remanso de paz en un país turbulento. Allí podía reunirse con Dios, no solo en el fresco refugio que ofrecía la capilla, donde pasaba muchas horas, sino también en el silencioso y sosegado espacio de la biblioteca. Por vez primera sintió que allí podría esquivar los ojos escrutadores de la miseria y la penuria que durante tanto tiempo lo habían escudriñado en su casa. Allí podría organizar sus pensamientos y elaborar un plan definitivo para su futuro. Estaba convencido de que con paciencia y

dedicación conseguiría llevar a efecto su deseo de adquirir conocimientos. Quizás el sol se levantaría pronto para anunciar un nuevo día.

La Escuela de Secundaria Siriana participaba en torneos deportivos interescolares a los que acudían algunos colegios para chicos asiáticos y europeos. La Escuela Hill era un colegio para niños europeos muy famoso.

La Escuela Hill envió un equipo de niños a Siriana para competir en fútbol. Eran las cuatro en punto. Junto con los once jugadores habían acudido otros como meros espectadores. Njoroge no jugaba al fútbol y casualmente entabló conversación con uno de los chicos visitantes que no participaba en el partido. No obstante, tan pronto se puso Njoroge a hablar con él, cayó en la cuenta de que tenía que haberlo visto antes en algún otro sitio. El chico era alto, con una larga mata de pelo castaño que el viento no cesaba de proyectar contra su cara. Tenía que estar moviendo la cabeza constantemente para que los mechones de pelo regresaran a su debido lugar.

—Me parece que ya te había visto antes —dijo Njoroge por fin mientras le enseñaba al chico el lugar.

—¿Ah, sí? —El chico miró a Njoroge a los ojos. Al principio, pareció desconcertado. Luego se le iluminó el rostro. Dijo—: Oh, ¿eres de Kipanga?

—Sí. Allí es donde te he visto antes.

—Ya me acuerdo. Tú eres el hijo de Ngotho que... —El chico se detuvo de repente—. Me llamo Stephen. Stephen Howlands.

—Yo soy Njoroge.

Siguieron caminando en silencio. Njoroge se dio cuenta de que Stephen no le daba miedo. Aquí en la escuela, Stephen era un chico. Njoroge nunca podría tenerle miedo a un chico.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Llegué a comienzos de año. ¿Y tú?

—Llevo dos años en la Escuela Hill.

—¿Y a qué colegio ibas antes de venir aquí?

—Estaba en Nairobi. ¿Y tú?

—Yo iba a la Escuela Intermedia Kamahou.

—¿Esa es la escuela a la que te dirigías cuando pasabas junto a nuestra casa?

—No. Esa era la Escuela Primaria Kamae y llegaba hasta Standard IV. ¿Me viste alguna vez?

—Sí. —Stephen recordaba muy bien la multitud de veces que se había ocultado en el seto cerca de su casa con el objeto de hablarle a Njoroge o a cualquiera de los otros niños. Aun así, en cuanto se acercaban le entraba el miedo.

—Nosotros no te vimos.

—Solía esconderme cerca del camino. Quería hablar con alguno de vosotros. —Stephen estaba perdiendo la timidez.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Tenía miedo.

—¿Miedo?

—Sí. Tenía miedo de que quizá no quisierais hablar conmigo o de que no necesitaseis mi compañía.

—¿De verdad estabas tan asustado?

—Bueno, no tanto. —No quería que lo compadeciesen.

—Siento haber salido corriendo cuando te vi. Yo también tenía miedo.

—¿Miedo? —Esta vez fue Stephen el sorprendido.

—Sí. Te tenía demasiado miedo.

—Pero ¿por qué? No quería hacerte nada malo.

—Y aun así te lo tenía. ¿Cómo iba yo a saber lo que pretendías?

—Qué extraño.

—Sí. Es extraño. Es extraño cómo le tienes miedo a algo porque tu corazón ya está preparado a tener miedo porque quizá te hayan criado para tener miedo de esa cosa, o simplemente porque has visto ese miedo en otros... A mí me pasa. Cuando mis hermanos iban a Nairobi y recorrían sus calles, volvían a casa diciendo que no les gustaba cómo les miraban los europeos.

—Supongo que sucede lo mismo en todas partes. Yo he escuchado a muchos amigos decir que no les gustaba cómo los africanos los miraban. Y cuando caminas por Nairobi o por el campo, por mucho que el cielo esté despejado y que brille el sol, no eres libre de disfrutar de la simpatía del cielo porque notas la presencia de una tensión eléctrica en el aire... No la puedes tocar, no la puedes ver... pero sabes que está ahí en todo momento.

—Sí. Hasta que a veces te enloquece. Te da miedo, y si intentas huir de ella, sabes que es inútil, porque allá donde vayas, llega antes que tú.

—Es horrible.

—Es horrible —asintió Njoroge. Se sentían próximos, unidos por una experiencia común de inseguridad y de miedo de la que nadie podía escapar.

—Sí, el campo es tan fresco y tan absorbente...

—Es una tierra de sol y lluvia y viento, de montañas y valles y llanuras. Oh... pero el sol...

—Tan oscura ahora.

—Sí... tan oscura, pero todo se arreglará.

Njoroge seguía creyendo en el futuro. La esperanza de días mejores era el único consuelo que podía ofrecerle a un niño sollozante. No sabía que esta fe en el futuro pudiese ser una forma de escape de la realidad del presente.

Los dos se habían alejado del gentío y se habían detenido al pie de una acacia negra.

—Pronto estaré lejos de casa.

—¿Y adónde irás?

—A Inglaterra.

—Pero ¿no es ese tu hogar?

—No. Qué va. Yo nací aquí y nunca he estado en Inglaterra. Ni siquiera quiero ir allí.

—¿Y tienes que ir?

—Sí. Padre no quería, pero mi madre quería que nos marchásemos.

—¿Y cuándo te irás?

—El mes que viene.

—¿Y volverás, espero?

Una oleada de compasión hacia aquel joven que debía hacer lo que no deseaba invadió a Njoroge. Al menos él, Njoroge, experimentaría el auge y la caída junto con su país. No tenía otro sitio adonde ir.

—Yo quiero volver.

—¿Se va tu padre con vosotros?

—No. Él se quedará aquí. Pero... pero... a veces tiene uno la sensación de que se separa de alguien para siempre... Así es como me siento y eso es lo que hace que sea tan horrible.

Una vez más se hizo el silencio entre ambos. Njoroge escogió cambiar de tema.

—Han cambiado de campo.

—Vamos a animarles.

De regreso al campo de fútbol, la timidez volvió a instalarse entre ambos. Siguieron direcciones opuestas como si les diera miedo volver a entrar en contacto.

Mwihaki escribía con frecuencia. Njoroge recordaba la primera carta que le escribió justo antes de marcharse a la Escuela de Magisterio.

Querido Njoroge,

No sabes cuánto te echo de menos. Y es que los últimos días no he hecho otra cosa que pensar en ti. Saber que estás tan lejos de mí hace que esos pensamientos sean muy dolorosos. Pero sé lo que haces allí. Sé que te irá bien porque tienes determinación. Confío en ti.

Me marchó a la Escuela de Magisterio la semana que viene. Vivir aquí ha sido un infierno para mí. Padre ha cambiado mucho. Es como si tuviera miedo de algo. Cada día se producen nuevos arrestos y aparecen casas quemadas por el Mau Mau. Ayer me encontré con unas personas a las que estaban golpeando y que lloraban, no sabes cómo de horriblemente, suplicando piedad. No sé qué está pasando. Miedo en el aire. Pero no miedo a la muerte... es miedo a vivir.

Me siento atrapada y si esto sigue así creo que acabaré volviéndome loca... Te cuento todo esto para demostrarte lo mucho que me alegra la perspectiva de escapar de todo esto...

Njoroge se preguntaba qué cambios se encontraría en casa llegado el fin de curso. ¿De verdad quería regresar a casa? Si lo hacía, la miseria devoraría su serenidad. No quería regresar. Pensó que el regreso a casa sería más provechoso si permanecía aquí hasta haberse provisto de conocimientos.

Era una fría mañana de lunes. Njoroge había dejado atrás los dos primeros trimestres y se encontraba realizando el tercero. Este pronto llegaría a su fin. Njoroge se levantó como de costumbre, rezó sus oraciones y se preparó para el desfile matutino. Era una mañana muy agradable a pesar del frío. Después de que pasasen revista, se dirigió a la capilla para comulgar con Dios, y de ahí acudió al comedor para el desayuno; esa era su rutina de cada mañana. Dio cuenta de su desayuno a toda prisa porque todavía no había acabado los deberes de la noche anterior.

La primera clase era Inglés. Njoroge adoraba la literatura inglesa.

—Vaya, pareces muy contento hoy —le dijo un chico tomándole el pelo.

—Pero si yo siempre estoy contento —respondió él.

—No cuando hacemos matemáticas —interpuso otro chico.

Se rieron. La risa de Njoroge resonó por toda la clase. El primero que le había hablado dijo:

—Mirad, mirad cómo se ríe. Está contento porque estamos en clase de Inglés.

—¿Es que quieres que me eche a llorar? —preguntó Njoroge. Se sentía boyante.

—No. Lo que pasa es que mi madre siempre me dice que un hombre no debería estar demasiado contento por la mañana. Que es de mal agüero.

—No seas supersticioso.

Pero a Njoroge no le gustó aquel comentario. La última semana se había visto asaltado por malos sueños. Los sueños le habían afectado tanto que se había sentido incapaz de escribirle a Mwihi. Esta noche, no obstante, le escribiría. Quería contarle que Stephen había regresado a Inglaterra con su madre y que su hermana los había acompañado. Ella volvería, no obstante, para continuar con su labor misionera. Tras aquel primer encuentro con

Stephen, le había escrito a Mwihaki contándole la impresión que este le había causado. «Parecía estar solo y triste», concluyó entonces.

En el aula todo eran gritos. Entonces un chico susurró: «El maestro. ¡Chitón!». Se hizo el silencio. Entró el maestro. Siempre era puntual. A Njoroge le sorprendía a menudo la aparente devoción que aquellos misioneros sentían por su trabajo. Cualquiera hubiese dicho que la enseñanza era para ellos una cuestión de vida o muerte. Y aun así eran hombres blancos. Nunca hablaban del color de la piel; nunca denostaban a los africanos; y podían trabajar codo con codo, bromear y reírse con sus colegas negros, que procedían de distintas tribus. Njoroge deseaba en ocasiones que las cosas en todo el país fueran como allí. Aquello era un poco como el paraíso, un paraíso donde niños de todas las condiciones y de diferentes fes religiosas podían trabajar juntos sin trabas.

Muchos pensaban que la armonía en la escuela se debía a que el director era un hombre extraño que se mostraba severo con todos, ya fueran negros o blancos. Si no perdía tiempo en alabar las bondades, tampoco perdía ni un segundo en reprimir lo que consideraba malo. Intentaba sacar las buenas cualidades de todos, haciendo que trabajasen por el buen nombre de la escuela. Pero él creía que lo mejor, que la excelencia, solo podía provenir del hombre blanco. Educaba a sus muchachos para que imitasen y celebrasen la civilización del hombre blanco como la única esperanza para la humanidad y, especialmente, para las razas negras. Se mostraba automáticamente contrario a todos los políticos negros que de una u otra forma sembraban el descontento entre el pueblo para con el gobierno y la misión civilizadora del hombre blanco.

Njoroge estaba respondiendo a una pregunta cuando el director se plantó en la puerta. El maestro salió para ver qué quería el director. Cuando regresó, miró a Njoroge y le dijo que le esperaban fuera.

Sintió cómo se disparaban los latidos de su corazón. No sabía qué podría querer decirle el director. Había un coche negro aparcado delante de la oficina. Pero Njoroge tuvo que entrar en la oficina y ver a dos oficiales de policía para darse cuenta de que el coche de afuera tenía algo que ver con él. El corazón de Njoroge se desbocó de miedo.

El director les dijo algo a los dos oficiales y estos se retiraron inmediatamente.

—Siéntate, hijo mío. —Njoroge, a quien las rodillas ya habían empezado a fallarle, se hundió en la silla agradecido. El director lo miró con ojos

piadosos. Prosiguió—: Siento haber recibido estas noticias sobre tu familia.

Njoroge escrutaba el rostro y los labios del misionero. No mudó de expresión, pero Njoroge le escuchaba apretando los dientes.

—Te requieren en casa. Es un asunto triste... pero sea lo que sea lo que tu familia te haya podido obligar a hacer o a aceptar en el pasado, recuerda que Cristo está ahí a tu puerta, llamando, aguardando a que le dejen pasar. Ese es el camino que hemos intentado hacerte seguir. Esperamos que no nos defraudes. —El director hablaba como si fuera a romper a llorar.

Pero cuando Njoroge se dirigió hacia el coche, se dio cuenta de que el director no le había proporcionado ni una sola pista sobre lo que su familia había hecho. Sus palabras de consuelo solo habían conseguido acentuar el tormento de Njoroge.

Nunca olvidaría su experiencia en el cuartel. A aquel cuartel de la milicia en particular se lo conocía popularmente como la Casa del Dolor. El día siguiente a su llegada le hicieron pasar a un pequeño cuartucho. Dos oficiales europeos estaban allí presentes. Uno lucía una barba pelirroja.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la barba pelirroja, mientras los ojos grises lo miraban con ferocidad.

—Njo-ro-ge.

—¿Cuántos años tienes?

—Creo que diecinueve o así.

—*Sema affande!* —gritó uno de los milicianos apostados en el exterior del cuartucho.

—*Affande.*

—¿Has tomado el Juramento?

—¡No!

—*Sema affende!* —ladró el mismo miliciano.

—No. *Affendi.*

—¿Cuántos has tomado?

—¡He dicho que ninguno, *affendi!*

El golpe fue rápido. Lo cegó de tal forma que veía oscuridad. No había visto levantarse a los ojos grises.

—¿Has tomado el Juramento?

—Soy-un-estudiante-*affendi* —dijo llevándose las manos a la cara automáticamente.

—¿Cuántos Juramentos has tomado?

—Ninguno, señor.

Otro golpe. Las lágrimas rodaron por sus mejillas a su pesar. Recordó la serenidad de su escuela. Aquel era un paraíso perdido.

—¿Conoces a Boro?

—Es mi... hermano...

—¿Dónde está?

—No... lo... sé...

Njoroge yacía sobre el suelo polvoriento. El rostro de los ojos grises se había vuelto encarnado. No habló en ningún momento salvo para llamarle miserable Mau Mau. Segundos después, los dos milicianos apostados a la puerta sacaban a Njoroge del cuartucho. Estaba inconsciente. Cubierto de sangre allí donde los zapatos con tachuelas de los ojos grises habían hecho su trabajo.

Se despertó de su desvanecimiento ya entrada la noche. Oyó a una mujer que gritaba en una choza situada no muy lejos de aquella en la que yacía él. ¿Sería Njeri? ¿O Nyokabi? Sintió un escalofrío de solo pensarlo. Anhelaba verlos a todos una última vez antes de morir. Porque pensaba que ese era el fin. Quizá la muerte no fuese mala después de todo. Te sumía en un largo sueño del que nunca despertabas para enfrentar los temores subsistentes, las esperanzas agonizantes, las visiones perdidas.

No habían acabado con él. Estaba en el cuartucho al día siguiente. ¿Qué haría si volvían a hacerle las mismas preguntas? ¿Mentir? ¿Le dejarían tranquilo si respondía sí a cada pregunta? Lo dudaba. Tenía todo el cuerpo hinchado. Pero lo peor de todo era que seguía sumido en la oscuridad con respecto a todo aquel asunto.

—¿Tú eres Njoroge?

—Sííí.

—¿Has tomado el Juramento? —Todos los ojos se clavaron en él. Njoroge vaciló un instante. Reparó en que el señor Howlands también estaba presente. Los ojos grises aprovecharon aquel instante de vacilación y dijeron:

—Venga, cuéntenos la verdad. Si nos cuentas la verdad, te dejaremos marchar.

El dolor de su cuerpo afloró y le pidió que dijera *Sí*. Pero él dijo *No* instintivamente, reculando unos pasos hacia la puerta. Nadie lo tocó.

—¿Quién asesinó a Jacobo? —preguntó el señor Howlands por primera vez. Njoroge sintió su cuerpo sacudirse por unos instantes. Creyó que iba a vomitar.

Los hombres blancos no apartaban los ojos de él.

—Sí. Asesinado.

—¿Por quién?

—Dínoslo tú.

—¿Yo, señor? Pero...

—Sí. Dínoslo tú.

El señor Howlands se levantó y se acercó a Njoroge. Mirarlo daba pavor. Dijo:

—Yo te enseñaré.

Agarró a Njoroge de sus partes pudendas con unas tenazas y empezó a apretar poco a poco.

—Te castraremos igual que a tu padre.

Njoroge gritó.

—Habla. ¿Quién fue de verdad el que te envió a casa de Jacobo a recoger información sobre...?

Njoroge no podía oír: tan insoportable era el dolor. Y aun así el hombre estaba hablando. Y siempre que hacía una pregunta, apretaba más fuerte.

—¿Sabes qué? Tu padre dice que él asesinó a Jacobo.

Él seguía gritando. El señor Howlands lo miraba. Entonces vio al chico alzar los ojos y los brazos como si suplicase antes de perder el conocimiento y derrumbarse sobre el suelo. El señor Howlands bajó la mirada hacia el chico, miró a los oficiales y salió. La barba pelirroja y los ojos grises rieron con sorna.

A Njoroge no volvieron a tocarlo, y cuando se hubo recuperado unos días después, él y sus dos madres fueron liberados.

La choza en la que lo habían metido estaba oscura. Ngotho no podía distinguir el día de la noche. Para él, la oscuridad y la luz eran una misma cosa y el tiempo una sucesión de nada. Intentaba dormir de lado, pero solo sus nalgas estaban ilesas. Así que día tras día permanecía sentado en la misma postura. Pero el sueño no comparecía para aliviarle. Deseaba olvidar su vida. Porque a su espalda, solo tenía conciencia del fracaso.

La certeza de que les había fallado a sus hijos siempre lo había perseguido como una sombra. Incluso antes de que esta calamidad se abatiera sobre él, la vida se le había convertido en un sinsentido, divorciado como se había visto de cuanto valoraba.

A pesar de su dolor, no obstante, nunca lamentó la muerte de Jacobo. Es más, inmediatamente después de la muerte de Jacobo, Ngotho se sintió

agradecido. Se trataba de un acto de justicia divina. Durante un día o dos caminó erguido, aunque solo hasta que se enteró de que su hijo Kamau permanecía arrestado en relación con el asesinato. Pasó día y medio preso de la indecisión. Pero llegada la noche supo lo que tenía que hacer. Los kikuyu dicen: «No le daremos a la hiena el doble». Ahora bien, como el hombre blanco había revertido la ley tribal y gritaba «Diente por diente», lo mejor para Ngotho era ofrecer ese viejo diente suyo que no había conseguido hincarse profundamente en nada. Pero Ngotho nunca llegaría a explicarse de dónde sacó el valor para entrar en la oficina del oficial del distrito y admitir que él había matado a Jacobo. Aquella confesión impactó a todo el poblado.

Y Ngotho llevaba ya días siendo sometido a toda clase de torturas, y aun así se negaba a contar nada aparte del hecho de que él había matado a Jacobo.

El señor Howlands, como era práctica habitual entre los agentes del gobierno y los hombres blancos, se había tomado la ley por su mano. Estaba decidido a sacarle toda la información a aquel hombre. De modo que hizo que golpearan a Ngotho día tras día. Y es que el señor Howlands estaba decidido a conquistar y someter a Ngotho.

Ahora, Ngotho, que había trabajado para él y frustrado sus propósitos, no se le iba a escapar. Porque Ngotho se había convertido en un símbolo de maldad que ahora le impedía avanzar.

Y es cierto que Ngotho le hacía perder la cabeza. Hasta los milicianos que trabajaban con él temían estar presentes cuando el OD intentaba sacarle información a aquel hombre.

Pero Ngotho se había aferrado a su historia.

Njoroge siempre había sido un soñador, un visionario que, enfrentado a las dificultades del momento, se consolaba transportándose a un día mejor que estaba por llegar. Antes de empezar la escuela lo habían enviado en una ocasión a ayudar a su tío lejano a cuidar el ganado. El ganado le hizo pasar más de un apuro. Pero en lugar de echarse a llorar como otros niños, él se sentó en un árbol y deseó estar en la escuela. Porque eso le libraría para siempre de pasar semejantes apuros. Y así pasó una hora entera imaginándose a sí mismo como un chico mayor que acudía a la escuela. Mientras tanto, el ganado se había comido buena parte de un *shamba* y su tío tuvo que enviarlo de vuelta a casa inmediatamente.

Pero los recuerdos de estas experiencias afloraban ahora en la mente de Njoroge como descargas eléctricas que le mostraban un mundo muy distinto

de aquel en que él había creído estar viviendo. Porque estos problemas parecían no tener final, no tener cura. Al principio, estos habían ejercido sobre él un efecto anestésico, de tal forma que no parecía que pudiera sentir nada. Lo único que sabía era que su padre y su ahora único hermano estaban en un aprieto y que él ya no estaba en la escuela.

Pero ni siquiera con la mente ya despejada pudo evitar que el viejo temor reapareciese y lo rondara como un fantasma. Su familia estaba a punto de descomponerse y él era incapaz de impedir la caída. Así que se negó a contemplar la posibilidad de que su padre pudiese haber cometido el asesinato. Ni siquiera habló de ello con Nyokabi o Njeri. Y ellas quizá le comprendían, porque nunca intentaron obligarle a hacerlo. Solo una noche, cuando todas las hogueras se habían apagado y las voces del poblado se habían extinguido, intentó su madre hablar con él.

—Njoroge. —La voz no sonó como la suya.

—Sí, madre. —Tuvo miedo de las palabras que pronunciaría a continuación y contuvo la respiración. Pero ella fue incapaz de proseguir. Njoroge pudo escuchar cómo sorbía constantemente por la nariz, como si Nyokabi intentara sin éxito reprimir el llanto. Exhaló. Sintió un doloroso alivio.

Pero no siempre conseguía contener sus pensamientos. Se le venía a la memoria la imagen del jefe asesinado tal y como lo había visto en su casa. Para él, todos y todo tenían estampada una imagen del jefe. Y esa imagen no era otra cosa que una representación de aquel que le había arrebatado la victoria cuando por fin se abrió la puerta del éxito.

Solo en una ocasión pensó en Mwihaki. Sucedió la misma noche que su madre intentó decirle algo. Pero pensó en ella de manera culpable. Tuvo la sensación de que había sido precisamente su relación con ella la que de una u otra forma había desencadenado toda aquella mala fortuna. Quiso gritarle a su madre a través de la oscuridad: *He sido yo quien ha desatado todo esto sobre vosotros*. Se odió a sí mismo sin saber por qué y luego sintió un odio todavía más profundo hacia el jefe.

Este sentimiento se volvió con el tiempo tan opresivo que una noche se marchó de casa. Era una noche serena y todo el mundo se había ido a dormir. Njoroge se preguntaría durante mucho tiempo de dónde sacó el valor para hacerlo. Anduvo hacia la vieja casa del jefe, con los puños apretados como dispuesto a pelear. El fantasma del jefe estaba allí para guiarle. Y él le siguió porque quería poner fin a aquella opresión. Se vengaría del jefe en persona y

descargaría un golpe en favor de su familia. Pero al aproximarse a la casa desierta, el fantasma adoptó la forma de Mwihaki. Intentó golpearla, pero enseguida se dio cuenta de que lo que deseaba era abrazarla y huir juntos de la calamidad reinante. Ella era su última esperanza. Y entonces Njoroge se despertó de lo que creyó había sido un sueño aterrador. Oyó el ruido de unos pasos detrás del seto que rodeaba la casa. Había olvidado que aquel lugar desierto seguía vigilado.

Sin hacer ruido, desanduvo el camino. Por la mañana no quiso mirar a su madre a la cara, porque, incluso para él, la realidad de su situación era aterradora.

Ese día, por vez primera, lloró de miedo y de culpa. Y no rezó.

Nyokabi y Njeri estaban sentadas en un rincón. Njoroge podía ver las lágrimas corriéndoles por las mejillas. Aquello le deprimió, porque de niño le habían dicho que si una mujer lloraba cuando un hombre estaba enfermo era señal de que el paciente no tenía esperanza. Pero ni siquiera al contemplar el rostro desencajado de su padre tuvo Njoroge fuerzas para detener o consolar el llanto de las mujeres. Era la primera vez que Njoroge enfrentaba cara a cara un problema para el que el «mañana» no era la respuesta. Tomar conciencia de ello fue lo que le hizo sentirse débil y ver la Emergencia bajo otra luz.

Ngotho se puso de costado con esfuerzo y por primera vez abrió los ojos. Nyokabi y Njeri se aproximaron rápidamente a la cama. Los ojos de Ngotho vagaron por la estancia. Se posaron sobre cada una de las mujeres, en Njeri primero. Abrió la boca como si fuera a hablar. En cambio una lágrima le recorrió la cara. Quiso enjugársela. Pero, como no podía levantar la mano, dejó que la lágrima siguiera libremente su camino. A esta le siguieron dos más, y Ngotho volvió la vista y posó sus ojos en Njoroge. Pareció que rebuscaba en su memoria. Entonces hizo un esfuerzo para hablar.

—Estás aquí...

—Sí, padre.

Esto hizo renacer la esperanza en Njoroge. Sintió una fría sensación de seguridad cuando vio que su padre seguía al mando.

Eran las primeras palabras que pronunciaba Ngotho desde que lo trasladaran a casa desde el cuartel de la milicia, cuatro días antes. Njoroge recordaría aquel día durante mucho tiempo. Dos hombres habían tenido que colocarse a los costados de Ngotho para sostenerlo de pie. Tenía la cara deformada por pequeñas heridas y cicatrices. Tenía la nariz partida en dos y

solo podía arrastrar las piernas. Hacía ya cuatro días que su boca y sus ojos permanecían cerrados.

—Has venido de la escuela...

—Sí, padre.

—Para verme...

—Sí —mintió.

—¿Fue allí donde te pegaron?

—No, padre.

—Entonces... has venido... a reírte de mí. A reírte de tu propio padre. Ya me marchó, no te preocupes.

—No digas eso, padre. Te lo debemos todo. Oh, padre, ¿qué haríamos sin ti? —Njoroge se mordió el labio.

Ngotho siguió hablando:

—¿Tus hermanos están todos lejos?

—Volverán, padre.

—¡Ja! Cuando muera. Para enterrarme. ¿Dónde está Kamau?

Njoroge vaciló. Ngotho continuó:

—Quizá lo maten. ¿No se lo llevaron al cuartel de la milicia? Pero ¿por qué...? No quieren la sangre de un viejo. Ahora bien, no preguntes. ¿Maté yo a Jacobo? ¿Le disparé yo? No lo sé. Un hombre no sabe cuándo mata. Yo ya le juzgué hace tiempo y lo ejecuté. ¡Ja! Que vuelva. Que se atreva a... Oh, sí, lo sé... ¡Oh! Quieren... la... sangre... joven. Mira ahí, mira... Ah, se han llevado a Mwangi... ¿Acaso no era él joven?

Ngotho siguió divagando. Y durante todo ese tiempo mantuvo los ojos clavados en Njoroge.

—Me alegro de que estés adquiriendo conocimientos. Hazte con todos. No se atreverán a tocarte. Aun así desearía que todos mis hijos estuvieran aquí... Mi intención era... ¡ja, ja, ja!... hacer algo. ¡Ja! ¿Qué pasa? ¿Quién llama a la puerta? Ya sé. Es el señor Howlands. Quiere arrancarme el corazón...

La risa de Ngotho era fría. Dejaba algo tirante y tenso en el aire. Para entonces la oscuridad había penetrado en la choza. Nyokabi encendió el farol como queriendo combatirla. Sombras grotescas se mofaban de ella mientras recorrían fugaces las paredes. ¿Qué era la vida de un hombre si este podía verse reducido a esto? Y Njoroge pensó: ¿Podía ser este el padre que él había adorado y temido en secreto? A Njoroge todo le daba vueltas. El mundo se había puesto del revés. Ngotho hablaba. A excepción de su risa, sus palabras eran sorprendentemente claras.

—Boro se marchó. Me descubrió: un padre inútil. Pero yo siempre supe que ellos lo cambiarían. No me conocía cuando regresó... Verás...

Njoroge volvió la cabeza. Se percató de otra presencia en la estancia. Boro estaba plantado en la puerta. Njoroge le había visto entrar. Llevaba el pelo largo y descuidado. Njoroge reculó instintivamente ante él. Boro se acercó, inseguro, como si quisiera apartarse de la luz. Las mujeres permanecieron ancladas en sus sitios. Observaron a Boro arrodillarse junto a la cama donde yacía Ngotho. Y al instante, mucho antes de que Boro empezase a hablar, Njoroge supo la verdad. No pudo hacer otra cosa que contener la respiración.

Ngotho no consiguió reconocer a Boro en un primer momento. Pareció que vacilaba. Entonces sus ojos parecieron recobrar vida de nuevo.

—Perdóname, padre... No sabía... Oh, pensé... —Boro volvió la cara.

Las palabras brotaron neutras, titubeantes.

—No pasa nada. ¡Ja, ja, ja! También tú has vuelto... ¿para reírte de mí? ¿Serías capaz de reírte de tu padre? No. ¡Ja! Yo solo quería lo mejor para todos vosotros. No quería que te marcharas...

—Tenía que luchar.

—Ah, eso... Bueno... No vuelvas a marcharte nunca más.

—No puedo quedarme. No puedo —gritó Boro con la voz hueca.

Un cambio se operó en Ngotho. Por un momento recobró el aspecto del hombre que fuera, firme, al mando: el núcleo de su hogar.

—Debes hacerlo.

—No, padre. Tan solo perdóname.

Ngotho se incorporó a duras penas y se quedó sentado sobre la cama. Levantó la mano con esfuerzo y la depositó sobre la cabeza de Boro. Boro parecía un niño.

—Está bien. Lucha con valor. Levanta tus ojos a Murungu y Ruriri. Que la paz sea con todos vosotros... ¡Ja! ¿Qué? Njoroge mira... mira a... tu... mad...

Sus ojos todavía brillaban cuando volvió a derrumbarse sobre la cama. Por un momento reinó el silencio en la choza. Entonces Boro se puso en pie y susurró: «Tendría que haber venido antes...».

Salió corriendo, alejándose de la luz e internándose en la noche. Y fue solo entonces, al tornar los ojos hacia Ngotho, cuando supieron que él tampoco regresaría jamás. Nadie lloró.

La única carretera que atravesaba el territorio pasaba cerca de las tiendas indias. Un puñado de voces humanas se entremezclaba con el bocinazo ocasional de un camión o de un coche de paso. Las mujeres acudían a las tiendas, le veían e interrumpían su conversación de repente.

—Quiero ese vestido.

—Y ese tan brillante.

—¿Es que no estás vendiendo?

Hablaban todas a la vez, gritando por encima del mostrador como si le hablaran a alguien que estaba muy lejos, alguien que ya nunca regresaría. Una mujer le susurró a su vecina:

—¡No trates así al muchacho! Ya sabes por lo que ha tenido que pasar...

Pero su compañera gritó aún más fuerte.

—¿Es que no me oyes?

Njoroge salió de su ensoñación. La voz cargada de hastío. Los ojos apagados. Arrastró los pies hasta un rincón y regresó con el vestido que querían las mujeres. No quería mirarlas a la cara porque pensó que podrían ver los sueños de su infancia y reírse de él. El indio estaba sentado en su rincón mascando habichuelas o cacahuets. Njoroge no podía soportar el chiquichaque... *Ay, ojalá parase.*

—¿A cuánto?

—A tres la yarda.

—Te doy dos.

Odiaba que lo hostigasen de aquella manera. Había perdido la voluntad de luchar hasta en un regateo, y estaba harto de ese juego. La vida también parecía una gran mentira en la que la gente regateaba con fuerzas que uno no podía ver.

—Ese es el precio.

—¡No mientas! —gritó la misma mujer con genuina indignación—. ¿Por qué nos tratas como si fueras un indio?

Njoroge se estremeció ante aquel ataque. Mientras las miraba marcharse, gruñó en su interior. Le habían hecho trabajar para el indio llevados por la necesidad. El indio abandonó su rincón y llamó a las mujeres para que volvieran. En un abrir y cerrar de ojos les vendió otro vestido de la misma calidad por cuatro chelines la yarda. Njoroge ni se movió.

Cuando por fin se marcharon las mujeres, dos de ellas se detuvieron un instante y se giraron para mirarle como con condescendencia. Njoroge quiso esconderse. Porque sabía que todos —aquellos a los que un día pensó que vendría a salvar— seguirían hablando sobre él y su familia.

Cinco meses y la gente seguía hablando de aquello. Era como si la muerte del señor Howlands la misma noche que murió Ngotho fuera más importante que todas las muertes de aquellos que se habían marchado antes. Pero este caso era más impactante, porque en él se había visto envuelta una familia entera. Boro y Kamau se enfrentaban a sendas acusaciones de asesinato.

Todo había sucedido el día que Ngotho murió. El señor Howlands estaba en su salón, completamente a solas. De tanto en tanto miraba al techo y luego tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Una botella de cerveza descansaba vacía en un rincón con un vaso medio lleno delante. En un gesto desafiante, el señor Howlands había regresado a su hogar y se resistía a abandonar su granja moribunda. No podría abandonarla jamás. Porque la granja era la mujer a la que había cortejado y conquistado. Tenía que echarle un ojo no fuese que alguien se la arrebataste.

Esa noche estaba furioso. No entendía qué le pasaba desde que había percibido aquello en los ojos del hijo de Ngotho. Se recordó de niño, aquel día de hacía tanto tiempo atrás cuando se había sentado fuera de la casa de sus padres y había soñado con un mundo que le necesitaba, aunque solo para verse enfrentado cara a cara con la dura realidad de la vida en la Primera Guerra Mundial... Ahora el señor Howlands podía recordar bebiendo para solo así poder olvidar. Se puso a maldecir groseramente.

Y este Ngotho. Le había dejado regresar a casa más muerto que vivo. Pero aun así le había dejado ir. El señor Howlands no había obtenido la satisfacción que esperaba. Lo único que le había quedado era odio. Lo que le había impulsado a liberar a Ngotho era un cuaderno que habían descubierto detrás de la letrina donde supuestamente habían disparado a Jacobo. El

cuaderno llevaba el nombre de Boro. Al principio, el señor Howlands no había conseguido entenderlo. Pero gradualmente cayó en la cuenta de que Ngotho había estado mintiendo para proteger a Boro. Pero ¿no estaba Boro en el bosque? Poco a poco dio con la verdad. Ngotho también había pensado que era Kamau el que estaba detrás del asesinato. Había asumido la culpa para salvar a su hijo. El odio que sintió entonces el señor Howlands hacia Ngotho fue tan profundo que se había pasado tiritando toda la noche. Había bebido, ansioso por emprenderla contra Ngotho, pero por la mañana se dio cuenta de que no podía hacer lo que había contemplado.

Miró hacia la puerta. Aguardaba la llegada de varios policías y milicianos con los que salía a patrullar por las noches. Finalmente se levantó y empezó a andar de un lado a otro de la estancia. No sabía por qué ahora echaba de menos a su esposa. Se preguntó si no debería ir a buscar a la mujer negra de la que se había servido la noche anterior. Había descubierto que las mujeres negras podían constituir un buen alivio.

Las patrullas nocturnas siempre habían sido especialmente gozosas para el señor Howlands. Le transmitían una sensación de poderío y pujanza.

La puerta se abrió. El señor Howlands no había pasado el cerrojo. Consultó su reloj y luego se dio la vuelta. Una pistola le apuntaba a la cabeza.

—Si te mueves estás muerto.

El señor Howlands parecía un animal enjaulado.

—Levanta las manos.

Él obedeció. ¿A dónde había ido a parar su habitual cautela? Había permitido que un momento de reflexión lo desarmase.

—Yo maté a Jacobo.

—Lo sé.

—Traicionó al pueblo negro. Los dos juntos matasteis a muchos hijos de la tierra. Violasteis a nuestras mujeres. Y finalmente, has matado a mi padre. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

La voz de Boro era neutra. Sin rastro de odio, ira o triunfo. Sin compasión.

—Nada.

—Nada. Ahora dices que nada. Pero cuando nos arrebataste nuestras tierras ancestrales...

—Esta es mi tierra. —El señor Howlands dijo esto como quien dice, «Esta es mi mujer».

—¡*Tu* tierra! Entonces tú, perro blanco, morirás en tu tierra.

El señor Howlands pensó que se había vuelto loco. El miedo se apoderó de él e intentó aferrarse a la vida con todas sus fuerzas. Pero antes de que pudiera alcanzar a Boro, escuchó una detonación. Boro había adquirido una excelente puntería durante la Segunda Guerra Mundial. El tronco del hombre blanco se mantuvo erguido y desafiante durante unos segundos. Luego se desplomó.

Boro salió corriendo. No sentía nada; tampoco triunfo. Había cumplido con su deber. Afuera, disparó a la desesperada contra los milicianos policías que le cortaban el camino. Pero al final se dio por vencido. Entonces, por primera vez, se sintió exultante.

—Está muerto —les dijo.

La tienda se llenó de niños. Venían de la escuela. Njoroge observó sus caras optimistas. También él había sido así en otro tiempo, cuando veía el mundo como un lugar donde un hombre con conocimientos alcanzaría el poder y la gloria. Por aquel entonces no habría pensado jamás que llegaría a trabajar para un indio. Y de pronto se vio a sí mismo como un anciano, un anciano de veinte años.

A los niños les asustó su mirada perdida. Se escabulleron antes de que él se pudiese recomponer y hacer algo. El indio abandonó su rincón.

—¡Estás despedido! —gritó.

Njoroge llevaba trabajando menos de un mes. En casa necesitaban dinero desesperadamente.

—Está bien —dijo mientras salía a la carretera con paso cansino y se preguntaba cómo les daría la noticia a Njeri y a Nyokabi. Y al instante deseó ser un niño y que Mwhaki estuviese junto a él para poder desahogarse con ella revelándole todos sus problemas. Y supo que tenía que verla.

Sábado. Mwihaki estaba sentada fuera de su nuevo hogar en el cuartel de la milicia. La expresión de su rostro era tensa. Se levantó y se dirigió a la parte de atrás de la casa. Sacó la pequeña nota y volvió a leer. El llamamiento era urgente, de eso no había duda. Pero ahora que había aceptado reunirse con él se sentía indecisa y culpable. Se preguntó qué sería lo que él tanto ansiaba contarle. Se había prometido a sí misma que no volvería a reunirse jamás con Njoroge cuando se enteró del doloroso asesinato de su padre. Porque se había sentido traicionada por Njoroge. Si lo que su madre le había contado era cierto, nunca volvería a tener nada que ver con el chico.

Supo de la muerte de su padre en la escuela. La directora fue la encargada de darle la noticia. Durante unos breves instantes no podía creer que lo que la maestra le estaba contando pudiese tener nada que ver con su padre. Ni siquiera cuando supo con toda certeza que estaba muerto fue capaz de llorar. Por la noche pensó en ello. Pero no sentía nada. Ningún dolor. Ya de camino a casa y, solo entonces, comprendió en todo su alcance lo que había ocurrido como en una suerte de revelación. El horror de la calamidad que se había abatido sobre Kenia se presentó ante ella bajo una nueva luz. Entonces lloró como no lo había hecho jamás antes.

Y ahora que había aceptado reunirse con un miembro de la familia que la había privado de un padre, estaba sorprendida consigo misma. Pero quería reunirse con él porque, en el punto más álgido de la crisis en su familia, habían sido las palabras que Njoroge le pronunciara las que más la reconfortaron. Ella se las había repetido a su madre, diciendo con firmeza: «Mañana saldrá el sol». Y así, en lugar de perder fe en Dios, había depositado en Él toda su confianza con la esperanza de que en el cielo quizá podría volver a reunirse con su padre.

Njoroge llegó al lugar acordado. Le alegraba que ella hubiese accedido a reunirse con él. Porque el temor a que quizá pudiese ignorarle era lo que le había mantenido alejado de ella todos aquellos meses. No sabía qué le iba a decir, porque el hecho de saber que su hermano había asesinado a Jacobo le pesaba como una losa. Pero ahora ella significaba para él mucho más que cualquier otra cosa. Era avanzada la tarde cuando llegó al lugar. Mwihaki ya estaba allí, aunque algo más abajo de donde se habían reunido en otras ocasiones. Se fijó en que estaba más flaca. La delicadeza de antaño parecía haberse endurecido, de forma que daba la sensación de que se había convertido en una mujer de repente. Mwihaki miró a Njoroge. Percibió frustración y consternación y desconcierto en sus ojos. Pero ella estaba decidida a no compadecerse. Así que se limitó a mirarle.

Njoroge abatió la mirada un momento. Luego miró a la llanura de más abajo. El silencio entre ambos era embarazoso. No sabía cómo empezar ni tampoco qué decir.

—He venido —fueron las primeras palabras de ella.

—¿Podemos sentarnos?

—Lo que sea que quieras contarme puedes decírmelo de pie. —Cuando él, no obstante, decidió sentarse, ella le imitó, aunque se sentó lejos. Él cogió un palo seco y lo rompió. Ella lo observaba impávida, y entonces, de repente, una lágrima recorrió su rostro. Se la restregó rápidamente. Él no la vio.

—Mwihaki, es extraño que tú y yo tengamos que reunirnos bajo estas circunstancias. —Ahora levantó la vista y la miró cara a cara—. Te he conocido durante todos esos años en los que era joven y estúpido y pensaba en lo que podía hacer por mi familia, mi poblado y el país. Ahora lo he perdido todo: mi educación, mi fe y mi familia. Solo ahora me doy cuenta de lo mucho que significaste para mí y de cómo te interesaste porque progresara. Todo esto hace que sea todavía más doloroso lo que mi gente te ha hecho. Solo quedo yo. Por lo tanto, la culpa es mía. Quería reunirme contigo y decirte que lo siento.

—No me mientas, Njoroge, seguro que al menos podrías haberme advertido...

—Te digo que soy culpable. Pero Dios... él... yo no sabía más acerca de la muerte de tu padre de lo que sabías tú.

—Me estás diciendo que tú... ¡No! —Sabía perfectamente que era ella la que le había pedido que la acompañase a su casa.

Se quedó callada. Él desvió la mirada.

—Mwihaki, no pretendo engañarte diciendo que te habría advertido de haberlo sabido. Pero te aseguro que lo siento de corazón. Por favor, acepta lo que te digo, porque te amo.

Por fin lo había dicho. Y es que ahora sabía que ella era su última esperanza. No se dio la vuelta para mirarla, ni siquiera después de que ella permaneciera un buen rato sin decir nada.

—¡Njoroge!

Él volvió la cabeza ligeramente. La mirada de ella se había suavizado. Y él estuvo a punto de venirse abajo.

—Mwihaki, tú eres lo más valioso que me queda. Me siento ligado a ti y sé que en ti puedo confiar totalmente. La única esperanza que me queda eres tú, porque ahora sé que mi mañana era una ilusión. —El tono de su voz seguía siendo neutro. Los ojos de ella tenían una mirada distante. Njoroge pensó que le ignoraba y volvió a desviar la mirada. Ella lo volvió a llamar y él vio lágrimas en sus ojos, solo entonces se sintió alentado a seguir adelante.

—Siento haber pensado mal de ti —dijo ella.

—No, Mwihaki. Yo debo cargar con la culpa y tú tienes todos los motivos para odiarme —dijo acercándose a ella. La cogió de la mano izquierda y la sostuvo entre las suyas. Ella no le ofreció resistencia, como tampoco ofreció resistencia a las lágrimas que ahora fluían libremente por su rostro. Intentó hablar, pero algo le atenazaba la garganta. Se debatía consigo misma. No debía perder el control. Y aun así parecía inútil, porque deseaba que él siguiera cogiéndola de la mano y le mostrara el camino.

—¡No, no! —Logró decir por fin. Sabía que debía detenerlo antes de que llegara demasiado lejos. Y aún así se sentía incapaz de hacer ese esfuerzo y se reprochó haber acudido.

Y Njoroge siguió susurrándole, suplicándole con todas sus fuerzas. «Mwihaki, cariño, te amo. Sálvame si quieres. Sin ti estoy perdido».

Ella quería sumirse en sus brazos y sentir la fuerza de un hombre rodeando su frágil cuerpo. Quería recorrer la carretera de regreso a su infancia y crecer a su lado de nuevo. Pero había dejado de ser una niña.

—Sí, podemos marcharnos de aquí como sugeriste cuando...

—¡No, no! —gritó ella en la agonía de la desesperación, interrumpiéndole —. Debes salvarme tú a *mí*, por favor Njoroge. Te amo.

Se cubrió la cara con ambas manos y lloró desconsolada, el pecho agitado.

Njoroge sintió un dulce placer y, emocionado, acarició su pelo oscuro.

—Sí, podemos marcharnos a Uganda y vivir...

—No, no. —Se resistió ella de nuevo.

—Pero ¿por qué no? —preguntó él sin comprender.

—¿No ves que lo que sugieres es una salida demasiado fácil? Ya no somos unos niños —dijo ella entre sollozos.

—Por eso mismo debemos marcharnos. Kenia no es lugar para nosotros. ¿Acaso no es propio de un niño permanecer dentro de un agujero cuando está en su mano salir de él?

—Pero no podemos. ¡No podemos! —gritó ella desesperanzada.

El desconcierto volvió a apoderarse de él. Cuando era niña, Mwihaki parecía más osada. Ella notó que él vacilaba. Insistió con más ahínco.

—Es mejor que esperemos. Tú me dijiste que mañana saldrá el sol. Creo que tenías razón.

Él contempló sus lágrimas y deseó enjugárselas. Estaba allí sentada, un árbol solitario desafiando a la oscuridad, tratando de insuflarle nueva vida. Pero él no quería vivir. No esa clase de vida. Se sintió traicionado.

—Todo aquello era un sueño. Solo podemos vivir el presente.

—Sí. Pero tenemos un deber. Nuestro deber para con los demás es nuestra mayor responsabilidad como hombres y mujeres adultos.

—¡El deber! ¡El deber! —gritó él con amargura.

—Sí, yo tengo un deber, por ejemplo, para con mi madre. Por favor, Njoroge, no podemos abandonarla ahora que... ¡No, Njoroge! Esperemos a que llegue un nuevo día.

Había vencido. Ahora supo que no se rendiría. Pero fue duro para ella, y mientras se alejaba de él siguió llorando, desgarrándose y partiéndose el corazón. El sol se estaba poniendo.

La última esperanza de Njoroge se había esfumado. Por primera vez supo que estaba en el mundo completamente solo, sin un alma en la que apoyarse. La tierra giraba sin cesar. Lo veía todo envuelto en una neblina. Entonces, de pronto, se desplomó sobre el suelo y gritó: «¡Mwihaki, oh, Mwihaki!».

Domingo. Njoroge se separó de sus dos madres y se alejó solo. Nyokabi lo observó marcharse. No quería preguntarle adónde iba. Y ella y Njeri no hablaron sobre su marcha porque temían...

El pantalón de Njoroge revoloteaba al viento. El sendero era familiar y aun así largo y extraño. Andaba arrastrando los pies. Se cruzaba con mujeres, algunas regresaban a casa de sus respectivos trabajos antes de que cayera la

noche. Njoroge evitaba su contacto. Evitaba sus miradas, porque no deseaba su inagotable compasión y piedad. Solo hallarían desesperación en sus ojos.

Se decía una y otra vez: «¡Lo habría hecho! ¡Lo habría hecho!». Pero había querido ver a las dos mujeres y dormir bajo el mismo techo por última vez. Se acordó de Ngotho, muerto. Boro pronto sería ejecutado, mientras que Kamau permanecería en prisión de por vida. Njoroge no sabía lo que sería de Kori en el campo de detenidos. Tal vez lo mataran como a los que habían matado a golpes en el campo de Hola. Oh, Dios... Pero ¿por qué se dirigía a Dios? Ahora Dios significaba poco para él. Porque Njoroge había perdido la fe en todo cuanto había creído en el pasado, como riqueza, poder, educación, religión. Hasta el amor, su última esperanza, había huido de él.

La tierra se extendía delante, revelando su misteriosa llaneza a la vista. Eran muchos los que ya no responderían a la llamada de la tierra, del sol y de la luna: Nganga, el barbero, Kiarie y muchos otros...

El sendero lo condujo finalmente a la carretera grande y ancha. La siguió.

La voz seguía urgiéndole: *¡Vamos!* Él apresuró el paso como si así fuera a acelerar las horas postreras del día. Era la noche lo que ahora él acogía con gusto. La voz se tornó más insistente: *¡Vamos!*

Pero él dijo: «Aguarda a la noche». Llegó al recodo de la carretera e instintivamente miró hacia arriba. Era allí, allí, donde ella le había dejado después de declararle su amor. La llanura quedaba a la derecha. Abandonó la carretera que no tenía principio ni final y se dirigió a la pendiente que se extendía desde la carretera hasta la llanura. Se sentó en una roca. Extrajo de su bolsillo la soga cuidadosamente enrollada. Sintió cierto placer al sostenerla entre las manos. Por primera vez se rio a solas. Y se quedó allí sentado esperando a que la oscuridad llegase y le cubriese.

Conocía bien aquel árbol. Había estado allí varias veces, porque la voz le había hablado a menudo tras la muerte de su padre. Lo único que le había refrenado era la esperanza de poder encontrar un ancla en Mwihaki... Había preparado la soga.

—¡Njoroge!

Se detuvo. Rio para sí, histérico. La soga pendía de un árbol y seguía en sus manos. Escuchó de nuevo la voz, cargada de ansiedad.

—¡Njoroge!

Esta vez la voz sonó alta y clara. Y se echó a temblar cuando reconoció a su dueña. Su madre le estaba buscando. Por un momento se quedó allí

plantado, indeciso. Y entonces le abandonó todo valor.

Echó a andar hacia ella sin dejar de temblar. Y de nuevo pareció que temía reunirse con ella. Vio la luz que ella portaba y se dirigió tambaleando hacia ella. Era un trozo de madera ardiendo que llevaba consigo para iluminar el camino.

—Madre. —Sintió un extraño alivio.

—Njoroge.

—Estoy aquí.

Nyokabi se abrazó a él. No preguntó nada.

—Volvamos a casa —le ordenó débilmente.

Él la siguió sin mediar palabra. Tan solo era consciente de que les había fallado a ella y a las últimas palabras de su padre cuando este le encargó que cuidase de las mujeres. Le había fallado a la voz de Mwhaki, que le había pedido que esperase la llegada de un nuevo día.

Se encontraron con Njeri, que también había seguido a Nyokabi en busca de un hijo a pesar del toque de queda. Njoroge tampoco le habló a Njeri, pero sintió la culpa, la culpa de un hombre que había eludido aquella responsabilidad suya para la que se había estado preparando desde la infancia.

Pero conforme se aproximaban a casa y lo que le había ocurrido ocupaba su mente, la voz regresó de nuevo y le habló acusadora: *Eres un cobarde. Siempre has sido un cobarde. ¿Por qué no lo has hecho?*

Y él, en voz alta, dijo:

—¿Por qué no lo he hecho?

La voz dijo: *Porque eres un cobarde.*

—Sí —susurró él para sí—. Soy un cobarde.

Y corrió hasta casa y les abrió la puerta a sus dos madres.

Glosario

Ahoi: singular de *muhoi*, arrendatario.

Ayah: niñera.

Irio: plato tradicional de Kenia a base de judías, patatas y maíz machacados.

Kiama: consejo de ancianos.

Kihii: hombre sin circuncidar.

Memsahib: título de respeto de origen indio que en otro tiempo se daba a la mujer blanca en las colonias, especialmente a las esposas de oficiales extranjeros.

Muhoi: arrendatario.

Njahi: zarandaja, un tipo de judía negra que se cultiva en Kenia.

Njuka: novato.

Rika: generación.

Serikali: gobierno colonial británico en Kenia durante el periodo en el que se desarrolla la novela.

Shamba: cualquier terreno destinado al cultivo.

Thingira: choza donde los kikuyu se reúnen para socializar y discutir los asuntos de actualidad.

Ustaarabu: civismo.

Wiyathi: libertad.

El autor

Ngũgĩ wa Thiong'o es un premiado novelista, dramaturgo y ensayista nacido en Kenia, cuyas obras han sido traducidas a más de treinta idiomas. En la actualidad reside en Irvine, California, donde es Distinguished Professor de Inglés y Literatura Comparada en la Universidad de California.